

secretos para contar

Cuentos para contar

Cuentos populares colombianos



FUNDACIÓN SECRETOS PARA CONTAR

Directora General: Tita Maya.

Presidenta del Consejo: Lina Mejía Correa.

Directora administrativa: Isabel Cristina Castellanos Arteaga.

Directora instalación: Natalia Olano Velásquez.

Coordinación editorial: María Isabel Abad Londoño.

Talleristas: Alejandro Gómez J., Carla Natalia Jaramillo B., Carlos Andrés Valencia F., Daniel Usuga M., Diego Franco G., Juan Luis Vega B., María Alejandra Palacio C., Sebastián Castro P., Sebastián Muñoz R., Silvia Londoño C.

Consejo de Administración: Juan Guillermo Jaramillo C., Beatriz Restrepo G., Carlos Alberto Uribe M., Jorge Mario Ángel A., Manuel Santiago Mejía C., Gloria Inés Palomino L., Diego Paz R., María Cristina Restrepo L., Martha Luz Botero R., Luis Alberto Gómez R., Margarita Inés Restrepo C. Invitado permanente: Gilberto Restrepo V.

Gracias a los aportes de:

Abicano Ltda., Acción Social – Programa Red de Seguridad Alimentaria RESA, Agenciaauto S.A., Alcaldía de Medellín - Secretaría de Cultura Ciudadana – Secretaría de Educación, Antioqueña de Negocios Ltda., Arquitectos e Ingenieros S.A. – AIA, Augura, Bimbo de Colombia S.A., Boulevard Mayorca, C.I. Cultivos Miramonte S.A., C.I. Hermeco S.A., Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia, Cervecería Unión S.A., Coca-Cola Servicios de Colombia, Colombiana de Comercio S.A., Comfama, Comfenalco Antioquia, Compañía de Empaques S.A., Compartamos con Colombia, Coninsa Ramón H. S.A., Contegral Medellín S.A., Coordinadora Mercantil S.A., Corantioquia, Corbanacol, Cornare, Corpoayapel, Corporación Banco de Bogotá para el fomento de la educación, Corporación Cultural Cantoalegre, DeLima Marsh, Developing Minds Foundation, Inc., Distrihogar S.A., Dominante Ltda., Edatel S.A. E.S.P, Electrolux de Colombia S.A., Emilio Restrepo Ángel, Emisora Cultural Universidad de Antioquia, Empresas Públicas de Medellín, Exxon Mobil de Colombia, Fábrica de Calcetines Crystal S.A., Fabricato – Tejicóndor S.A., Federación Nacional de Cafeteros – Comité Departamental de Antioquia, Fernando Vélez Escobar, Ferrasa – Fundación Pizarra, Fundación Amigos de Camilo C. y Jonás, Fundación Argos, Fundación Aurelio Llano, Fundación Bancolombia, Fundación Colinvertaciones, Fundación Éxito, Fundación Fraternidad Medellín, Fundación Grupo Nacional de Chocolates, Fundación Oleoductos de Colombia, Fundación Pinar del Río, Fundación Probán, Fundación Saldarriaga Concha, Fundación Sofía Pérez de Soto, Fundación Suramericana, Fundaunibán, Give to Colombia – Mc Millan Foundation, Give to Colombia – CITI Foundation, Gobernación de Antioquia – Secretaría de Educación para la Cultura de Antioquia, IDEA, Imusa S.A., Indupalma S.A, Industrias Haceb S.A., Interconexión Eléctrica S.A. – ISA, Isagen, Johnson & Johnson de Colombia, Jorge Agudelo Restrepo, LG Electronics, Londoño Gómez S.A., María Luz Ospina Villa, Merilétrica S.A., Mineros S.A., Nestlé de Colombia, Panasonic, Philip Morris Colombia S.A., Procter & Gamble Industrial Colombia, Productos Familia – Sancela, Protección S.A., RCN Radio, Samsung Electronics, Servicio Nacional de Aprendizaje SENA, Setas Colombianas, Sofasa S.A., Solla S.A., Sony Colombia, Tablemac S.A., Tahamí Cultiflores S.A. C.I., Todelar – Transmisora Surandes, Transmetano S.A. E.S.P., Warner Lambert y a otras entidades, fundaciones y personas que han ayudado de manera silenciosa.

CUENTOS PARA CONTAR

Edición: Lina Mejía Correa – Tita Maya – Fundación secretos para contar.

Asesores: Alberto Quiroga, Elkin Obregón, Luis Fernando Macías.

Comité editorial: Beatriz Restrepo G., Juan Guillermo Jaramillo C., María Cristina Restrepo L., Olga Elena Mejía L., Gloria Palomino L.

Investigación en bibliotecas: Juan Luis Vega, Zunil Lozano, Melisa Lozano.

Investigación de campo: Javier Burgos, Sebastián Castro, Sebastián Muñoz, Juan David Londoño, Ángela Higuera, Juan Luis Vega, Tita Maya.

Corrección de estilo: Alberto Quiroga.

Corrección Gramatical: Elkin Obregón, Uver Valencia Vera.

Diseño gráfico y montaje: Carolina Bernal.

Ilustraciones del glosario: Catalina Londoño Carder.

Agradecimientos: A los cuenteros de todas las comunidades, a Ángela Pérez y los directores de la Red de Bibliotecas del Banco de la República, Panamericana editorial, Ediciones B., Helmer Hernández, Gloria Morales, Adriana Rendón, Ana María Medrano y a las demás personas que apoyaron este trabajo.

Primera edición: 55.000 colecciones, abril 2011

Secretos para contar ISBN 978 - 958 - 33 - 8473 - 8

Libro Cuentos para contar ISBN 978-958-98845-7-7

Impreso en Colombia por Cargraphics.

® Todos los derechos reservados

Secretos para contar

fundasecretos@une.net.co

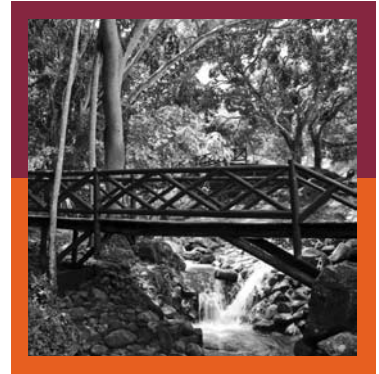
www.secretosparacontar.com

Cra. 43 E N. 8-71

Tel. 57 (4) 266 41 63

Medellín - Colombia

Material educativo de distribución gratuita, no tiene valor comercial.



*Al abuelo le gustaba contar cuentos.
Era un cuentero innato: Quienes lo
escuchábamos nos transportábamos
en una máquina del tiempo,
alucinados con sus historias.*

ÍNDICE



El origen de las lluvias 11

El tigre y el fuego 12

Kutzikutzi 14



El origen de los cantos 20

La historia de la ceiba que no dejaba ver el sol 22

La apuesta del viento y la nube 27



El jaguar y la lluvia 28

La leyenda de Wareke 33

El jaguar y la cierva construyen una casa 36



De por qué el armadillo lleva a cuestas una pesada concha 43

¿Por qué los sapos no tienen cola? 47



Las orejas largas de Tío Conejo 53

El conejo y el mapurite 57

La batalla del grillo y el oso 63



Historia de los cuentos de Anancy 66

El mono y el tiburón 70

La tortuguita diligente 73



La comadreja y la familia Armadillo 76

La tortuga y la rana 82

El rey de los animales 85



El entierro de Perico Ligero 88



El burrito y la tuna 93



El sancocho de piedras 96

Domingo 7 103

Los tres consejos 108



El compadre rico y el compadre pobre 112

El leñador 114

Bulto de sal 117



La historia de Llivan 125

Las riquezas de la laguna 127

El hombre delfín 130



Minisurumbullo y el dulce de icaco 132

La historia del tirano que prohibió la risa 138

El oro biche 140



El hombre caimán 146

Francisco El Hombre 151



GLOSARIO 156



Los cuentos populares son viajeros del tiempo

Los cuentos populares nacen en la entraña de los pueblos. No son recientes, a menudo vienen en un viaje largo desde la más remota antigüedad. Van pasando de la memoria de unos a la de otros, como medio de comunicación entre las generaciones. Son punto de contacto entre los ancianos y los niños. Como si aquellos dijeran:

*“Ya nos vamos, ya nos vamos...
como herencia
la llave del tesoro les dejamos”.*

Un viejo cuenta a sus nietos el cuento que una noche le oyó a su abuelo o a su abuela y que se le había quedado grabado en lo más profundo del alma. Pasa el tiempo, y los niños que oyeron el cuento lo recuerdan para contarlo a sus nietos, quienes a su vez se lo llevan en la memoria, y así el cuento viaja en el tiempo. Es por esto que uno encuentra versiones de la misma historia en países muy diferentes y distantes entre sí. Al pasar de la memoria de una persona a la de otra, el cuento se va transformando y en su contenido van quedando los motivos que son emocionantes para todos.



El cuento contiene la sabiduría de los pueblos y, sin proponérselo, da tranquilidad y enseña a vivir. Es bonita la costumbre de contar cuentos en las reuniones familiares. Una persona que crece con el recuerdo de las jornadas al calor de los cuentos contados o leídos en grupo será un adulto con raíces profundas, pues no hay alegría comparable a la de recordar lo que se siente cuando alguien nos narra un cuento.

La presente selección de cuentos populares colombianos es el resultado de un largo proceso, en el que el equipo de trabajo de Secretos para contar recopiló cientos de páginas y de minutos grabados. Entre los relatos e historias reunidos, escogió los que constituyen este libro. Hay cuentos de casi todas las muchas regiones del país y, como Colombia es un territorio rico en razas y culturas, quisimos incluirlas a todas o casi todas, como muestra de nuestra riqueza folclórica y cultural. Es un libro variado en personajes, lugares y situaciones.

No obstante, ésta no es más que una invitación para que, en todos los rincones del país, los niños y los jóvenes hablen con sus padres y abuelos, les pidan que recuerden los cuentos que alguna vez escucharon en la narración de sus mayores y después los transcriban o los cuenten a otros, quienes podrán seguir llevando el recipiente mágico de la sabiduría que son los cuentos en su viaje a través del tiempo y la memoria.

Luis Fernando Macías

Si quieren que cante coplas,
voy a cantar la primera,
pero como tengo susto,
ni me acuerdo cómo era.

Si vas para Atrato abajo,
lleva tu toldo y tu gato,
porque de día pica el mosco
y de noche el chimbilaco.

Arrancame un tamarindo
y sembrame un gualanday,
que yo no creo en las brujas
pero que haberlas, las hay.

Picá tu macho Manuel
y recogé tu sombrero,
vámonos que va a llover
y el camino es culebrero.

Sobre los llanos, la palma;
sobre la palma, los cielos;
sobre mi caballo, yo,
y sobre yo, mi sombrero.

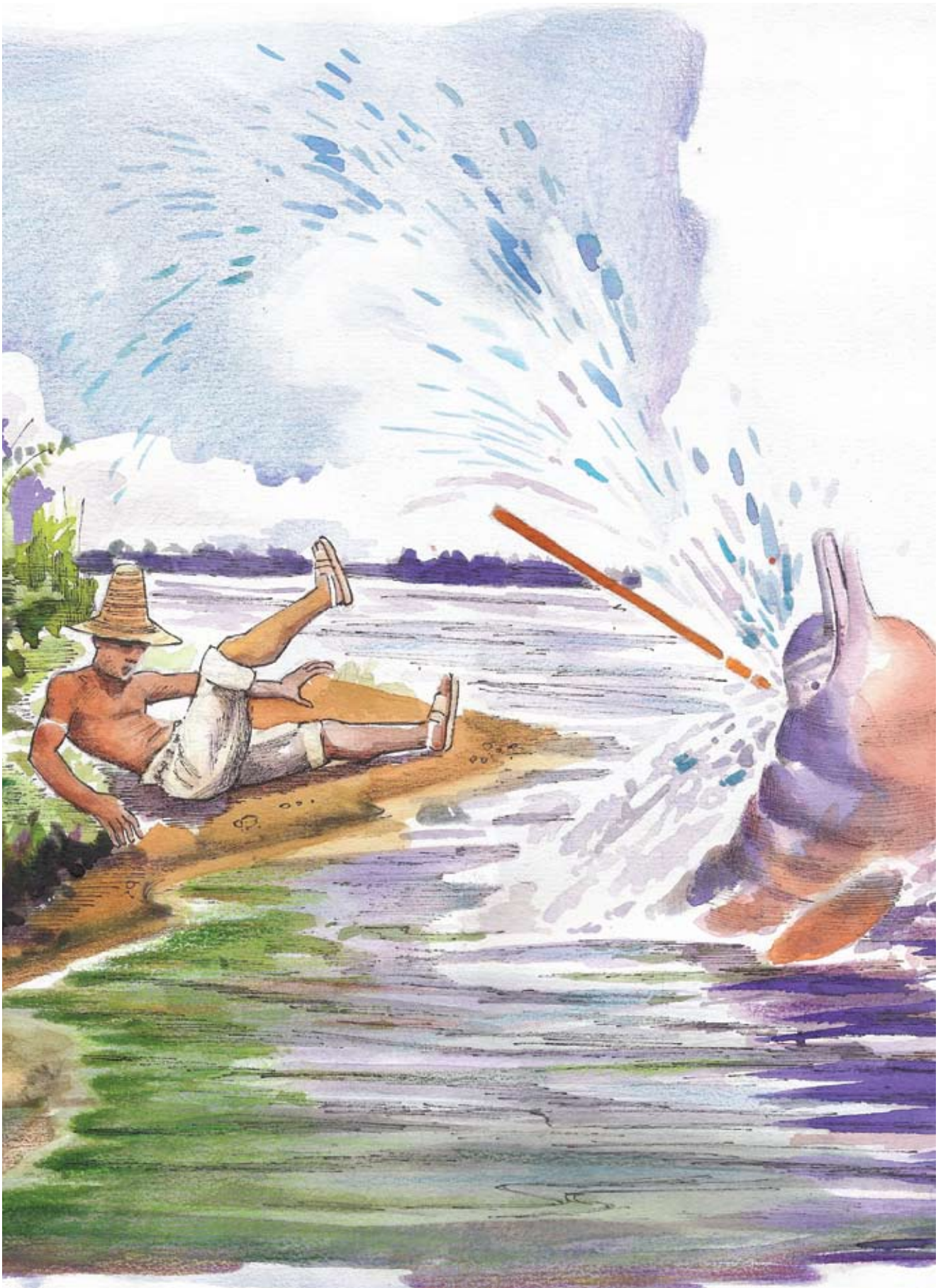
Mi mamá me dio un consejo
que lo repetía mi abuela:
el que tenga rabo de paja
no se arrime a la candela.

El pájaro carpintero
le preguntó al dios-te-dé:
con ese pico tan largo,
cómo come sumercé.

Las coplas que yo me sé
ninguno me las enseña
porque yo las improviso
cuando estoy rajando leña.









El origen de las lluvias

Los hombres, cansados del sol, no sabían qué hacer para que cayera agua sobre sus cultivos. Un día, Bigidima se encontraba recogiendo agua para regar su sembrado de yuca y chontaduro cuando, de pronto, saltó un gran pez de las profundidades del río, que lo asustó mucho. Enfurecido, Bigidima sacó su lanza y la arrojó con toda su fuerza, pero la punta de la lanza sólo alcanzó el fuerte cuello del animal. Inmediatamente, el pez sopló con tal fuerza que el agua que había tomado salió por la herida y cayó en forma de lluvia.

Desde entonces se sabe que siempre que hay lluvias, el delfín del río está soplando por el orificio que le hizo la lanza del airado Bigidima.

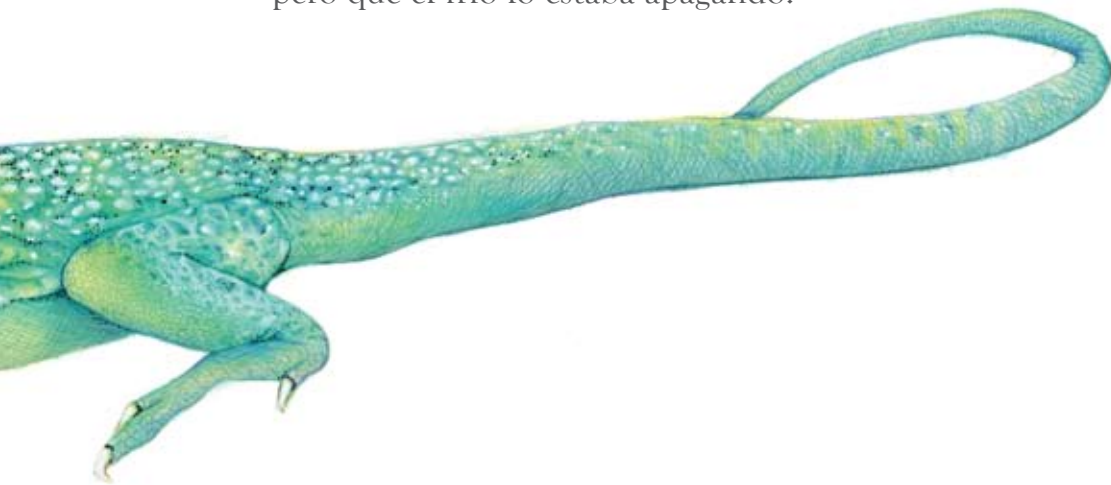
Selección y adaptación: Fabio Silva V.
Publicado en: *Mitos y Leyendas Colombianas*.
Bogotá. Panamericana, 1999.
Ilustración: Nadir Figueroa.



El tigre y el fuego

Vivía el tigre a la orilla del río. Era el único que tenía fuego. Los demás animales no lo tenían: comían la carne cruda. Un día, los otros animales quisieron tener fuego y pidieron al tigre que se los prestara pero él se negó a dárselo. Y como él siempre fue el animal más feroz, le temían.

Ellos sabían que en tiempo de lluvia el tigre ponía fuego debajo de la hamaca para calentarse. Para robarle el fuego, llamaron a la lagartija diciéndole que fuera a la casa del tigre. Cayeron muchas lluvias por la noche y le ordenaron que atravesase el río. Lo atravesó en medio de la lluvia y se fue a la casa del tigre. Al encontrarse, el tigre le preguntó a qué venía y la lagartija contestó que a hacerle el favor de ayudarlo a cuidar el fuego mientras él dormía. Como caía mucha lluvia, todos los fuegos que se encontraban dentro de la casa se habían apagado, y sólo quedaba el que se encontraba bajo la hamaca. La lagartija se puso a ayudarlo. Viendo que el tigre se había dormido, se dio a apagar el fuego con su orina, pero el tigre se despertó y le preguntó por qué estaba apagando el fuego. La lagartija contestó que lo estaba cuidando, pero que el frío lo estaba apagando.





El tigre volvió a dormirse. La lagartija pensó otra vez en apagar el fuego con su orina, pero en cambio cogió para sí una chispa de fuego, la metió en su cresta y huyó atravesando el río. Despertó el tigre y divisó su fuego al otro lado del río, mas como él no sabía nadar y el río había crecido mucho con la lluvia, no podía ir a buscarlo. Así, pues, amaneció sin fuego. La lagartija llegó a donde estaban los demás, y así tuvieron fuego mientras que el tigre dejó de tenerlo, por lo cual ahora le toca comer carne cruda como antes les había tocado a los otros.

Clara Helena Baquero.

Publicado en: *La escuela en la tradición oral.*

Compilado por Helena Roldán. Bogotá. Editorial Plaza y Janés, 1998.

Ilustraciones: Johana Bojanini.



Kutzikutzi

En el principio de los tiempos los animales no encontraban buenos alimentos que comer.

La tierra, sembrada de colores, tenía árboles y flores, ríos y lagunas enmarcadas en playas de arena cálida, pero los animales no conocían el fuego ni sabían cultivar y se veían obligados a comer pepas y hongos de palos podridos.

Un buen día, Kutzikutzi, el perro de agua, a quien le gustaba salir de noche a buscar su alimento entre las ramas de los árboles, sintió un agradable olor que se hacía más fuerte a medida que avanzaba. Cerró los ojos y se dejó llevar, hasta cuando tropezó con un gigantesco árbol y quedó extasiado al ver la variedad de alimentos que colgaban de sus ramas: plátano, piña, ají, yuca, caña, chontaduro, marañón y tantos otros, que solo los niños de hoy los conocen todos.



Kutzikutzi comió insaciablemente. Había probado de muchos frutos, pero era la piña a la que mejor sabor le había encontrado. Regresó silencioso, con temor de que los demás animales se enteraran de su descubrimiento y lo dejaran sin alimento, y se acostó a dormir.

El claro de la selva en el que se reunían los animales se inundó de un agradable olor; todos tenían la boca hecha agua y se preguntaban:

—¿De dónde vendrá ese olor tan delicioso?

La lapa notó que el Kutzikutzi abría la boca como si estuviera comiendo y que era de su boca de donde salía tan agradable olor; así se lo comentó al venado, éste se lo contó al loro, y el loro, sabiéndose conocedor de la verdad, dijo en voz alta:

—El Kutzikutzi no come hongos de los palos podridos.

—Ha encontrado algo mucho mejor —repuso la lapa, y añadió—: uno de nosotros debe vigilar al Kutzikutzi para saber cuál es el buen alimento que come.

Entre los presentes brillaron los ojillos de Piizí, el picure, que dando un paso adelante dijo con resolución: —Yo lo haré.

El perro de agua durmió todo el día, y cuando las sombras caían, salió rápidamente y no se dio cuenta de que lo seguía Piizí, el picure. Llevaba un rato deslizándose por entre las ramas de los árboles, cuando de repente, escuchó un ruido extraño que lo



hizo mirar para abajo, y descubrió el cuerpo de Piizí, el picure, en la oscuridad. Se enfureció, pero no dijo nada para que Piizí no se diera cuenta de que había sido descubierto, y desvió su camino hacia un pequeño árbol, del cual dejó caer unas pepas. Cuando Piizí vio las pepas, las recogió y regresó llevándolas para que los demás animales las probaran.

Todos las observaron, las tocaron y las olieron exclamando: —Esas pepas son amargas, huelen muy mal.

Al amanecer llegó el Kutzikutzi y, ante la mirada curiosa de todos, se acostó a dormir.

Aburridos y con la boca hecha agua, los animales se miraban con preocupación.

Entonces, Taba, la lapa, se levantó muy decidida y dijo:

—Yo voy a descubrir lo que come el Kutzikutzi —y se acostó muy cerca de él para esperar su partida.

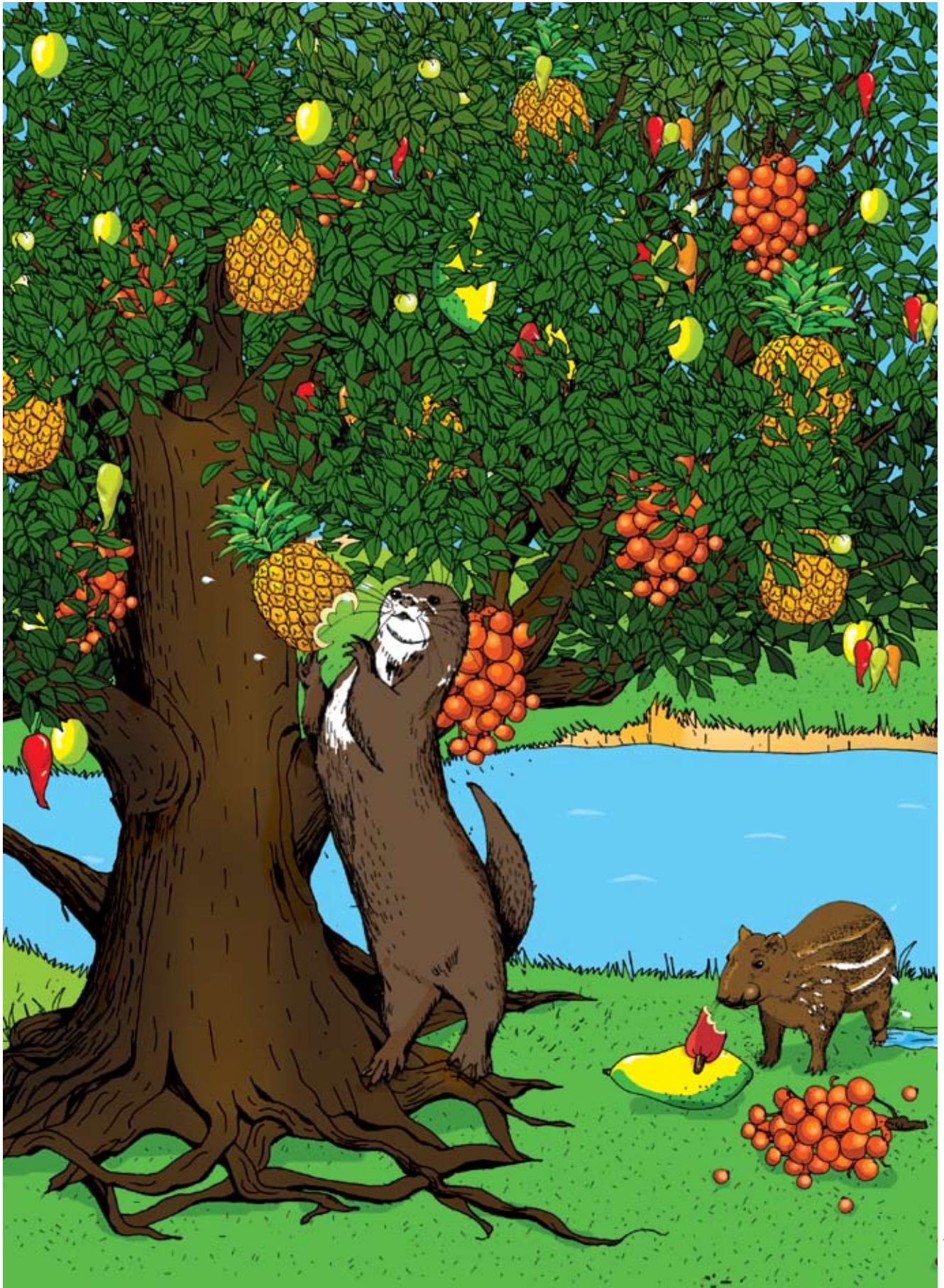
Por la noche, cuando el Kutzikutzi se dispuso a ir al gran árbol, la lapa lo acechaba, y mientras él se deslizaba de rama en rama, ella se movía sigilosa entre árboles y matorrales.

Así llegaron los dos animales a la orilla del río. El Kutzikutzi miró hacia atrás malicioso, comprobando que no lo seguían, y se agarró de una rama que lo condujo a la otra orilla del río.

Taba miró para todos lados, y con un movimiento rápido se sumergió en el agua y salió al otro lado, donde estaba el gran árbol de los alimentos.

Todo a su alrededor olía delicioso. La lapa se acercó a la raíz del árbol y empezó a comer de lo que había en el suelo: yuca, piña, marañón, ají...

Encima del árbol el Kutzikutzi comía ruidosamente y con su kutzi... kutzi... kutzi... kutzi... pasaba de una fruta a otra, sin darse cuenta de la compañía que tenía.





Cuando la lapa hubo terminado lo que estaba en el suelo, divisó al Kutzikutzi que se deleitaba con una piña, y con muchos deseos de comer, pensó: ¡cae piña, cae!

La piña cayó de las manos del Kutzikutzi y la lapa la cogió en las suyas, partiendo a toda prisa.

El Kutzikutzi, desconcertado y furioso, se lanzó tras la lapa, pero no pudo darle alcance, pues ella no paró su carrera hasta cuando llegó donde estaban los animales reunidos, quienes armaron un fuerte alborozo cuando la vieron llegar con tan rico alimento que todos probaron diciendo:

—¡Qué rico! ¡Huele bien! ¡Sabe muy bien!

Más tarde llegó el Kutzikutzi y, sin pronunciar palabra, se abalanzó sobre la lapa cogiéndole fuertemente los cachetes, mientras ésta se defendía cogiendo al Kutzikutzi por la cintura.

Todos los animales se fueron muy contentos hasta el lugar donde se encontraba el árbol de los alimentos y al verlo lo llamaron el “árbol del Kaliawiri”, pues pensaron que si tumbaban y sembraban en la tierra los alimentos, estos crecerían y nunca jamás le faltaría comida a los animales.

Trabajaron todo el día. Al oscurecer, se fueron desplomando uno a uno rendidos por el sueño y el cansancio, sin haber concluido su tarea. A la mañana siguiente no salían de su asombro: ¡El árbol se había cerrado nuevamente! “El árbol del Kaliawiri pertenecía a los dioses”, era el comentario de todos. Pero aun así decidieron reiniciar el corte.



Llegaron todos los animales de la selva, amigos y enemigos, y trabajaron día y noche, hasta que pasaron muchos soles y muchas lunas, hasta que un grito de alegría se escuchó en toda la selva y otro de sorpresa robó las sonrisas de los labios de los animales: ¡el árbol del Kaliawiri no caía porque estaba prendido del cielo con un bejuco!

Duiri, el arrendajo, voló para saber qué sucedía, y con su pico trató de romper el bejuco, con tan mala suerte, que al enterrar el pico la savia del bejuco salpicó sus ojos dejándolo casi ciego. El pajarito bajó triste y adolorido.

Los animales decían que no importaba cuánto tiempo duraran tumbando el árbol. ¡Lo iban a tumbar esta vez! Materí, la ardilla, y su compañero, subieron entusiasmados decididos a tumbar el árbol del Kaliawiri, y para hacer su trabajo con mayor rapidez, una de las ardillas se paró sobre el bejuco. Cuando el corte estuvo listo, los animales no cabían de contentos: el Kaliawiri se desplomó llenando la tierra con sus frutos. Luego los animales fueron sembrando yuca, piña, ají, merey, chontaduro, y con las primeras sombras de la noche, la ardillita colgada del bejuco alumbró como un lucero la tierra cultivada.

Mariana Avilán.

Publicado en: *Leyendas de los Piapoco y Emberá* (Colombia).
Bogotá. Cooperativa Editorial Magisterio, 2006.

Ilustraciones: Alejandra Higueta.



El origen de los cantos



En los tiempos aciagos de la esclavitud la vida de los negros era muy dura y estaba llena de penurias, maltrato y discriminación. Uno de esos días, una joven esclava se encontraba buscando oro en las arenas del río Güelmambí. Se sentía fatigada y apesadumbrada. Había laborado arduamente toda la jornada pero no había conseguido mayor cosa que entregar al amo blanco; el sol estaba a punto de ocultarse.

De pronto, un pájaro de plumajes vistosos se posó en la rama de un árbol y se puso a gorjear alborozadamente. Se diría que tenía el vehemente propósito de encender la alegría en el corazón acongojado de la minera. Ella escuchó con fascinación las tonadas de aquella ave desconocida y comenzó a imitarla. A medida que entonaba aquellas extrañas melodías su corazón iba mudando de sentimientos y una intensa media luna de sonrisa iba dibujándose en su rostro.

En la noche, mientras intentaba conciliar el sueño recostada en su estera, la joven negra se dedicó a silbar las melodías que había aprendido aquella tarde. Los mineros del barracón la escucharon maravillados y le pidieron que volviera a entonarlas una y otra vez. Ella lo hizo a cambio



de un poco de oro. Y también les relató las circunstancias en las cuales las había aprendido.

Los mineros no tardaron en memorizarlas. Realmente estaban desconcertados con la armonía y la belleza de aquellas melodías. Notaron que la tristeza iba siendo desalojada de sus corazones, y en su lugar la alegría se instalaba rápidamente. En adelante, cada vez que los invadía el desasosiego, recordaban las canciones que aquel misterioso pájaro había enseñado a la joven minera y no volvieron a sentir más tristeza, a pesar de los sufrimientos y humillaciones.

Al poco tiempo, esas tonadas prodigiosas se difundieron fácilmente por los pueblos de la región; los poetas les inventaron letras y estribillos y los marimberos les hicieron ingeniosos arreglos musicales. Desde entonces, en la costa pacífica tenemos música para cada acontecimiento importante de nuestra vida y cantamos y bailamos todo el tiempo para mitigar las penas y espantar las tristezas.

Helmer Hernández Rosales.

Publicado en: *La creación de Tumaco y otros relatos del Pacífico.*

Pasto. Yo mismo editor, 1999.

Ilustraciones: Nadir Figueroa.

La historia de la ceiba que no dejaba ver el sol

Hace mucho tiempo, la selva era oscura, el sol no llegaba hasta el suelo y reinaba la tristeza y el silencio. Wone, la gran ceiba, vivía en el centro del bosque, su tronco era tan grueso que se tardaba varios días para darle una vuelta, y era tan alto que llegaba hasta el cielo, hasta las estrellas, y sus frondosas ramas se extendían sobre toda la inmensidad de la selva.

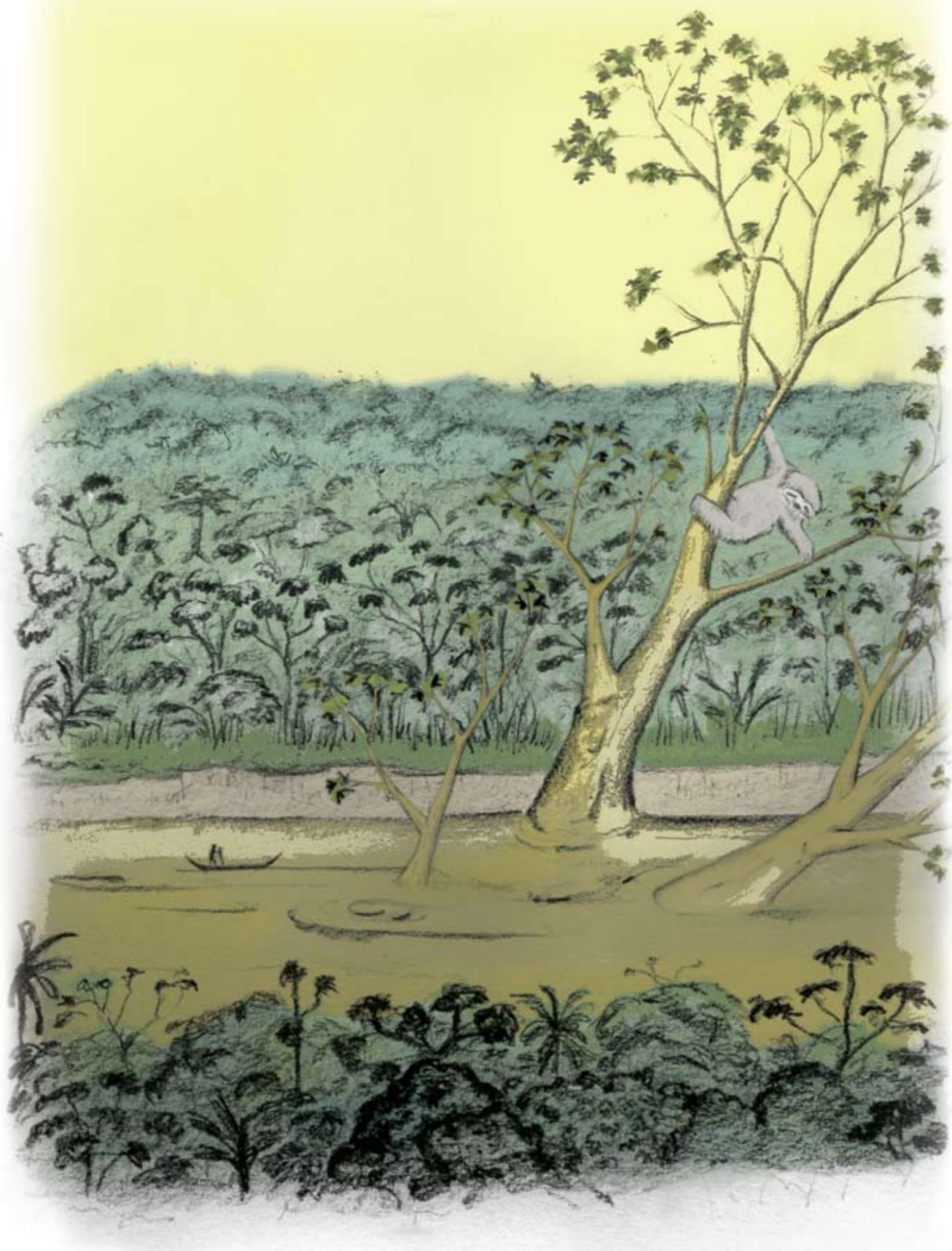
Abajo, en la selva, siempre estaba oscuro, hacía mucho frío, los animales vivían tristes, no había flores ni colores ni alegría. No había sol.

Yoí e Ipi, los primeros hombres tikunas, un día invitaron a todos los animales de la selva para tumbar a Wone. Reunidos allí, emprendieron la tarea, los jaguares con sus garras, los caimanes y las borugas con sus dientes, las hormigas con sus tenazas... todos los animales ayudaban. Al final de la jornada, se fueron a descansar, y al regresar al siguiente día, Wone, que era un árbol mágico, estaba como si nada hubiese pasado y su tronco había cicatrizado. Los animales comenzaron nuevamente su trabajo, esta vez con más empeño, pero al siguiente día, Wone estaba otra vez intacta.

Así que entre todos decidieron trabajar sin descanso hasta cortar todo el tronco de Wone. Por supuesto tardaron muchos días en lograr talar el inmenso tronco de la gran ceiba. Llegó el día en que sólo faltaba cortar el último trozo de madera, en el centro. El veloz conejo fue hasta allí para cortarlo con sus dientes, mientras los demás animales corrían a refugiarse en la selva antes de que cayera. Sin embargo, reinó el silencio por un buen rato. Los cu-

riosos animales comenzaron a aparecer poco a poco alrededor de Wone, que para sorpresa de todos no había caído y flotaba sobre el húmedo suelo de la selva. El desconcierto y la algarabía se apoderaron entonces de los animales que opinaban y gritaban sobre lo sucedido. En medio de aquel ruido se oyó el canto del Aypapai mama, una avecita nocturna que siempre está mirando al cielo, y cuya voz, en noches de luna, resuena en la selva. Y su canto contaba lo que había descubierto. Arriba, en la lejana copa de Wone estaba Mareeke, el oso perezoso, que con sus patas delanteras se aferraba de una estrella y con sus patas traseras sostenía a Wone, por lo que ésta no caía.





Encargaron entonces a la ardilla pequeña, la más veloz de todas, de subir hasta donde Mareeke, para pedirle que soltara el árbol, pues los animales allá abajo se morían de frío y aburrimiento. Pero Mareeke se opuso a dejar caer a Wone, pues Gnutapa, creador del universo tikuna, le había encargado esta labor y el abuelo perezoso no podía fallarle. Así que la ardilla bajó por el tronco de Wone para llevar la noticia. Decidieron que la ardillita regresara hasta la copa del árbol, esta vez con hormigas majiñas y tabaco, para echarle a Mareeke en los ojos. La ardilla volvió a subir por el tronco, y tardó varios días en llegar hasta la copa, y encontró que Mareeke estaba dormido. La ardillita habló al abuelo perezoso, lo despertó y éste volvió a negarse. Entonces la ardilla arrojó las hormigas majiñas y el tabaco en los ojos de Mareeke, quien no pudo resistirse al ardor que le producían las picaduras de las hormigas y el tabaco, y soltó la estrella de la que estaba aferrado.

Wone tardó varios días en caer, y a medida que esto sucedía, el sol iba entrando en la selva como un amanecer. La vida empezó a reír, las plantas florecieron, los animales cantaban y la selva se llenó de sonidos y de magia. Las ramas de Wone cayeron en la gran cordillera de los Andes, rasgando la tierra de las montañas, de donde brotó agua, y el inmenso tronco cayó con tanta fuerza en el centro de la selva que formó el cauce de Ta—t, el gran río Amazonas.

La historia cuenta que una de las ramas al caer golpeó la cola de la ardilla, y es por esto que hoy en día todas las ardillas tienen la cola partida hacia adelante.

Narrada por: Azulay Vásquez, Víctor Ángel, Gaurekw Uchimanw (abuelos tikunas),
Nelson Pinilla (biólogo investigador).

Adaptada por Sebastián Castro.

Ilustraciones: Alejandra Estrada.





La apuesta del viento y la nube

En cierta ocasión se pusieron a conversar el viento y la nube y decidieron apostar para ver quién tenía más fuerza.

La nube era más viva que el viento y decidió empujar de arriba hacia abajo, y lógico que al viento le tocó al contrario, de abajo hacia arriba.

Empezaron la apuesta desde la mitad de la tierra. El viento tenía la desventaja de que la nube empujaba con mucha más fuerza porque soplaba para abajo. El viento se dio cuenta del engaño de la nube. Entonces decidió atacar con más fuerza desde abajo, se vino rápidamente hasta la mitad de la nube y empujó muy fuerte de para arriba, despedazándola toda.

Por tal motivo es que la nube aparece por partecitas en el firmamento.

“Tata wala wés’á ná hi’t’”. (Lo que cuentan nuestros abuelos).
Concejo regional indígena del Cauca.
Ilustración: Alejandra Estrada.



El jaguar y la lluvia

Un día, hace muchos años, un jaguar se pavoneaba por la selva. Se sentía muy orgulloso, pues estaba convencido de que era el animal más temible sobre la tierra. Ronroneaba de contento al imaginar el miedo que los hombres le tenían.

Al llegar a un claro del bosque, miró hacia arriba y vio cómo corría por el cielo, empujada por el viento, una pequeña nube blanca.

—Buenos días jaguar —dijo la nube, al pararse un momento para que la brisa jugueteara sola alrededor de las palmeras.

—Buenos días, nube.

—Te veo muy contento —le dijo la nube.

El jaguar soltó una risa.

—¿No te parece, nube, que soy el animal más temible de la selva?

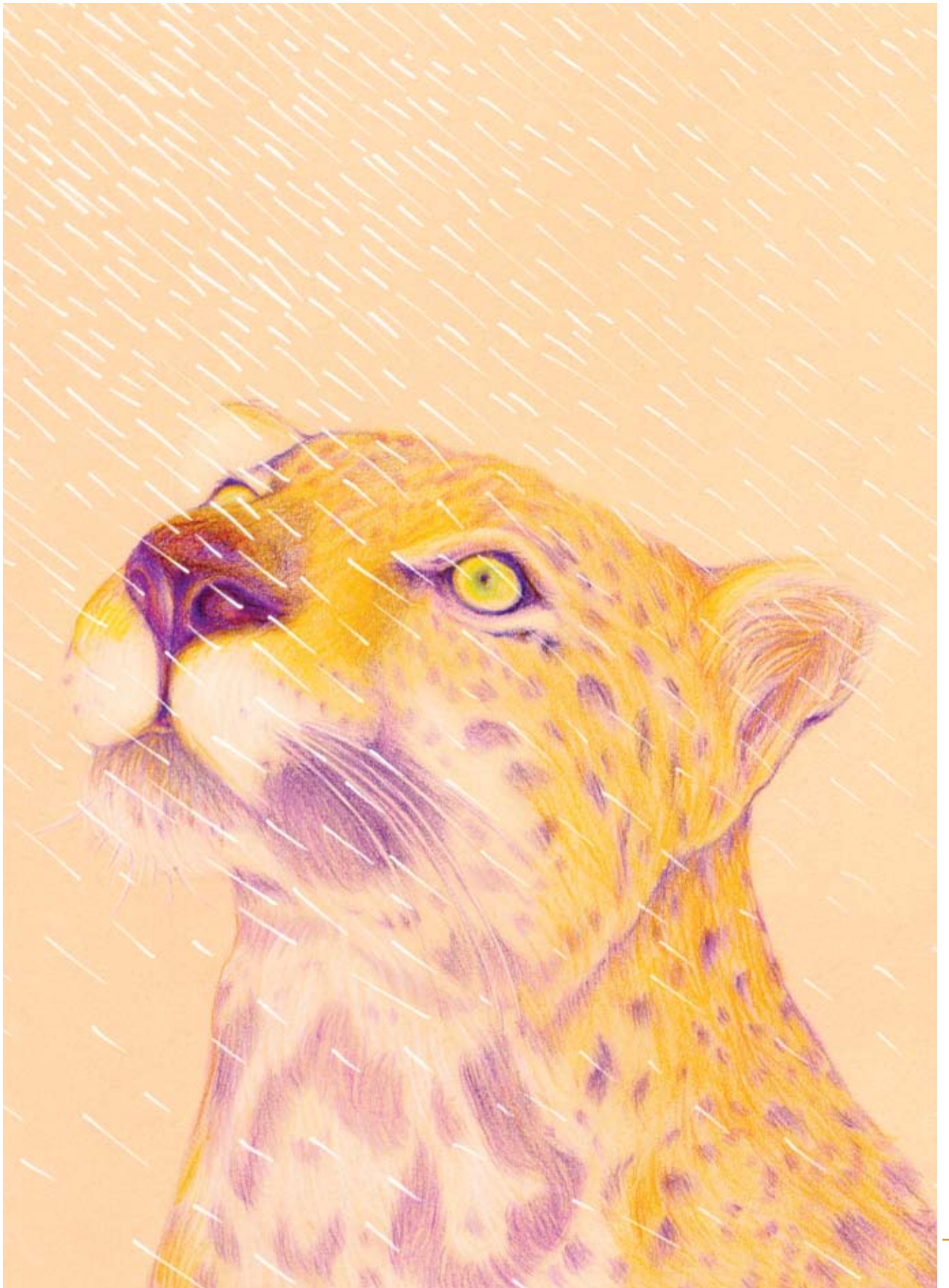
—Hum...

—La gente se aterra cuando me ve.

—Hum...

—Los hombres espantados corren a esconderse cada vez que yo aparezco.

—Hum —repitió la nube—, no estoy tan segura de eso.



—¿Qué quieres decir? ¿Quién más puede espantar a los seres humanos en la misma forma?

—Yo puedo.

—¡Qué! ¿Tú, una nubecita? ¡No me hagas reír! —y el jaguar soltó una carcajada—. Me voy ahora mismo a mostrarte cuán temible puedo ser.

—Bueno, está bien —dijo la nube—; creo que encontrarás que la gente se espantará mucho más al verme a mí. Apuesto a que yo puedo...

Pero el jaguar no esperó a escuchar más. Desapareció dando grandes saltos hacia el pueblo más cercano, y la nube, con una enorme sonrisa, lo siguió.

Allá abajo, vio una gran maloca y a su alrededor algunos niños jugando. Una mujer perseguía una gallina, un hombre afilaba las puntas de las flechas de su cerbatana y otro estaba asando carne sobre la candela. Dos abuelas llegaron con pesados canastos repletos de yuca y un anciano, estirado en una banqueta, gozaba del sol.

Súbitamente, el jaguar saltó desde el bosque y comenzó a rugir, y acto seguido el anciano le arrojó un terrón de tierra y una flecha salió disparada en su dirección. Todos los niños lo señalaron y susurraron entre sí, pero nadie parecía estar asustado. A decir verdad, el jaguar se veía muy estúpido, brincando arriba y abajo, rugiendo como un demente mientras que todos lo miraban y se burlaban.

Cuando se dio cuenta, se sintió ridículo y avergonzado y se escabulló rápidamente para esconderse en el matorral.



—Ahora es mi turno —dijo la nube, cuando al fin paró de reír.

Entonces la nube principió a soplar y resoplar, y a crecer y crecer y a oscurecerse cada vez más. De pronto, mil destellos relampaguearon en el cielo y gruesas gotas de lluvia comenzaron a caer.

Todo el mundo corrió hacia la maloca. Los canastos rodaron por el suelo y su contenido se regó en todas direcciones. Los niños se agarraron de sus madres, las gallinas se ocultaron lo mejor que pudieron y los perros se precipitaron a guarecerse. Los fogones chisporrotearon y se apagaron. El gran patio alrededor de la maloca quedó completamente vacío. Solo las palmeras se quedaron a resistir la tempestad. Todos estaban en verdad muy asustados.

Llovió y llovió y no apenas un día ni dos ni tres. Mucho tiempo pasó sin que nadie pudiera dejar la maloca para pescar, cazar o traer alimentos desde sus cultivos. Estaban muy hambrientos y preocupados por los bebés, que lloraban y lloraban. Los perros se echaron y las gallinas, en cambio, aprovecharon para darse un banquete con las lombrices que aparecían en la superficie gracias al diluvio.

Mientras tanto, el jaguar estaba avergonzado y hambriento, atascado debajo de una palma de hojas grandes.

Al fin pasó la tormenta. El cielo se despejó y apareció nuevamente la nubecita blanca.

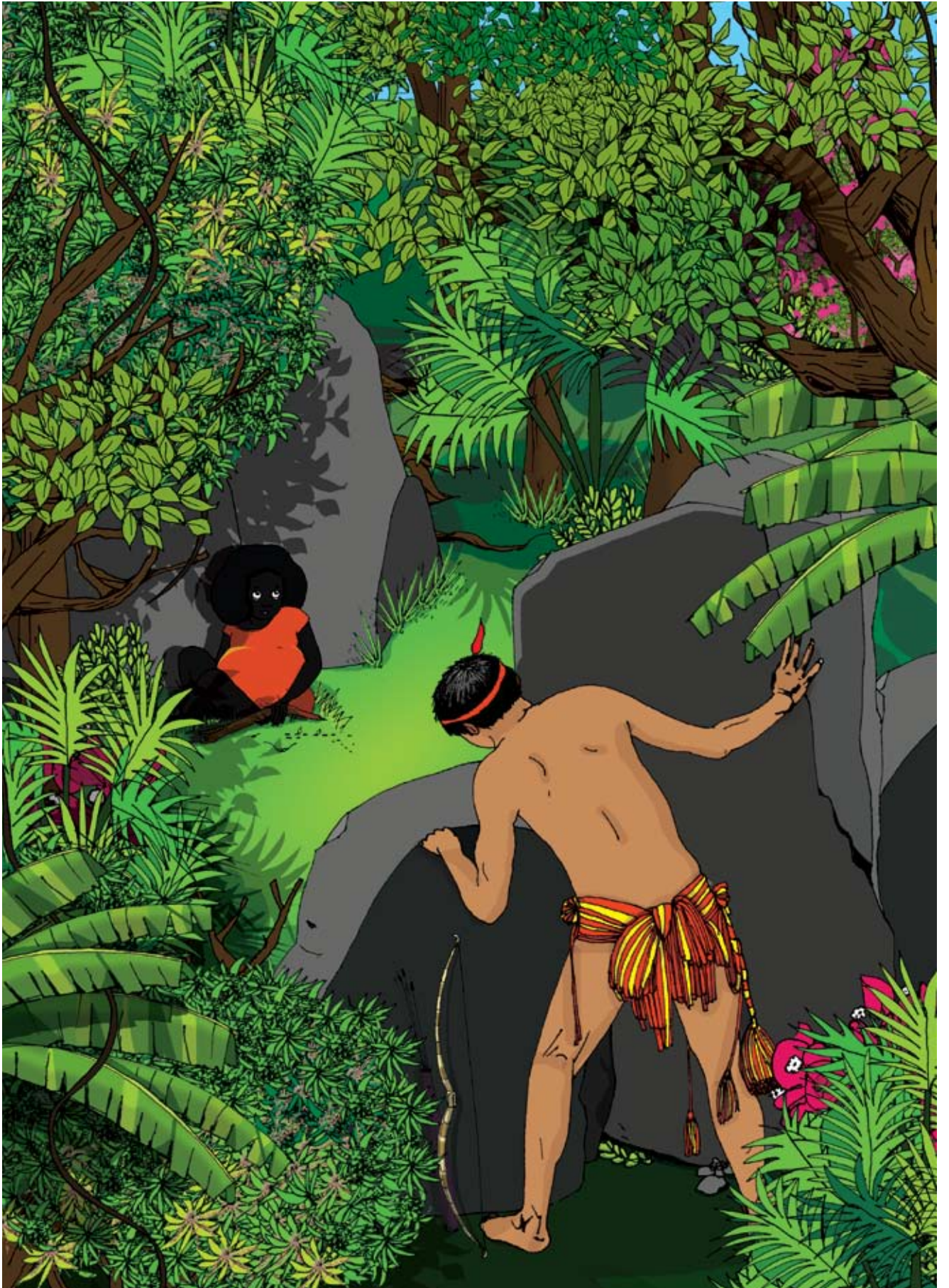
—Jaguar, creo que gané la apuesta. La gente me tiene mucho más miedo que a ti —y con esas palabras de despedida continuó su interminable viaje.

Isabel Crooke Ellison.

Publicado en: *Sueños con jaguares: mitos y cuentos de los indígenas colombianos*.

Bogotá. Intermedio Editores, 2006.

Ilustraciones: Johana Bojanini.





La leyenda de Wareke

Hace muchísimos años, en el inicio del pueblo Wayúu, un muchacho salió una vez a cazar. Iba con su arco y flecha, cuando en el monte escuchó un ruido. El muchacho pensó que eran espíritus, y se asustó. Volvió a escuchar, y oyó como una cancioncita en medio del monte. Se asomó, y vio que era una niña muy fea. Era ojona, barrigona, toda negrita, feíta.

El muchacho le preguntó que ella qué hacía ahí, y ella no le contestó. Ella jugaba con las hormigas sin decir nada. Y de tanto insistirle qué hacía ella ahí, si venía de algún lugar, si tenía papás, la niña finalmente le contestó. Le dijo que se había perdido, que sus padres hacía mucho tiempo habían fallecido, y que se llamaba Cocorona. Él se la llevó para su casa donde tenía dos hermanas. Cuando llegaron, él presentó a la niña y le pidió a las hermanas que por favor la cuidaran y se encargaran de ella. Él iba a cazar todas las noches, como es tradicional en las rancherías y comunidades, sobre todo cuando es luna llena. Mientras él cazaba, las hermanas, en vez de cuidar a la niña, lo que hacían era maltratarla debido a su fealdad. El muchacho había dejado un chinchorro para Cocorona, pero las hermanas se lo quitaron y la hicieron dormir en el suelo.

Cuando él llegaba en la mañana, la niña no le contaba nada, solamente lloraba, lloraba y lo abrazaba. Él ya sentía como un cariño de padre hacia la niña, pero no entendía por qué ella estaba llorando. Y las hermanas le decían cosas: mira que la niña que trajiste no hace caso, nos trata mal...

Pasó un buen tiempo y una noche las hermanas obligaron a la niña a dormir fuera de la casa; y la niña no sabía qué hacer y fue a dormir por allá en el monte. Esa noche, la niña tuvo un sueño, como una revelación: ella se transformó en la noche, de repente se convirtió en una hermosa muchacha Wayúu y de su boca salían hilos, como las telarañas que hacían las arañas. De ahí viene la leyenda de Wareke, que significa araña tejedora.

Con el hilo que salía de su boca hizo bastantes cosas. Los Wayúu hasta ese momento no sabían hacer mochilas, chinchorros y todo lo que se hace con tejidos. Entonces, al día siguiente, ella volvió a convertirse en una niña y las hermanas vieron esos tejidos tan bonitos en el tronco del árbol donde la niña había amanecido. Cuando el muchacho llegó, ellas le contaron que los tejidos los habían hecho ellas. La niña fea no decía nada, porque sabía que no le iban a creer. La misma transformación volvió a pasar en las noches siguientes.

Cada vez que la niña veía que el muchacho regresaba, ella lloraba con ganas de contarle lo que sucedía, pero no le contaba nada. Él sospechaba que las hermanas podían tratarla mal y pensó: voy a ver qué es lo que pasa, no creo que mis hermanas, siendo tan flojas, hayan hecho estos tejidos. Entonces, esa noche, él se quedó cerca de la casa y no salió a cazar. Así, se enteró de que las hermanas sacaban a la niña a dormir fuera de la casa.

Justo esa noche, la niña no durmió junto al árbol, sino cerca a la cocina, y el muchacho vio una luz, y a la niña que se transformaba en una hermosa mujer. Él estaba sorprendido por lo que sucedía. En ese momento, las hermanas también salieron y vieron la transformación. Cuando la hermosa muchacha las vio, ellas se convirtieron en murciélagos.

La muchacha siguió tejiendo y sabía que el muchacho estaba cerca y que la observaba. Así que le dijo: ¿qué haces escondido? ¿Por qué no te acercas? Él no sabía qué decir, pues estaba mudo al ver la transformación de una niñita fea en una muchacha bonita, y se enamoró de ella.



Ella le dijo que, en agradecimiento, se quedaría transformada como estaba, pero con una condición: que no le dijera a nadie que ella hacía esos tejidos. Le contó que su misión era enseñarle a los Wayúu a tejer, pero que no le dijera a ninguno.

Un día, llegaron unas personas invitándolo a él a un velorio, como es la tradición. Pero en realidad, éstas no eran personas, sino espíritus que querían saber de dónde venían esos tejidos. El muchacho llegó al velorio bien adornado, con varios tejidos: el chinchorro, el cirrá o pajón, la wuairéña, la mochila, todo.

El velorio no era real, estaba planeado por los espíritus. Éstos comenzaron a preguntarle al muchacho que de dónde había sacado esos tejidos. Él recordaba la promesa que le había hecho a la muchacha y por ello no decía nada. Pero los espíritus lo emborracharon, le dieron chirrinche hasta no más y le preguntaron tanto hasta que él dijo la verdad. En ese momento los espíritus comenzaron a reírse y se fueron a buscar a la muchacha. Ella ya no estaba en la casa.

Cuando el muchacho despertó, recordó que había incumplido la promesa y salió corriendo a buscar a la muchacha. Y se lamentaba: cómo es posible que traicioné lo prometido. La buscó y encontró en su lugar a una araña. Comenzó a perseguirla y a perseguirla, pero ella se perdió en el monte: la muchacha se había convertido en una araña, en una araña tejedora.

Cuenta la leyenda, que fue Wareke, la araña tejedora, quien enseñó a tejer a los Wuayúu.

Narrador: Aminta Peláez (Riohacha).

Recopiló: Javier Burgos.

Ilustraciones: Alejandra Higueta.

El jaguar y la cierva construyen una casa

Cierto día, una bella cierva de ojos soñadores y corazón aventurero paseaba por la orilla de un río. El agua estaba fresca y centelleaba en su alegre recorrido por el bosque, haciendo guiños al sol y al cielo azul. Era una escena mágica. De pronto, la cierva se encontró en un bello espacio abierto, agradablemente protegido por las delicadas sombras de las grandes ceibas.

“¡Esto es muy hermoso! —gritó feliz—. Cómo me gustaría tener mi casa en este lugar. Cuando llueva o los vientos rujan por la selva, sería un sitio perfecto donde abrigarme. Regresaré mañana y empezaré a construir. Sí, sin duda”. Y saltó feliz, perdiéndose nuevamente en el bosque.

Pasó menos tiempo del que necesita un mico para protestar, cuando apareció un elegante jaguar en el mismo claro. Luego de una larga jornada intentando sin éxito cazar algo, estaba exhausto. Tomó un largo trago de agua cristalina y se acostó a la orilla del río. Echado sobre su espalda, extendió las piernas y miró hacia el cielo. De pronto dio un salto y miró a su alrededor.

“¡Qué sitio tan agradable! —se dijo—. Este es el lugar preciso para construirme una casa. Aquí puedo traer la carne, prepararla y después descansar tranquilamente sin preocuparme de los molestos micos, de la lluvia, del frío. Regresaré en un par de días y comenzaré”. Continuó su camino, contentísimo.

Al día siguiente llegó la cierva llena de entusiasmo y de una vez comenzó el trabajo. No era tarea fácil. Primero tenía que limpiar

el terreno. Arañó y raspó la superficie del suelo con sus pezuñas afiladas y al fin, hacia el atardecer, tuvo el área completamente despejada. Pero era tarde y ya la oscuridad invadía la selva. Se oían las voces de los animales nocturnos despertándose. Era hora de irse, antes de que las fieras rondadoras de la noche la olfatearan.

A la mañana siguiente fue el jaguar quien llegó temprano, tan fresco como el río centelleante que corría a su lado. ¡Qué sorpresa le esperaba! La tierra estaba lista para comenzar a construir. “¿Qué es esto? —dijo—. ¡No lo puedo creer, es fantástico!” La única explicación que pudo encontrar fue que Idn Kamni, el dios de todos los animales, había decidido ayudarlo. “¡Qué suerte tan maravillosa! Bueno, voy a buscar los cuatro postes de apoyo”. Se dirigió al bosque, examinó los árboles y escogió los que necesitaba. Estos, al no ser muy grandes, cayeron sin demasiado esfuerzo después de empujarlos y halarlos. Luego tuvo que



arrastrar uno por uno al claro. Al atardecer, con la ayuda de sus poderosas garras excavó cuatro huecos. Era la hora de comer pero se sintió tan cansado que prefirió buscar un sitio cómodo donde dormir. Al día siguiente saldría a cazar.

Era una mañana bellísima, pero la cierva se encaminaba hacia el sitio de su nueva casa con algo de preocupación. ¿No sería que este sueño de tener su casa era en verdad una estupidez? Sólo pensar en el trabajo de tumbar y después asentar los cuatro postes de apoyo para su vivienda le parecía totalmente fuera de sus posibilidades. Tendría que buscar ayuda. “Podría hablar con el pájaro carpintero o el oso hormiguero, pero tendría que darles algo a cambio. No van a trabajar gratis”. En ese momento llegó al claro y no pudo creer lo que veían sus ojos. Allí estaban los cuatro postes firmemente hundidos en la tierra. “No es posible —susurró—. ¿Pero cómo? Ya sé, ya sé, eres tú, Idn Kamni. Gracias, mil gracias. No puede ser otro quien me ha ayudado”. La parte más difícil de la construcción estaba terminada. La cierva se fue saltando de alegría en busca de hojas de palma para entretejer las paredes. Pronto logró recolectar una cantidad enorme. Después buscó los bejucos para el amarre. Trabajó fuertemente, y al terminar el día ya estaban listas las paredes de su casa. Sólo faltaba el techo. “Lógicamente no puedo esperar que Idn Kamni me ayude con eso. Por ahora me voy a descansar y mañana ya veremos”.



Al otro día, el jaguar regresó para continuar con la construcción de su casa, y de nuevo se sorprendió al ver las paredes hechas. “Oh, Idn Kamni, una vez más, mil y mil gracias por tu valiosa ayuda. Y además dejaste suficiente palma para hacer el techo”. Inmediatamente, el animal inició su labor. Subía por los postes arrastrando consigo los enormes peines de hoja de palma. Después de ubicarlos y amarrarlos, saltaba a tierra nuevamente. Y otra vez a encaramarse con más hojas. Trabajó con tanto empeño que mucho antes de que el sol hubiera pensado en perderse por el oeste, la construcción estuvo techada y casi a punto para ser ocupada. Sin embargo, antes de instalarse en su casita, el jaguar decidió dividirla en dos: la mitad para él y la otra mitad para el dios Idn Kamni; así éste también tendría un espacio dónde descansar cuando anduviera por este mundo. “Y como todavía hay luz —pensó el jaguar—, me conviene salir a buscar la cena y mañana veremos”.

Al amanecer del día siguiente la cierva se encontraba dispuesta a techar su casa, pero al acercarse, ¡qué sorpresa tan grande! Allí estaba el techo, verde y reluciente bajo la luz del amanecer. Se acercó y miró hacia adentro. “Estoy eternamente agradecida contigo, Idn Kamni, dios de todos los animales. En reconocimiento, voy a dividir mi casa por la mitad. Tendrás tu propio espacio para cuando quieras visitar este mundo”. Dicho y hecho. Recogió más hojas y en poco tiempo bajó al río a refrescarse, y al ocultarse el sol, regresó a pasar la noche por primera vez en su nuevo hogar.

Esa misma noche el jaguar se encontraba cazando un pecarí. La presa corrió hacia el río y mientras la perseguía, de buenas a primeras el jaguar se encontró frente a su casa. La vio tan provocativa que dejó escapar al pecarí y decidió ocupar de una vez su nuevo hogar. Mañana haría la división para que Idn Kamni tuviera su propio espacio. Pero al entrar, no sólo descubrió que la división ya estaba hecha sino que alguien dormía en una de las piezas. “Ah, tiene que ser el mismo Idn Kamni”.

Luego, sin hacer ruido, entró en la otra pieza y muy pronto quedó profundamente dormido.

Con los primeros trinos de los pájaros, los dos animales se despertaron, se estiraron, se levantaron y salieron a la puerta. Grande fue la sorpresa de ambos, y con razón; la cierva se asustó considerablemente al encontrarse cara a cara con un jaguar. Sin embargo, él inclinó la cabeza con gran reverencia y dijo: “Oh, Idn Kamni, bienvenido. Ahora sí puedo agradecerte en persona por ayudarme a construir mi casa, que también es tu casa”. Se inclinó aún más profundamente. “Un momento –pensó la incrédula cierva–, ¿qué fue lo que me dijo? Me saludó como si yo fuera el mismo dios”. Con una gran sonrisa dijo: “Ah, sí, sí, señor jaguar; con gusto compartiremos esta casa”, parpadeó luciendo sus largas pestañas e inmediatamente pensó que tal vez eso no era lo que haría un dios. Entonces sacudió la cabeza, levantó una pezuña y dijo “¡Ah sí, ah sí”, otra vez.

“Me imagino que debes tener hambre –dijo el jaguar–. Iré de una vez a cazar algo”. Y con esas palabras se inclinó de nuevo y salió corriendo hacia el bosque.

Poco después descubrió un joven ciervo tomando agua de una quebrada. Con un solo embate lo tumbó y le hundió sus terribles colmillos en el pescuezo, dándole muerte. La cierva, al ver llegar al jaguar arrastrando tras de sí una criatura de su propia especie, y bien muerta, quedó horrorizada. ¿El jaguar esperaba que ella se comiera un ciervo? Se excusó y salió triste hacia el bosque, a pensar.



Cuando regresó, el jaguar todavía estaba comiendo. “¿Estás seguro de que no quieres? La carne está muy tierna”.

“Como soy un dios puedo convertirme en cualquier criatura. En este momento soy una cierva, ¡y no siento ganas de comer eso!”.

“Ah, en ese caso, si no te importa, comeré tu parte también. Sería una lástima perderla, ¿no crees?”

El día siguiente dijo la cierva: “Hoy saldré yo a cazar”. “¡Oh, no, no es justo que un dios me atienda! Saldré yo”, dijo el jaguar, aunque todavía estaba lleno después del banquete del día anterior. “Pues insisto”, dijo la cierva, y con gran determinación desapareció entre el bosque.

Al rato divisó otro jaguar afilando sus garras sobre el tronco de un enorme árbol. Se alejó de él lo más silenciosamente posible y estuvo a punto de estrellarse con un oso hormiguero. “Ah —pensó— ¡qué suerte!”, y fingiendo mucha preocupación le dijo: “Oso hormiguero, no lejos de aquí hay un viejo y desagradable jaguar afilando sus garras y mascullando una cantidad de insultos contra ti. Estoy segura de que él está pensando en comerte”.

Por supuesto, el oso hormiguero, que no era dado a reflexionar, se puso furioso, y sin más ni más, se fue trotando donde el jaguar. Fue tan veloz el asalto que el pobre felino no supo lo que le había pasado: el oso hormiguero le hundió sus letales garras en la garganta.



“Eso le enseñará. ¿Cómo se le ocurre pensar en comerse a un oso hormiguero?”. El animal se sacudió y tranquilamente volvió al termitero donde se estaba dando un banquete.

La cierva lo había visto todo oculta por una gran ceiba; apenas el oso se alejó tomó el cadáver y lo arrastró a la casa. Cuando el jaguar vio lo que traía la cierva, se sintió muy enfermo. “Idn Kamni —lloró—, ¿cómo pudiste matar a uno de mis hermanos? Y la cierva replicó:

“No soy Idn Kamni y...”.

“¿No eres Idn Kamni?”.

“No, claro que no lo soy. ¿De verdad crees que él aparecería en forma de una cierva cuando podría convertirse en cualquier animal magnífico, como un jaguar? Y en cuanto a él... —señaló al jaguar muerto—. Bueno, tú mataste a uno de mis hermanos ayer, entonces sabes cómo me sentí”.

Desde ese momento la cierva y el jaguar se separaron, y nunca volvieron a vivir juntos. La cierva decidió que era mucho mejor estar con su propia especie, sobre todo después de haber mostrado el jaguar un especial gusto por la carne de ciervo. Al fin de cuentas, siempre es más seguro vivir en grupo. El jaguar se dio cuenta de que tal vez no era muy conveniente estar amarrado a una casa. ¡No! El espacio abierto y la libertad de la selva, a pesar de los molestos micos, la lluvia y el viento, eran una opción mucho mejor. ¿Cómo era posible que hubiera pensado de otra manera? Naturalmente, los jaguares no son muy aficionados a los osos hormigueros. Prefieren mantenerse lejos de ellos.

Isabel Crooke Ellison.

Publicado en: *Sueños con jaguares: mitos y cuentos de los indígenas colombianos*.

Bogotá. Intermedio Editores, 2004.

Ilustraciones: Alejandra Higueta.



De por qué el armadillo lleva auestas una pesada concha

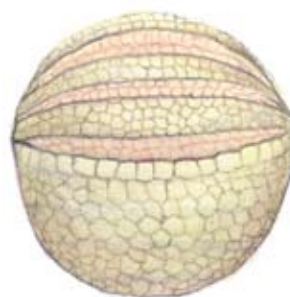
En la Gran Selva vivía un armadillo al que no le gustaba la compañía de nadie y prefería vagar sin rumbo por el campo. Así pasó mucho tiempo, hasta que un buen día su vida cambió para siempre.

Aquella mañana se levantó y se fue a tomar un baño en el río. Luego de caminar un buen rato, se detuvo bajo un árbol a descansar, y en ese momento se le acercó una enorme anaconda a pedirle ayuda para desenredar la punta de su cola, atascada en un matorral. El armadillo le respondió:

—La verdad, señora anaconda, es que hoy tengo bastante prisa, pues antes del mediodía tengo que llegar al río, del otro lado de la Gran Selva. Disculpe, pero ya vendrá alguien que la ayude.

Dicho esto, el armadillo tomó su morral para seguir su camino, dejando a la anaconda atónita pues no esperaba semejante respuesta de un hermano de la selva.

Al llegar a su destino, el armadillo se zambulló en el agua fresca. Al cabo de un rato decidió tomar una siesta en la orilla. Entonces un delfín se le acercó y con voz suave le dijo:





–Armadillo, necesito un favor tuyo. Al otro lado de la selva vive un mono que es gran amigo mío y mañana es su cumpleaños. Como no puedo salir a tierra firme, necesito que le lleves este regalo de mi parte.

Con su boca le alargó una roca que destellaba hermosos colores bajo los rayos del sol.

Pero el armadillo replicó:

–Señor delfín, usted me disculpará, pero debo volver inmediatamente a mi madriguera y no puedo desviarme. Será mejor que le pida el favor a otro animal que pase.

Con cara larga y triste, el delfín dio media vuelta y se alejó por el río.

Como el sol empezaba a declinar, el armadillo decidió emprender el regreso a casa. Esa noche, mientras descansaba en su madriguera de tan largo viaje, hubo un consejo de animales. Como en la Gran Selva no había secretos, todos sus habitantes supieron que el gruñón armadillo no quiso ayudar a la anaconda ni al delfín, por lo que decidieron que al perezoso animal había que castigarlo de alguna manera. Para ello invocaron a Tupana, el gran conductor del universo, y le solicitaron ayuda. Éste no lo pensó mucho y decidió la suerte del armadillo.

Fue así como al día siguiente, cuando el sol empezaba a despuntar en el horizonte, el armadillo se sintió más pesado que de costumbre al intentar levantarse: en su lomo llevaba una gran concha que le impedía moverse libremente como antes.

Desde aquel entonces, todos los animales de la Gran Selva procuran ayudar a sus hermanos, pues ninguno quiere correr con la misma suerte del armadillo.

Valeria Baena.

Publicado en: *Región de la Orinoquía: animales en extinción.*

Colombia. Bogotá. Ediciones B, 2006.

Ilustraciones: Johana Bojanini.





¿Por qué los sapos no tienen cola?

*“Una gran fiesta en el cielo había;
como el sapo alas no tenía,
al gallinazo engañó alado
para que al cielo lo llevara”.*



El sapo llevaba muchos días maquinando para encontrar la manera de asistir a la fiesta celestial, pero cada idea era peor que la anterior. Después de mucho pensar y pensar, se le ocurrió un plan. Todos los animales debían aportar algo para la fiesta y él no podía ser la excepción, así que preparó un costalito con algunas cosas y le dijo a su esposa que cuando llegara el gallinazo se lo entregara. Después se fue a casa del gallinazo y le pidió el favor de recoger el paquete y llevarlo a la fiesta: él no podía ir, pero de todas formas enviaba su contribución.

El gallinazo aceptó. Se pusieron de acuerdo en la hora y el sapo se fue muy contento. Al llegar a su casa, se metió en el costalito y se quedó ahí, callado, esperando a que llegara el gallinazo a recogerlo.

Éste llegó a la hora convenida, saludó a la señora rana, que le entregó la mochilita, se despidió y echó a volar. Subió, dando vueltas y más vueltas, y cuando estaba bien alto, muy cerca del cielo, dijo, sin saber lo que llevaba en el paquete: “¡Menos mal que no vino el chismoso del sapo! No hay fiesta en la que no esté hable que te hable: una vez empieza, no hay modo de pararlo”.



Entonces el sapo, desde el fondo de la mochila, dijo: “¡Aquí estoy, amigo! ¡Aquí estoy!”. Al oír la conocida y fea voz, el gallinazo hizo un gesto de desagrado, pero como ya estaba a las puertas del cielo no tuvo más remedio que terminar su viaje y llevar al indeseable a la fiesta.

La celebración fue muy agradable y todos se divirtieron mucho; el sapo, desde luego, no desaprovechó la oportunidad para echar sus habladurías aquí y allá y regar uno que otro chisme. Las cosas buenas, sin embargo, no duran, y el sapo, viendo que ya no faltaba mucho para tener que regresar a casa, empezó a darle trago al gallinazo para que no se diera cuenta de que lo llevaba otra vez. El gallinazo, ya medio borracho, no advirtió cuando el sapo se le trepó encima, y echó a volar.





Una vez más, dio vueltas y vueltas, bajando de a poquitos. Cuando ya estaba cerca del suelo, dijo: “¡Qué bueno! Por fin me libré del estorbo sapo, que a estas horas debe estar allá arriba viendo cómo hace para devolverse”. Y el sapo le gritó desde su espalda, donde estaba prendido como una garrapata: “¡Aquí estoy, compadre!”.

El gallinazo se puso furioso y empezó a hacer piruetas y a sacudirse, para hacer caer al sapo. Éste iba muerto del susto. Cuando creyó que estaba bien bajito, vio una piedra, que le pareció chiquita, y resolvió tirarse para evitar males mayores. Cayó sobre la piedra y se pegó tan duro que se quedó sin cola. Lamentándose de su suerte, juró que nunca más iría a una fiesta en el cielo. Desde entonces, los sapos no tienen cola y se la pasan cantando en las lagunas.

Mauricio Galindo Caballero.

Publicado en: *Mitos y leyendas de Colombia: tradición oral indígena y campesina.*

Bogotá. Intermedio Editores, 2003.

Ilustraciones: Alejandra Estrada.

Una hora duerme el gallo.
Dos, el caballo.
Tres, el santo.
Cuatro, el que no lo es tanto.
Cinco, el marino.
Seis, el peregrino.
Siete, el estudiante.
Ocho, el jornalero.
Nueve, el pordiosero.
Diez, el caballero.
Once, el muchacho.
Doce, el borracho.

Sábado alegre,
domingo galán,
lunes enfermo
pa' no trabajar.

Una vieja mató un gato
con la punta de un zapato,
pobre vieja, pobre gato,
la mujer del Garabato.

Simón Bolívar nació en Caracas,
en un potrero lleno de vacas,
las unas gordas, las otras flacas,
las otras llenas de garrapatas.

Cayó una teja,
mató una vieja,
dijo la vieja:
¡ay mi molleja!

Cayó un ladrillo,
mató un novillo,
dijo el novillo:
¡ay mi fundillo!

Cayó un terrón,
mató un ratón,
dijo el ratón:
¡ay mi zurrón!

Cayó una viga,
mató una hormiga,
dijo la hormiga:
¡ay mi barriga!

Un cojo salió corriendo,
un ciego lo vio pasar,
un mudo le dijo al sordo
y el sordo se fue a avisar.







Las orejas largas de Tío Conejo

En tiempos remotos, Tío Conejo tenía las orejas cortas como todos los animales. Pero un día se sintió insatisfecho con su estatura y decidió caminar hasta el cielo para pedir a Dios que le diera un cuerpo más grande.

Antes del viaje, Tío Conejo pensó que debía llevar a Dios un obsequio y una demostración de su astucia. Enseguida derribó una guadua madura, extrajo un buen trozo e hizo un tubo, lo labró cuidadosamente y le puso una tapa.

Salió muy temprano. Iba muy alegre y decidido. Llevaba una mochila con comida y en las manos portaba el tubo de guadua. Por el camino iba diciendo en un tono juguetón: “Sí cabe, no cabe, sí cabe, no cabe. ¿Cómo que no cabe? Sí cabe. No cabe, sí cabe, no cabe, sí cabe. Aquí sí cabe, no cabe”.

Quienes lo miraban pasar creyeron que Tío Conejo tenía algún trastorno mental. No era habitual encontrarlo hablando solo por los caminos del bosque.

De repente, aparecieron las avispas. Se acercaron y le preguntaron:

—¿Qué hace sobrino?

—Aquí discutiendo con mí sombra. Yo digo que ustedes sí caben en este tubo. Ella dice que no. ¿Por qué no van a caber? Yo digo que sí caben.

—Sí cabemos sobrino —dijeron las avispas.

—¿Cómo no van a caber? Hagamos la prueba, yo estoy seguro de que sí caben.

Las avispas se metieron apresuradamente dentro del tubo y Tío Conejo dijo sarcásticamente:

—Y todavía discutiendo que no cabían, ya ven que yo tenía razón.

—Sí cabemos sobrino, ahora sáquenlos de acá —dijeron desde adentro.

—¿Por qué iba a sacarlas? Olvídense, si las saco no estoy haciendo nada. Las hice entrar para dejarlas encerradas ahí.

Enseguida, Tío Conejo alzó el tubo de guadua y siguió avanzando. Por el camino continuó diciendo: “Sí cabe, no cabe, sí cabe, no cabe. ¿Cómo que no cabe? Sí cabe, no cabe, sí cabe, no cabe, sí cabe. Aquí sí cabe, no cabe”.

Desde la rama de un árbol, la víbora estiró la cabeza y lo llamó para preguntarle:

—Sobrino, ¿qué es lo que no cabe?

—Usted tía. Yo digo que usted, bien arregladita, sí cabe en este tubo de guadua. Y a mí me da mucha rabia cuando me discuten sin fundamento. ¿Cómo no va a caber?

—Sí quepo, sobrino.

—Ensayemos, tía —le dijo Tío Conejo.

La víbora se arregló vanidosamente, se acercó al tubo de guadua y se metió. Desde adentro dijo con una voz chillona:

—¿Se da cuenta sobrino que sí quepo?

—Sí tía, yo sé que usted cabe.

—Bueno ahora sí sáqueme de aquí, —solicitó la víbora.

—¿Sáqueme? ¡Yo no saco a ninguno de los que van aquí! ¿Por qué los voy a sacar? ¡De aquí no saco a nadie!

–¡Ay, sobrino, por Dios! ¡Sáqueme de aquí! ¡A mí me asusta la oscuridad! –dijo en tono suplicante.

–No, tía, de ahí no la saco. Más bien duerma un rato para que se tranquilice.

Y así continuó por el camino Tío Conejo hasta que llenó completamente el tubo con todos los animales que encontró a su paso.

Cuando llegó al cielo, consiguió una entrevista con Dios y sin demasiados rodeos le dijo:

–Señor, permítame decirle algo. Vengo desde la tierra a entregarle un obsequio, y también a hacerle una petición muy especial.

–Habla rápido que estoy muy ocupado –dijo el Creador.

–Dentro de este tubo de guadua están los frutos de la creación. Son los animales que habitan en la tierra. Con esto quiero demostrarle mi astucia e inteligencia –Tío Conejo descargó presurosamente el tubo de guadua sobre el piso del cielo, le quitó



la tapa y dejó que los animales que estaban dentro escaparan. Salieron las avispas, el sapo, la víbora, la cucaracha, el cangrejo, el chango, la güimba, el ratón de monte y muchos animales más.

El Creador mostró una cara de asombro, nunca se imaginó que un animal tan pequeño fuera capaz de tal astucia. Tío Conejo quiso aprovechar el desconcierto del Supremo Hacedor y le dijo:

—Señor, quiero pedirle que me dé un cuerpo más grande. ¿Si siendo pequeño soy capaz de hacer esto, cómo sería con un cuerpo más grande? Por favor, deme un cuerpo más grande.

El Señor se disgustó mucho y le dio un buen regaño. Y le respondió enfáticamente:

—¿Qué cuerpo te puedo dar? Si siendo pequeño haces todas esas travesuras, ¿cómo serías teniendo un cuerpo mayor? Lo único que voy a agrandarte son las orejas.

Entonces, Dios haló fuertemente las orejas del conejo y lo dejó caer desde la altura del cielo. Y ése es el conejo orejón que hace todas las astucias que cuentan los abuelos.

Helmer Hernández Rosales.

Publicado en: *La creación de Tumaco y otros relatos del Pacífico.*

Pasto. Yo mismo editor, 1999.

Ilustraciones: Alejandra Higueta.



El conejo y el mapurite

Cuentan los ancianos de la Guajira que el mapurite era el mejor curandero de aquellos viejos tiempos en que los animales eran como los hombres de hoy.

Un día, el mapurite cogió camino hacia Riohacha para curar a un enfermo a quien se le había metido un mal espíritu en los pulmones que le hacía toser y doler el pecho.

Iba camino de este a oeste, cuando se encontró con el conejo que venía de oeste a este.

—Ajá, curandero. ¿Adónde vas con tanta prisa?

—Voy a Riohacha a curar a un enfermo. Y tú, ¿hacia dónde vas?

El conejo dio dos brincos y dijo:

—Pues... hacia donde me lleve el camino, de aquí para allá, de occidente a oriente, al Jorrottuy donde brilla el sol naciente.

—Ajá, ¿sí? —respondió el mapurite sin mirarlo porque tenía unos ojos chiquiticos y casi no podía ver.

—Oye, viejo —dijo el conejo—, ¿no tienes por casualidad un tabaquito para mascar y entretenerme por el camino?

—Pues sí tengo, amigo.

Y metiendo la mano en su bolso, el mapurite le dio tamaño tabaco para que fumara y mascara.

Entonces se separaron.

El mapurite siguió camino a occidente y el conejo se fue contento con su tabaco. Hizo como si se alejara, pero le dio la vuelta a una loma y volvió a caer en el mismo camino, delante del mapurite.

Cambiando la voz, dijo el conejo:

—Hola, curandero. ¿Adónde vas con tanta prisa?

—Voy a Riohacha a curar a un enfermo —respondió el mapurite pestañeando.

—¿Y qué se dice por el camino que has recorrido, viejo?

—Pues nada. Sólo me encontré hace un rato con un conejo que sigue tu mismo camino.

—Lo alcanzaré para que me sirva de compañero —dijo el conejo—.



Pero por casualidad, ¿no tienes un tabaco que me regales?

El mapurite metió la mano en su bolso y le regaló un tabaco.

Entonces se separaron.

Pero en cuatro saltos el conejo dio vuelta a otra loma y volvió a presentarse delante del mapurite.

Esta vez el conejo remedó la voz temblorosa de un viejo:

—Me complace verte, anciano, residuo de los tiempos idos. Soy un viejo achacoso que desea recordar sus primeros días.

El mapurite se sintió muy contento al oír estas frases y quiso conversar de las andanzas de su juventud. Levantó la cabeza pero con sus ojos chiquiticos como dos pulguitas casi no podía ver a quien le hablaba.

—¿No tienes un tabaco que me regales? —Preguntó de prisa el conejo.

—Sí, me complace —dijo el mapurite, y le dio otro tabaco.

El conejo se fue corriendo contento con sus tres tabacos y el mapurite siguió camino a occidente.

Cuando el mapurite llegó a Riohacha, vio que no le quedaba ni un solo tabaco para dar masajes a su enfermo, y recordando, recordando... se dio cuenta de que el conejo, con su astucia, lo había engañado.

—¡Ya verá lo que le va a pasar! —dijo indignado el mapurite.

Y comenzó a preparar un raro menjunje: puso ají picante en un mortero, puso resina de pringamoza, zumo de tabaco, y un chorrito de pipí. Batió muy duro... así, así. Y cuando la mezcla estuvo a punto, hizo dos cigarros con ella y los puso en su bolso.

Camino a su casa, pasó por el mismo lugar en donde se había encontrado con el conejo y... ¡qué casualidad! Allí estaba el conejo.



—Hola, viejo, amigo mío. Nos volvemos a encontrar. ¿Tendrás otro tabaco que me regales?

—Sí, con mucho gusto. En Riohacha compré unos y son muy buenos.

El mapurite le dio los dos cigarros y siguió pasito a paso a su casa.

El conejo se puso a fumar, chupa que chupa, y sintió un mareo. Algo raro le ocurría. Sentía como si le picaran hormigas en la nariz, como si le hicieran cosquillas en la boca. Pero no le importó. Siguió chupando y escupiendo el aroma de su tabaco. El hocico se le empezó a hinchar y la nariz se le movía rapidito sin que él lo quisiera. Entonces, botó el tabaco, se frotó la nariz y estornudó. Pero... nada. Su nariz seguía húmeda, rosada y moviéndose sin parar.

Dice la gente de la Guajira que desde entonces a todos los conejos les tiembla el hocico y la nariz, porque todavía sienten la picazón del tabaco mágico del mapurite.

Recopilado por: Ramón Paz Ipuana.

Adaptado por Verónica Uribe.

Ilustraciones: Alejandra Higuita.





La batalla del grillo y el oso

Un día, estaba el grillo tomando el sol en medio del camino cuando el oso le dio un terrible golpe con una de sus patas, que estuvo a punto de dañarle una de sus verdes alas.

—Oye, oso —protestó el grillo—, ¿acaso no tienes ojos para verme? ¿Así de insignificante te parezco?

El oso, hablando al aire, respondió:

—¿Quién me habla? ¿Quién se atreve a regañarme con esa vocecita?

—Pues soy yo el que hablo —contestó furioso el grillo después de haber saltado a una de las ramas de un árbol para que su rival lo pudiera ver—. Yo, que puedo ser tan temible como el más grande de los animales de la selva.

Al oír esto, el oso soltó una carcajada y le dijo con tono de desprecio:

—¿Temible? ¿Un grillito como tú? ¿Dices que valiente? Eso lo quisiera ver. Además —dijo después de advertir la seriedad con que lo miraba— ¿Cómo te atreves a desafiarme a mí cuando eres mil veces más pequeño que yo?

—Pues sí —le dijo el grillo— Tú crees que produces miedo por tu gran tamaño, pero estoy seguro de que mis hermanos, los insectos y yo, podríamos derrotarte a ti y a todos tus hermanos.

—Eso habría que verlo —le respondió el oso, cansado de la discusión, y retomó el camino y se marchó.



Pero el grillo, que era tan orgulloso, saltó hasta su nariz para insistirle:

—Yo te reto, amigo oso, para que veamos quién puede ser más temible, si tú o yo.

—Está bien —le dijo el oso, muy convencido de su poder. —Si eso quieres saber, aquí te espero el martes antes de que el sol se oculte.

—Perfecto —dijo el grillo.

Así fue como a la semana siguiente los dos bandos se encontraron. A este lado, el oso con su gran ejército de animales grandes que rugían para parecer más temibles. A este otro, el grillo que se veía pequeño y solitario encaramado en una rama.

La batalla, para el público que la miraba, estaba perdida. ¿Cómo iba a vencer el grillo a semejantes animales?

Pero el grillo no estaba solo. Lo acompañaban tres cajitas que fue destapando en orden. De la primera salieron un montón de abejas que volaron directo a picar los ojos de los animales grandes para que estos no pudieran ver; de la segunda, salieron al trote cientos de hormigas majiñas rumbo a los brazos de sus rivales

para que no los pudieran usar; y de la tercera, surgieron un millar de zancudos que sobrevolaron las orejas grandes de las temibles fieras para que no pudieran oír.

Rápidamente los grandes animales quedaron aniquilados. Cuando trataban de avanzar, no podían hacerlo por sus ojos hinchados. Cuando trataban de atacar, se lo impedían sus brazos irritados. Y ni siquiera podían oír por la nube de insectos que merodeaban sus grandes orejas.

Las temidas fieras huyeron en retirada y el oso tuvo que declarar, con el rabo entre las patas, que el grillo era el ganador. Por eso, mientras los hermanos del grillo disfrutaban su victoria, los osos, los leones, los tigres, las zorras, los lobos y los tigrillos huyeron por entre las ramas de la selva, rugiendo y gritando, después de haber sido heridos su orgullo y su corazón.

Desde entonces, por todos es sabido que los grandes animales le tienen un gran temor y respeto a los pequeños insectos zumbadores.

Adaptado por: **María Isabel Abad Londoño.**
Ilustraciones: Alejandra Estrada.



Historia de los cuentos de Anancy

Érase una vez, cuando el tiempo era tiempo, los cuentos no se llamaban cuentos de Anancy, sino cuentos de Tigre. Y por las tardes, cuando los animales se sentaban a contar sus aventuras, a ese tiempo le decían la hora del Tigre.

Pero un día, cuando los animales se sentaron a contar sus aventuras, Anancy, la araña, se paró y dijo:

—Ay, hermano tigre, deje que los cuentos lleven mi nombre, sí, sí, por favor, por favor. Y tanto insistió Anancy que Tigre dijo:

—Ja, ja, jaja, pobre Anancy, tan debilucha y quiere que los cuentos lleven su nombre. Está bien, los cuentos podrán llevar tu nombre si me traes a la serpiente amarrada de un palo.

Y todos sabemos lo difícil que es amarrar a la serpiente de un palo, pero Anancy, la araña, no se dio por vencida.

—¡Lo tengo, lo tengo! A la serpiente le encantan los bananos, deliciosos bananos maduros con punticos negros, olorosos, listos para comer. Conseguiré un racimo de bananos y, cuando llegue la serpiente, empezará a comer, y como estarán tan deliciosos se comerá todo el racimo, y quedará tan llena que no podrá moverse, y luego con esa pita la amarro del palo y los cuentos llevarán mi nombre. ¡Viva, viva! Y así, pensando y haciendo, puso el racimo de bananos y, cuando llegó la serpiente, empezó a comer, y eran tan deliciosos que comió la mitad y dejó la otra mitad para después.



¡Pobre Anancy, los cuentos no llevarán su nombre! Pero Anancy no se dio por vencida y pensó:

—A la serpiente le gustan los huevos, deliciosos huevos frescos recién puestos por la gallina. Conseguiré unos huevos, abriré un hoyo, pondré grasa alrededor, los colocaré, y cuando llegue la serpiente, se va a resbalar hasta el fondo, y con esta pita la amarro. ¡Viva, viva, los cuentos llevarán mi nombre! Y pensando y haciendo, abrió un hoyo profundo, colocó los huevos y la grasa alrededor y esperó.

Y de pronto, llegó la serpiente:

—Ay, ¿quién me quiere tanto? Ayer eran bananos y hoy son huevos. La serpiente, al darse cuenta de que había grasa alrededor, amarró la cola de un arbusto y se deslizó y comió hasta el último huevo, y así como entró salió y se fue.

¡Pobre Anancy!

—Los cuentos no van a llevar mi nombre —dijo la arañita y se puso a llorar.

Por allí pasó la serpiente y le preguntó:

—Anancy, ¿por qué estas llorando?

—¿Llorando yo? Yo no estoy llorando. Perdí una apuesta pero nada más.

—¿Una apuesta? Preguntó la serpiente.

—Sí. Es que yo aposté que tú eras la más elegante, la más esbelta de la selva. Mírate esos colores, negro con café tornasolado. Además, eres tan esbelta.

Y la serpiente dijo:

—¿Acaso alguien tenía dudas de eso?

Y dijo Anancy:

—Yo no, pero los demás animales sí.

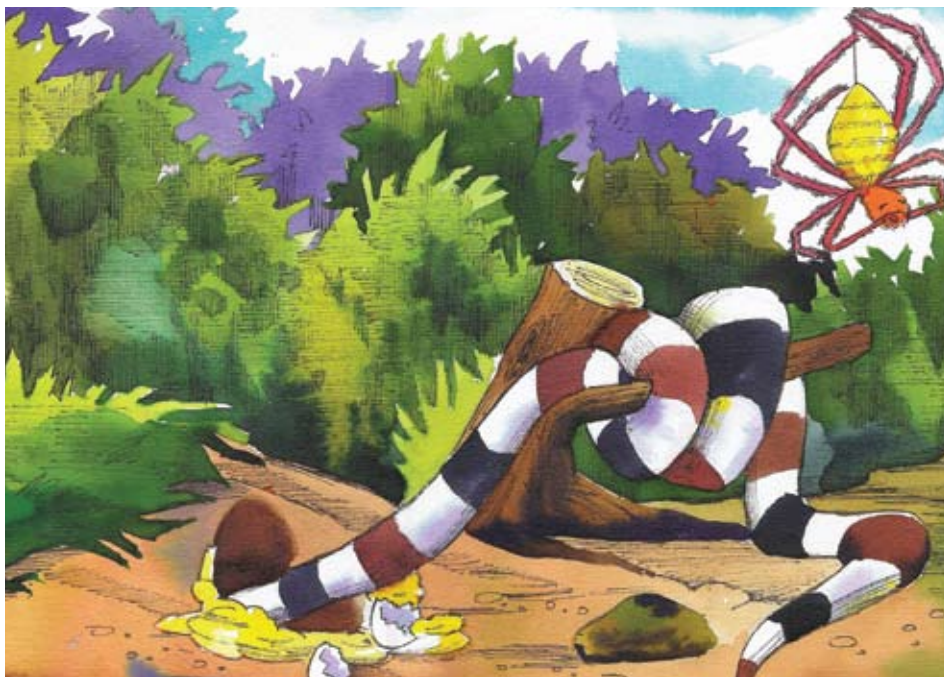
Y la serpiente preguntó:

—Y cómo puedo hacer para demostrarles que soy la más larga y esbelta de la selva?

Y Anancy contestó:

—Bueno, acuéstate a lo largo de este palo que yo con esta pita te puedo medir y mostrarle a los demás que tú eres la más larga. Y la serpiente, más obediente que nunca, se acostó a lo largo del palo. Pero cuando estiraba la cola, la cabeza se encogía, y cuando estiraba la cabeza, la cola se encogía. Así que le dijo Anancy:

—Ay, serpiente, déjame amarrarte la cola para que te puedas estirar.





Y la serpiente movió la cabeza en son de acuerdo y Anancy le amarró la cola, y la serpiente empezó a estirarse y a estirarse, pero le faltaba un tramo para ser más larga que el palo, y Anancy le dijo:

—Cierra los ojos serpiente, y estira con fuerza que yo contaré hasta tres.

Entonces la serpiente empezó a estirarse y Anancy a contar:

—A la una, a las dos... y cuando iba a llegar a las tres, Anancy, la araña, le amarró el cuello y comenzó a gritar:

—Vengan todos a ver la serpiente amarrada de un palo.

Y desde ese día los cuentos dejaron de ser cuentos de Tigre y se convirtieron en cuentos de Anancy.

Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

Narradora: Loila Pomares Miles.
Recopiló: Tita Maya y María Isabel Escobar.
Ilustraciones: Nadir Figueroa.

El mono y el tiburón

Érase una vez, cuando el tiempo era tiempo, que en un árbol de manzano vivía un mono titiritero y el mono todos los días saltaba y brincaba mientras comía jugosas manzanas.

Un día, a lo lejos se escuchó:

—¡Bravo, muy bravo, amigo Mono!

Era el tiburón, que estaba en la playa mirando al mono hacer monerías y comer jugosas manzanas. Y entonces el mono le lanzó una de sus jugosas manzanas y el tiburón abrió su boca y empezó a comer.

El tiburón venía todos los días a visitar al mono y, al pasar el tiempo, se hicieron muy buenos amigos. Pero un día el tiburón le dijo al mono:

—Oh, amigo Mono, yo vengo todos los días a visitarte pero tú no has ido a visitarme a mi casa.

—Ay, no, no puedo meterme al mar porque tengo la piel tan suave y delicada y el agua me la puede dañar.

Entonces el tiburón le dijo:

—No, amigo Mono, yo te llevo en mi lomo y no te va a pasar nada.

—No, amigo tiburón, qué barbaridad, hermano, porque yo no sé nadar.

Y el tiburón le dijo:

—Ay, hermano Mono, no sabes todo lo que te estás perdiendo. Si vieras esos arrecifes de coral, y esos bancos de arena, ay, y el pulpo, y el caballito de mar, y los erizos de colores, y los caracolititos, ¡ay! Y los tiburones más grandes y las ballenas y... —y tanto le pintó esos paisajes y animales tan bonitos que el mono no lo pensó más y saltó del árbol y se subió al lomo del tiburón. Y el tiburón empezó a nadar lentamente mientras le mostraba todo el paisaje.

Cuando de pronto, a lo lejos, el mono vio algo largo y negro que botaba humo, y le preguntó al tiburón:

—Amigo Tiburón, ¿qué es eso que se ve allá a lo lejos?

—Ay, eso es un barco construido por los hombres. Sin duda son tan miedosos como tú, mi querido Mono.

Los amigos siguieron paseando y el mono feliz se reía de vez en cuando al ver ese paisaje tan bonito, y el mar de tantos colores. Cuando de pronto, a lo lejos, se escuchó:



—El rey de los tiburones está enfermo. El rey de los tiburones está enfermo, y sólo podrá sanar si come el hígado de un mono.

—¿El hígado de un mono? Empezó a temblar el mono. Yo soy un mono, yo soy un mono.

Entonces lo pensó dos veces y dijo:

—Ay, amigo Tiburón, me gustaría entregarte mi hígado para que lo obsequies al rey de los tiburones, pero como soy titiritero dejé en el árbol del manzano mi corazón, mi hígado y mi sombrero. Pero si me vuelves a llevar a la orilla con mucho gusto te lo obsequio. Y el tiburón dijo:

—Gracias, amigo Mono, ya estuve pensando cómo te lo iba a arrebatar.

Y el mono empezó a mirar al tiburón de soslayo, y el tiburón dijo:

—Bueno, regresaré a la orilla. Y lo hizo a toda prisa.

Cuando llegaron a la playa, el tiburón dijo:

—Amigo Mono, vaya a toda prisa y tráigame su hígado.

El mono subió al árbol del manzano y desde lo alto le gritó:

—Amigo Tiburón, amigo Tiburón, aquí está mi hígado —mostrándole su hígado —¿o acaso creías que me lo iba a dejar arrebatar?

—Yo soy el mono titiritero, yo soy el mono, yo soy el mono.

Y siguió cantando el mono con tanta alegría de ver que el tiburón no le pudo arrebatar el hígado.

Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

Narradora: Loila Pomares Miles.

Recopiló: Tita Maya y María Isabel Escobar.

Ilustraciones: Alejandra Estrada.



La tortuguita diligente

Se presentó un verano muy grande en la tierra, y los animales, en vista de que se estaban muriendo de hambre porque no tenían agua que beber ni nada que comer, y no llovía y los arroyos y los pozos se habían secado, se encontraron en un lugar alto en donde se reunían con frecuencia.

A la reunión asistieron Tío Tigre, Oso, Ñeque, Venado, Tío Conejo, Burro, Perro, Sapo, doña Tortuga, Gallinazo, y todos los animales empezaron a deliberar.



Tigre, que era la autoridad, tomó la palabra y dijo:

—Vamos a ver, ¿quién se dispone a llevar una carta a Dios para implorarle que llueva?

—Venado —dijeron todos en coro—. Venado que es muy ágil para correr.

Venado se excusó diciendo que con mucho gusto iría, pero que el cielo estaba muy alto y muy lejos y últimamente estaba sufriendo de reumatismo.

—Entonces que vaya Paloma Mensajera, que está acostumbrada a volar por esas alturas.

Paloma se excusó alegando sufrir achaques también, y así sucesivamente todos los animales, hasta que le llegó el turno a Tortuguita, que estaba toda tímida en el borde de una gran piedra.

—Bueno, yo voy —dijo ella sacando la cabeza del carapacho y con la vocecita aquella que casi no se le oía, y enseguida se deslizó de arriba de la piedra.

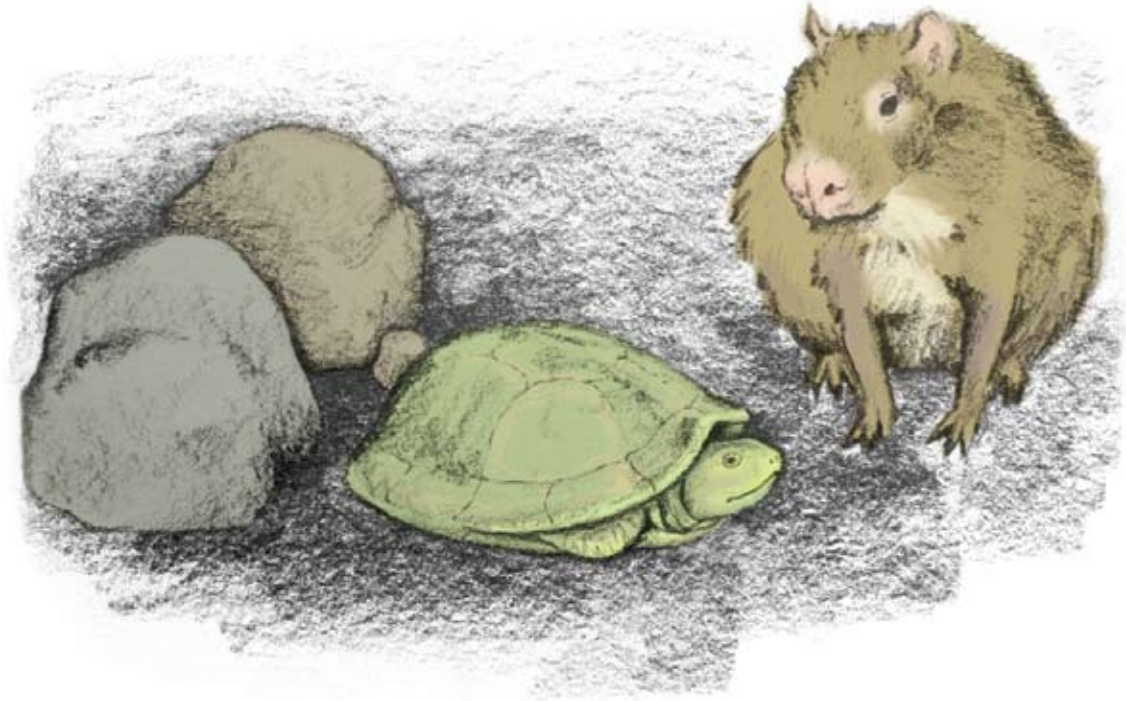
Todos los animales aplaudieron admirados de la rapidez con que Tortuga empezó a cumplir la diligencia de llevar el mensaje al cielo. Día tras día y semana tras semana, los animales se reunían a esperar el regreso de doña Tortuga. Y nada que llovía y nada que Tortuga regresaba. Y así pasaron tres meses.

—Ese animal dónde se habrá metido —se preguntaban algunos.

—¡Estamos desesperados! —se lamentaban otros. Hasta que Tío Tigre, que era la autoridad, pidió silencio y rugió desde lo más alto de aquel lugar:

—Como doña Tortuga no llegue hoy, el día que vuelva, por la demora tan grande, le vamos a dar una fuerte paliza.

—¡Si, le daremos una fuerte paliza! —rebuznaron, cacarearon, relincharon, croaron, graznaron, mugieron todos.



Y entonces doña Tortuga sacó la cabeza de allá abajo de la piedra a donde se había resbalado, y respondió:

—Sigán hablando mal de mí y verán que no voy a ninguna parte.

Narradora: Elia Rosa Mercado (Corozal, Sucre).

Recopiló: Jairo Mercado.

Ilustraciones: Alejandra Estrada.



La comadreja y la familia Armadillo

El papá armadillo era campesino y muy tímido. Jamás había bajado al pueblo, pero, ¿para qué quería él recorrer mundo cuando tenía una cueva tan bonita debajo de las raíces de una ceiba, tapizada con musgo y tan espaciosa, que a no ser por la falta de luz se hubiera tomado por un palacio? La familia vivía holgada, y doña Armadilla, en compañía de sus hijas Armadilla-Melada y Armadilla-Gris, había hermoseedo la cueva con flores, festones y plumas recogidos en el monte.

Todo era paz en aquella casita hasta el día en que al otro lado del árbol vino a vivir la comadreja. Un día, la comadreja llegó de visita a casa de la familia y con muchas zalemas empezó a alabar el orden, el aseo y el buen gusto de la señora. A los armadillitos les dijo que eran primorosos, que la concha que tenían en el lomo debía ser de carey cuando menos, así era de fina, que eran, además, los niños más bien educados que ella conocía. La mamá, halagada, la invitó a almorzar, y por la tarde a dar un paseo.

Desde entonces, la entrometida comadreja no dejó a la familia ni a sol ni a sombra: que haga el favor de prestarme un poco de sal; que su cedazo para cernir la guayaba; que un asiento para una visita que me llega; que Armadillita-Gris para que me traiga un poco de agua. A esas molestias continuas se agregaron los chismes. Estoy furiosa —decía la hipócrita— porque la coneja dijo que ustedes son unos orgullosos; la zorra dice que le dijeron que don Armadillo es un vago —y así todos los días.

La casa se volvió un infierno, y el papá no iba sino a horas de comida; los niños se salían a corretear mientras mamá recibía la visita de la vecina, y Armadilla-Melada aprovechaba para ir a la huerta a conversar con Armadillo-Negro, su novio. La señora Armadilla estaba desesperada y no encontraba el medio de salir de su importuna amiga.

La familia tuvo una junta para idear el medio de salir de la chismosa. Después de muchas cavilaciones, el armadillo más pequeño, y a quien la comadreja molestaba más con sus recados, dijo:

—Como al único animal que teme la comadreja es al perro cazador, propongo que consigamos alguno que venga a vivir unos días con nosotros.

—¡Magnífica idea! —repuso papá—; pero, ¿dónde conseguirlo?

—Eso es cosa mía —contestó el avisado armadillito, y salió corriendo hasta la cueva de un conejo amigo y dijo:



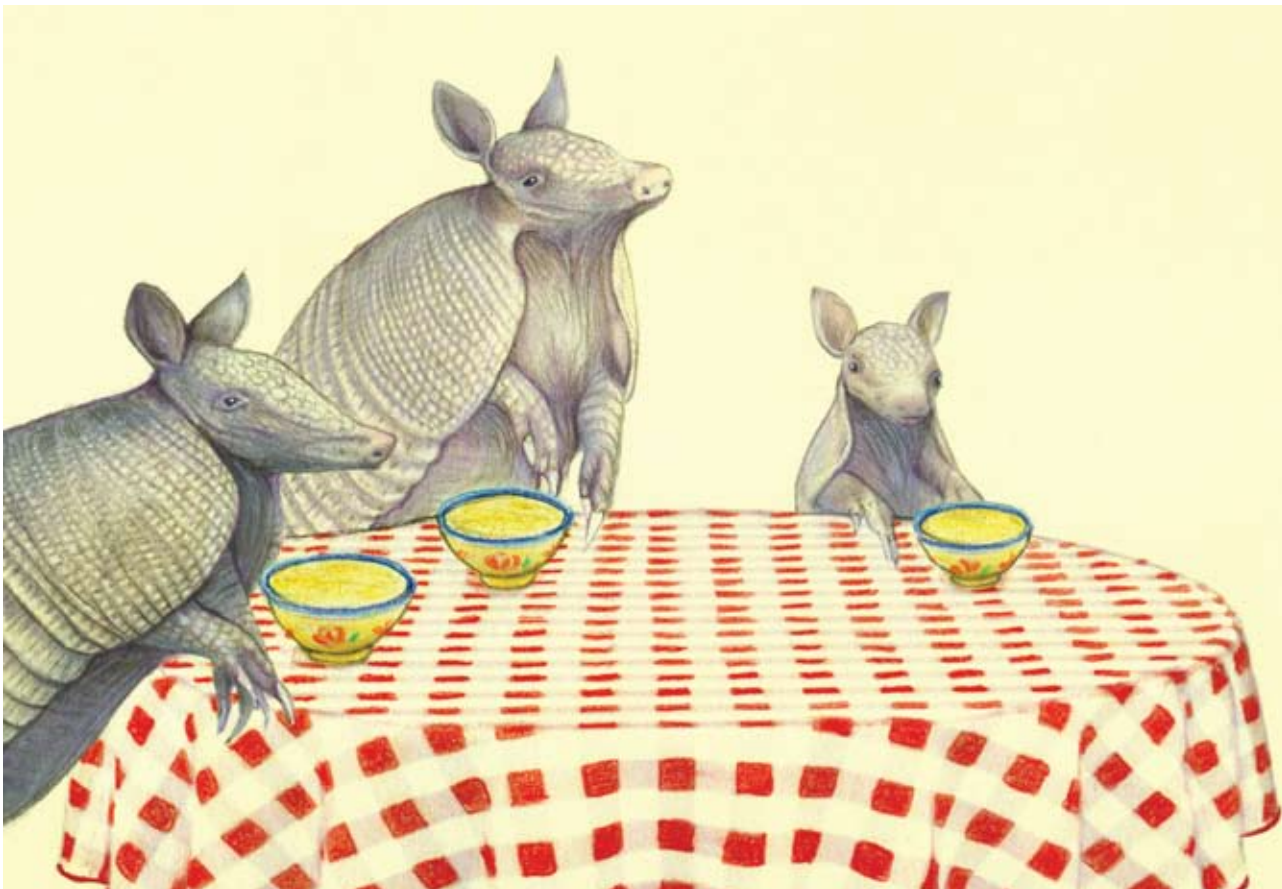
—Necesito que me pongas en contacto con un perro cazador.

—Tú sabes —replicó el otro —que no cultivo relaciones con gentes de esa clase. Desde hace muchos siglos la familia de los conejos y la de los perros son enemigos; pero como quiero prestarte ayuda, le hablaré a una lora amiga para que ella te consiga lo que deseas.

—La lora y Armadillito se dirigieron a una hacienda de caña. Cerca al trapiche estaba echada una perra amarilla. La lora trepó a un árbol y empezó a decir:

—Amota doña Perra: si usted fuera tan amable y se acercara un momento, pues tengo grandes deseos de saludarla y de paso tratarle un negocio.

La lora era muy fina para hablar porque era sabia y vieja. La perra dio un salto y Armadillito, que no las tenía todas consigo, se escondió entre su concha; la perra se acercó ladrando:



—¡Hola, amiga Lorita! ¿Cómo estás? ¿En qué puedo servirte?

Ésta, como buena charlatana que era, le echó de una vez todo el cuento de la comadreja y el favor que le pedían los armadillos. La perra pidió tiempo para reflexionar y a fin de estar más cómoda se sentó en un banquillo que halló cerca y que no era otra cosa que la concha del armadillo; éste, más muerto que vivo, no se atrevió a hacer ni un movimiento. Después de breves instantes la perra expuso las condiciones en que aceptaba la propuesta.

—Yo voy a la casa de la familia Armadillo durante ocho días y me comprometo a sacar de en medio a la comadreja, pero que papá Armadillo me garantice un hueso al día y buena cama.

La lora empezó a llamar a voces al armadillo, pero éste no podía contestar porque la perra estaba sentada encima de él, y estaba muerto de miedo. Al fin se atrevió y desde el fondo de su concha gritó: —¡Acepto!





La perra dio un brinco tremendo cuando oyó que su asiento hablaba. Rió la lora sin parar y explicó lo que pasaba. Salió el armadillo y convinieron el trato. Volvió entonces a la casa y anunció para el día siguiente la llegada del huésped. Papá salió temprano y volvió con un apetitoso hueso. Al pasar por la ventana de doña Comadreja, ésta lo atajó diciéndole:

—¡Ay, don Armadillo! Qué hueso más delicioso. Hoy como que hay banquete en su casa, ¿no convida?

—Por supuesto, señorita —contestó el malicioso viejo—. Queda invitada.

—Muchas gracias. No faltaré.

La comadreja llegó muy peripuesta con cinta en la cabeza y gafas de oro. Estaban tomando la sopa cuando golpearon la puerta. Armadillito fue presuroso a abrir y abrazando a la perra que llegaba, exclamó:

—¡Mi querida maestra! Cuánto tiempo sin verla; qué gusto nos da viniendo a casa. ¿Se quedará algunos días con nosotros, verdad?

—Ya lo creo, queridito; estuve mala y el médico me aconsejó los aires de la montaña y pensé que con nadie mejor que con ustedes podría estar, y aquí me tienen.

La comadreja paraba las orejas para no perder palabra del diálogo; cuando apareció la perra, por poco se desmaya: se le cayeron las gafas y le temblaba el lazo de cinta.

La perra fue acogida con grandes muestras de afecto y fue invitada a almorzar. Ella que se sienta y la comadreja que se levanta.

—Ustedes van a perdonar que me retire, pero recuerdo en este momento que me llega un pariente. Pero sigan, tengan la bondad. Nadie se levante, no faltaba más. Que pasen feliz día.

Y salió disparada.

Después de almorzar, fueron todos a dar un paseo, menos mamá, que tenía que lavar la vajilla. Vino entonces la comadreja llorando a lágrima viva y manifestó que tenía que irse al pueblo vecino porque había recibido noticia de que su abuela estaba gravemente enferma, y se marchó corriendo.

María Eastman.

Publicado en: *El conejo viajero*.

Medellín, Ediciones: Dirección de extensión cultural, 1990.

Ilustraciones: Johana Bojanini.





La tortuga y la rana

Cuenta una antigua leyenda que un día un zorro buscaba algún animal para saciar su hambre. De pronto, como por obra de los dioses, encontró una pequeña rana que cazaba mosquitos y pensó que ella sería el plato perfecto. Lentamente se acercó a la rana sin que ésta se percatara de su presencia. Pero una enorme y hermosa tortuga charapa que pasaba por allí sí se dio cuenta de lo que sucedía y le mordió la cola al cazador.

—¡Ay, mi colita! —vociferó el zorro adolorido. Cuando la rana oyó el grito se lanzó al agua, salvándose así de convertirse en almuerzo. Entonces el zorro, enfurecido, miró a la tortuga y le dijo:

—Ya que impediste que me comiera a la rana, ahora tú serás mi presa.

Y acto seguido se lanzó sobre ella. Pero la valiente tortuga escondió de inmediato las patas y la cabeza debajo de su caparazón. El zorro intentó sacar a la tortuga pero todo fue inútil. Luego, quiso romper el caparazón, pero tampoco pudo porque era macizo y muy duro. Entonces, el desesperado zorro le gritó a la tortuga:

—¡Te lanzaré al cielo para que te rompas cuando caigas!

A lo que la tortuga respondió:

—Si quieres, hazlo, pues me encantaría ir al cielo y jugar con los pájaros en medio de las nubes.

El zorro, cada vez más furioso, le dijo:

—Pues entonces te arrojaré al fuego para que te quemes, y te comeré bien asada.

La tortuga, riendo, le contestó:

—Me parece perfecto, tengo mucho frío y me gustaría calentarme un poco.

Entonces, el iracundo zorro le gritó:

—¡Lo mejor será lanzarte al agua para que te ahogues!

La tortuga, que tenía fama de ser muy inteligente, replicó gimiendo:

—¡No, no, no, por favor! No me tires al agua, moriré.

El zorro, feliz de haber encontrado la manera de matar a la tortuga y comérsela, la lanzó al río. Pero había caído en la trampa: la tortuga, feliz, nadó en medio de la corriente hasta donde estaba la rana.

Entonces, las dos amigas le gritaron al zorro:

—¡Ven zorro cobarde, ven a buscarnos!

Ante el reto de los dos animalejos, el zorro se lanzó al río sin siquiera pensarlo. Y como es de suponer, fue arrastrado por la terrible corriente y sólo pudo salir con vida después de nadar por largo tiempo.

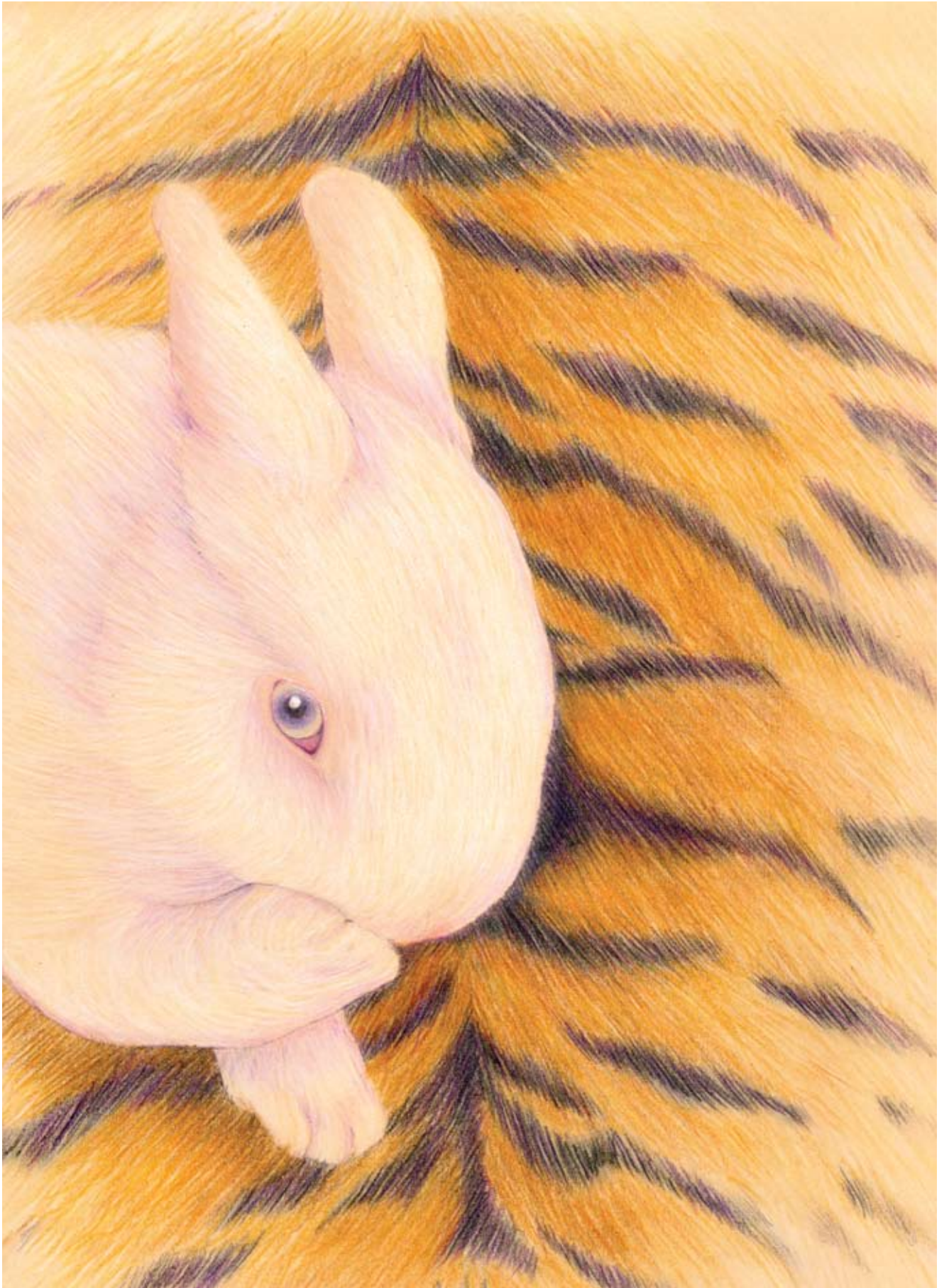
Desde aquel día, el zorro no confía en las tretas de la tortuga y prefiere no molestarla, y los animales admiran a la tortuga charapa por haber burlado a aquel animal.

Valeria Baena.

Publicado en: *Región de la Orinoquía: animales en extinción*.
Colombia. Bogotá. Ediciones B, 2006.

Ilustración: Alejandra Higueta.







El rey de los animales

Se reunieron los animales del monte para elegir rey. Ya hacía días que el tigre y unos amigos venían diciendo que por qué gracia tenía que ser siempre el león, y que quién lo había elegido. Ese día, los animales fueron llegando y fueron diciendo por quién votaba cada uno. Ya por la tardecita, la votación estaba empatada: la mitad por el tigre y la mitad por el león. Se pusieron a ver qué animal faltaba por votar y el único era el conejo. Ahí mismito el tigre se voló ligerito y se fue a buscarlo a la cueva, donde vivía. Cuando llegó, lo encontró acostado.

—¿Qué le pasa, Tío Conejo? ¿Cómo es que no ha venido a las elecciones, como están de buenas?

—¿Qué va, Tío Tigre! Yo lo que estoy es muriéndome. Con una tontina y un desaliento...

—¿Eso no quiere decir nada! Camine en un momentico vamos a votar.

—Yo no voy, Tío Tigre. ¿Meterme esa caminada ahora, con este desaliento?

El tigre se quedó como cavilando, y dijo:

—Si es eso, Tío Conejo, camine yo lo llevo montado hasta allá.

El conejo decía que no, que estaba muy maluco, y el tigre insistía en que fuera. Hasta que el conejo dijo:

—Bueno pues, Tío Tigre. Yo sí voy, pero con una condición: que usted me lleve montado y me vuelva a traer a la casa.

—Listos —contestó el tigre—. ¡Apure pues!

El conejo se metió otra vez a la cueva y al ratico fue saliendo quizque de sombrero alón, de poncho y carriel, de zamarras y de botas. En la mano traía una silla de vaquería.

—¿Y eso qué es? —dijo el tigre, abriendo tamañas pepas de ojos.

—¡Una silla!

—No, Tío Conejo. ¡Ni riesgos! Yo no me deajo poner eso. Bien pueda monte así no más. Pero silla, no.

—Está bien —dijo el conejo, haciendo cara como de conformidad—. Entonces no voy. Si no he de ir bien sentado, bien cómodo, no voy—. Ya se iba a echar para adentro otra vez, cuando el tigre dijo:

—Aguarde, Tío Conejo. Camine, a ver... póngame esa silla pues...

El conejo se la puso, le apretó bien la cincha y se volvió a entrar a la cueva.

El tigre se impacientaba, viendo que ya se hacía tarde. Cuando salió el conejo con una jáquima y un freno.

—¡Freno sí no! —rugió el tigre—. ¡Freno sí no, hermano!

—¡Pero si yo no sé montar sin freno! —dijo el conejo.

—Freno sí no. Móntese así, que yo lo llevo con harto fundamento.

—No, tío Tigre. Yo sin freno no monto. Entonces dejemos así la cosa. Preste a ver yo le quito la silla para que se vaya.

—Aguarde, tío Conejo. Vea... póngame pues el freno, pero con harta mañita, que yo no soy una mula.

El conejo le puso la jáquima, le acomodó el freno y le apretó bien la barbada.

Después se volvió a meter a la cueva y salió de espuelas.

—¿Espuelas? ¡Espuelas a mí? —gemía el tigre—. Yo para qué necesito espuelas, tío Conejo. Eso es un insulto, una humillación para mí.



—No se preocupe, Tío Tigre, que si no las necesita, yo no se las rastrillo tampoco. Pero, vea: si no quiere, no vamos... ¿oyó?

—No, no, no. No se demore más, Tío Conejo, que nos va a coger la noche.

Con mucha parsimonia montó el conejo, se arrellanó bien en la silla, templó las riendas y le rastrilló las espuelas al tigre. Éste pegó qué brinco y salió corriendo a cuantas tenía. El conejo apenas templaba las patas en los estribos de cobre y se agarraba bien el sombrero. El tigre corrió como un rayo dejando atrás potreros, saltando vallados, trepando cuevas y bajando lomas, como una exhalación.

A lo que llegaron donde estaban todos los animales, entró el conejo voliendo el sombrero y todos le gritaban que viva y se quedaron aterrados de verlo montao en el tigre. El conejo se fue acercando, al trotecito, a la mesa donde estaban los jurados: el oso, el armadillo y la tatabra. Todos se callaron, a ver por quién iba a votar el conejo:

—Yo... voto para rey de los animales... ¡por el león! Porque lo que es al tigre, lo dejo más bien para silla.

Agustín Jaramillo Londoño.

Publicado en: *Testamento del paisa*. Medellín. Editorial Bedout, 1961.

Adaptado por: Alberto Quiroga, 2010.

Ilustraciones: Johana Bojanini.

El entierro de Perico Ligero

Una tardecita, Perico Ligero llegó a casa de Tío Conejo.

—Vengo a notificarte que mañana me muero y como tú eres carpintero quiero que me hagas un buen cajón.

—Pero de qué te vas a morir, si no estás achacoso y te veo joven y lleno de vida —contestó Conejo.

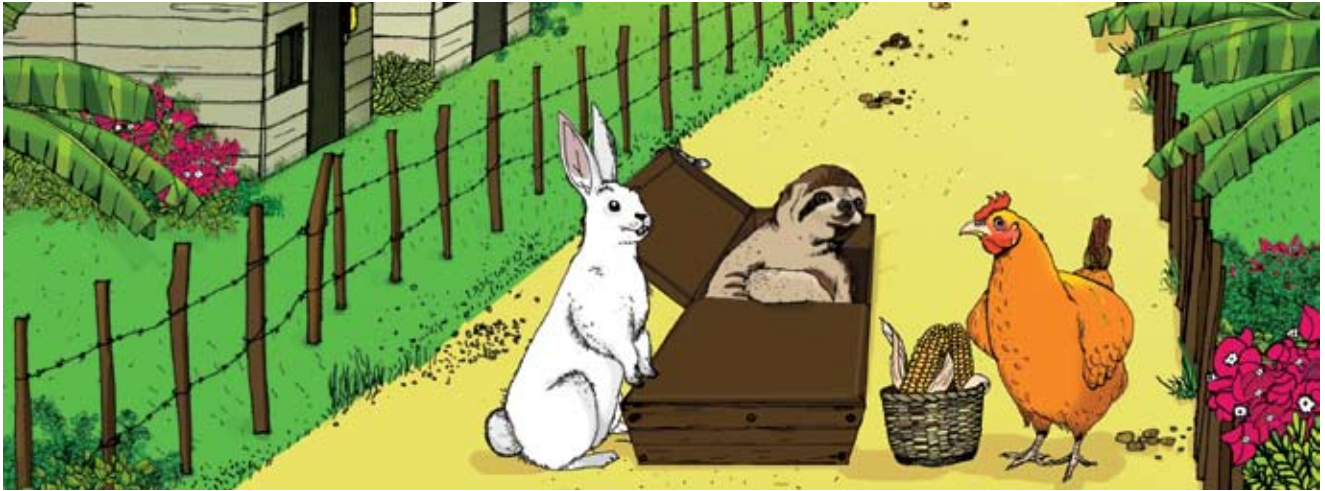
—Sucede que día y noche hago cama en la rama del camajón, y con este invierno son pocas las hormigas que me caen en la boca, y los retoños están muy altos y es mucho el esfuerzo que tengo que hacer para conseguir la comida y así no vale la pena vivir.

Conejo, entonces, le dijo:

—Hombre, Perico, me parece una tontería que te mueras de flojo, pero si es ésa tu voluntad, yo cumplo con hacerte el cajón y corro con los gastos del entierro.

Y así fue. Al día siguiente, entre Conejo y los demás animales acomodaron a Perico en el ataúd y lo cargaron calle arriba hasta el cementerio.

En el camino, con el alboroto del desfile y el doble de las campanas, Zorra se asomó a la ventana, Burro sacó su cabezota por las pencias del corral, Tigre salió al balcón de su casa y Gallina salió al corredor. La muy averiguona, esponjándose toda, le preguntó a la concurrencia:



—¿Y quién es el difunto?

—Tío Perico Ligeró —contestaron todos en coro.

—Pero Tío Perico estaba vivo ayer, joven y lleno de salud, ¿cómo puede estar muerto hoy? —cacareó Gallina.

—Así es —dijo Conejo—. Lo llevamos a enterrar vivo por voluntad propia. Figúrese, señora Gallina, que vive muerto de hambre porque con estas lluvias no le caen hormigas a la boca y es mucho el trabajo que le cuesta mochar los cogollos altos del camajón.

—Si es por hambre no se va a morir —cacareó con mucho aspaviento la gallina—. Yo tengo por ahí unos buenos granos de maíz y se los puedo regalar.

En eso, Perico fue sacando perezoso la cabeza del cajón, y entre bostezos le preguntó:

—Ah, Tía Gallina, ¿y esos maíces están ya cocinados?

—No, mijo —contestó ella—, tú nada más tienes que cocinarlos.

Enseguida, Perico gritó:

—¡Que siga el entierro! —y se desplomó en el fondo del cajón.

Narrador: Pello Valencia (Los Palmitos, Sucre).

Recopiló: Jairo Mercado Romero.

Ilustraciones: Alejandra Higueta.

Aserrín, aserrán,
los maderos de San Juan,
piden queso, piden pan.
Los de Roque,
alfandoque,
los de Rique,
alfañique.
Los de trique, triqui, trán.

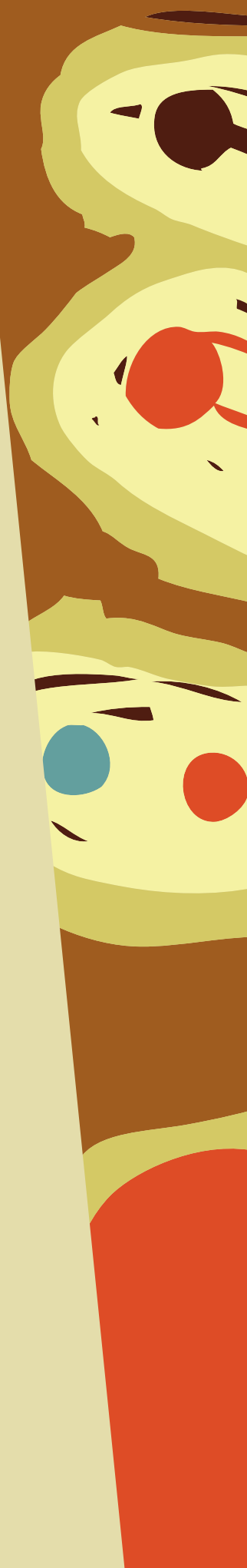
Que llueva, que llueva,
la vieja está en la cueva,
los pajaritos cantan,
la luna se levanta.
Que sí, que no,
que caiga un chaparrón.

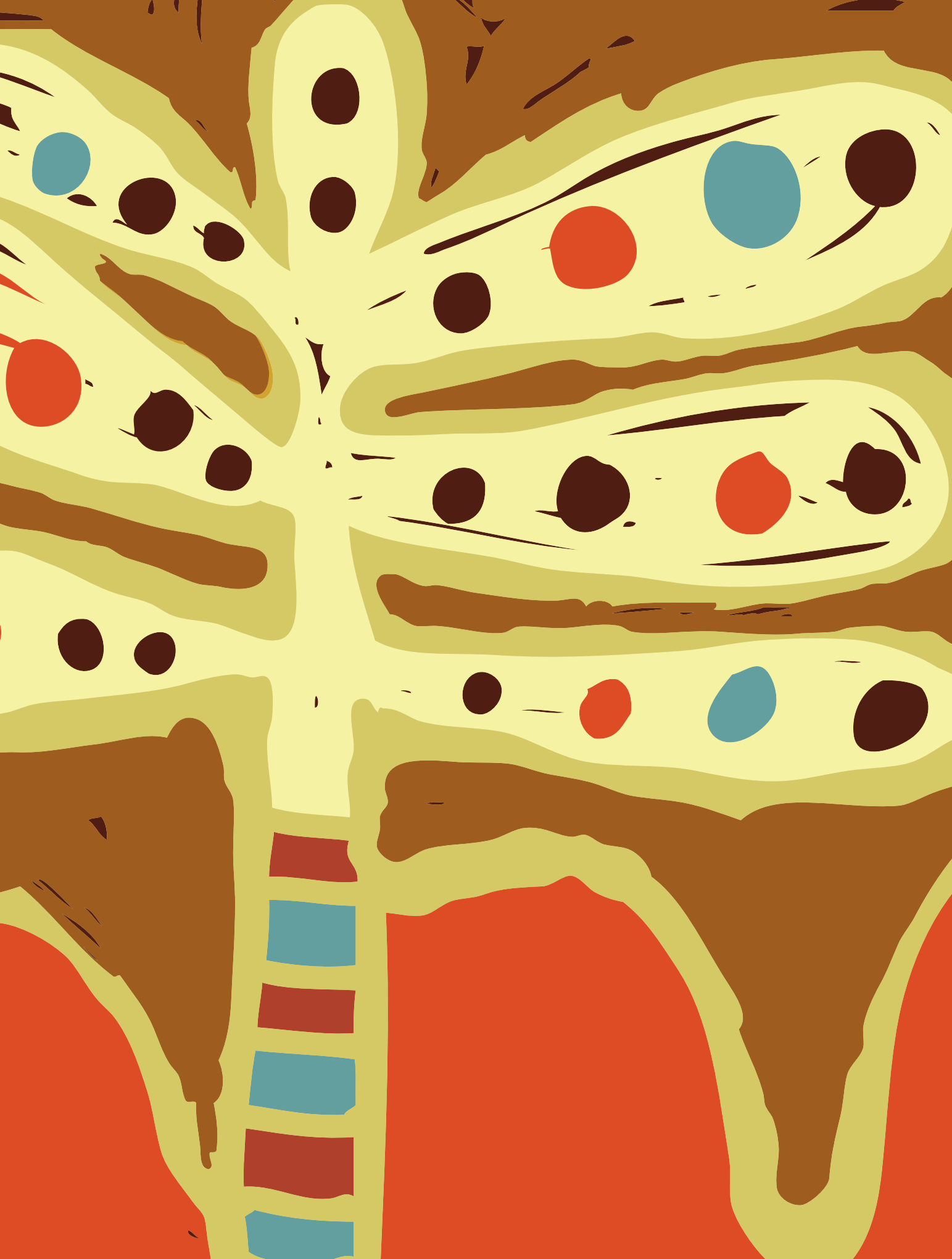
- ¿Qué venís a buscar? ¡Materile rile, rile!
- ¿Qué venís a buscar? ¡Materile rile ró!
- Una compañerita ¡materile rile, rile!
- Una compañerita ¡materile rile ró!

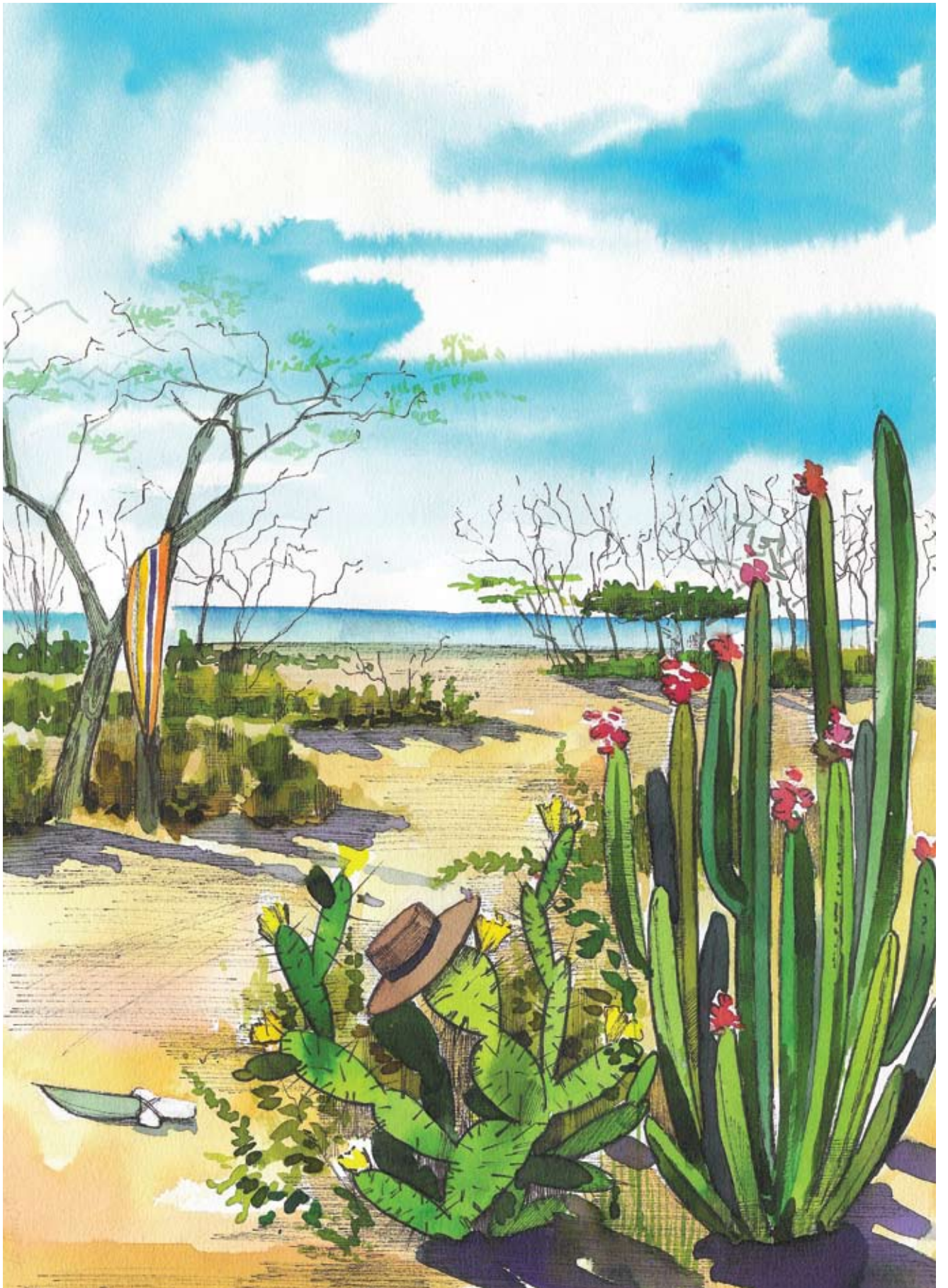
Estaba la pájara pinta
sentada en su verde limón,
con el pico cortaba la rama,
con la rama cortaba la flor.
Daré la media vuelta,
daré es la vuelta entera;
daré un pasito atrás
haciendo la reverencia.
Pero no, pero no, pero no,
porque me da vergüenza.
Pero sí, pero sí, pero sí,
porque te quiero a ti.

Que pase el rey,
que ha de pasar,
que el hijo del conde
se ha de quedar.

Tun tun...
—¿Quién es?
—La vieja Inés.
—¿Por qué venís?
—Por una calabaza.
—¿Y la que te dí?
—Ya me la comí.









El burrito y la tuna

Una mañana, un hombre ensilló su burro y salió de Riohacha rumbo adentro de la Guajira. El camino era largo. Andando, andando, descansando un rato aquí y otro allá, pasaron cuatro días. A la cuarta noche, el hombre se bajó de su burro y colgó su chinchorro para descansar. De repente, en el fondo de la noche, se oyó el silbido espeluznante de un Wanuluu que le seguía los pasos. Lleno de miedo, el hombre brincó de su chinchorro y se escondió detrás de un olivo. El burrito no oyó al Wanuluu y siguió tranquilo masticando el fruto de unos cujies.

La segunda vez el silbido sonó más cercano... el burrito paró las orejas. El hombre se acurrucó lo más que pudo detrás del tronco del olivo y vio... a la luz de la luna, un jinete sin cara. Llevaba plumas blancas en la cabeza y cabalgaba sobre un caballo de sombras.

El jinete desmontó y se acercó al burro.

—¿Dónde está tu compañero? —preguntó.

—No tengo compañero —dijo el burro—. Estoy solo.

—¿Y eso que parece una baticola?

—Es mi cinturón de borlas.

—¿Y eso que parecen frenos?

—Son collares de cascabeles.

El Wanuluu respiró profundo.

—¿Y eso que huele a sol y a sudor humano, qué es?

—Mi ración de fororo con panela.

Pero el Wanuluu no se convenció y volvió a insistir con una vocezota:

—¿Dónde esta tu compañero?

—He dicho que no tengo compañero —contestó el burro.

—¡Si no me dices la verdad te mataré! —dijo Wanuluu.

El Wanuluu tomó su puñal de hueso y se acercó al olivo donde se escondía el hombre. El burrito, empeñado en salvar a su amo, se volteó y le dio una tremenda patada que lo lanzó contra unas piedras. Pero el Wanuluu se levantó como si no hubiera sentido nada.

—¡Caramba! —dijo en un susurro—. ¿Por qué me tiras piedras? No debías tirarme piedras.

Y lo amenazó con su puñal de hueso. Comenzó entonces una lucha violenta entre el Wanuluu y el burrito. El Wanuluu hacía silbar el puñal y el burrito saltaba y daba patadas. Pero el Wanuluu parecía no cansarse. Daba un golpe. Y otro golpe. El hombre miraba desde su escondite, callado, casi sin respirar. Y no pensó en salir a defender a su burro.

Cuando el burrito ya no podía más, el Wanuluu lo dejó en el suelo, montó su caballo y desapareció sin dejar huellas. Entonces el hombre salió de su escondite.

—Mira, pues —dijo al burrito—. Yo no sabía que hablabas como nosotros—. Y nada más. Ni siquiera le dio las gracias por haberle salvado la vida. Trató de montarlo y seguir su camino. Pero el burro estaba tan herido que ya no podía caminar.

Entonces el hombre se fue solo y dejó al burrito tendido en el camino. Cuando llegó a la casa de su familia, contó su gran aventura. Pero no habló del burrito.

—¡Fui yo! —dijo—. Fui yo quien venció al Wanuluu.

Y todos creyeron que era un hombre de gran poder, que era un intocable.

Mientras tanto, atrás en el camino, el burrito herido murió. Y en el lugar donde cayó, nació una mata de cardón. En sus tallos las avispas matajey fabricaron un panal de rica miel. El cardón se llenó de frutos rojos y maduros que los pájaros nunca picotearon y el sol nunca reseco.

Un día, le llegó al hombre el momento de volver a Riohacha. Empezó su camino y pasó por el mismo lugar donde antes había abandonado al burrito. Estaba cansado y sediento y se acordó de su burro. Miró aquí y allá, buscó y no lo encontró. Pero sí vio un cardón lleno de frutos rojos.

—¡Mmmm! —dijo el hombre—. ¡Estos frutos se ven sabrosos!

Arrancó varios y se los comió. De pronto, entre los rojos frutos descubrió un panal de matajey. Lo arrancó y comenzó a lamerlo. La miel goteaba por sus manos. Y así, lame que lame, su cara se fue poniendo verdosa, sus orejas crecieron y le brotaron hermosos frutos, y se llenó de espinas y flores amarillas.

El hombre se convirtió en tuna silvestre, llamada Jumache´e. Y allí se quedó para siempre, al lado del burrito a quien había abandonado.

Desde entonces, en toda la Guajira, la tuna con sus espinas crece al lado del cardón con sus dulces frutos. Y en tiempos de lluvia las flores amarillas de la tuna y los frutos rojos del cardón alegran al viajero cansado.

Recopiló: Ramón Paz Ipuana.

Ilustración: Nadir Figueroa.



El sancocho de piedras

Iba un hombre de viaje, a pie, caminando por un caminito en medio del monte, hora tras hora. Iba sin comer nada desde la madrugada, cuando salió con unos tragos de café.

Pensó que tal vez en el camino encontraría que comer, pero no encontró nada, ninguna fruta, ni animal ninguno que pudiera cazar. Pensó que en las casitas le darían algo, pero no había encontrado ninguna casita, solo pantano y tierra y un camino a ratos perdido entre el monte.

Ya eran como las dos de la tarde, cuando vio un ranchito a la orilla del camino.

¡Qué alegría! Llamó a la puerta.

—¡Ave María purísima! —Nada.

—¡Ave María purísima! —Repitió. Y al ratico le contestó una vieja.

—¡Sin pecado concebida! —Y salió a abrir. Era una viejita muy vieja y casi sorda.

Estaba parada en la puertecita del rancho, que era un ranchito de cuatro guaduas clavadas en el suelo, al puro bordito del camino, y techado con paja. La vieja miró al recién llegado, joven, moreno claro, de ojos y cabellos castaños, con sombrero de paja echado hacia atrás, una ruana colgada del hombro, los pies descalzos y el pantano casi le llegaba a la rodilla.

La vieja lo mira como diciéndole: “¿Qué se le ofrece?”.

El hombre sonríe —Buenas y santas... —dice —Vengo rendido. ¡Qué camino! A ver si usted me hace la caridad y me regala un clarito con panela.

—Eh, ¡Ojalá! —La vieja menea la cabeza— Hoy no se hizo mazamorra en este ranchito.

—Bueno —vuelve a sonreír—. Me conformo con un traguito de leche. Con dulce de macho.

—¡Hum! —gruñó la vieja —Ojalá. ¡Pero aquí no hay vaca!

¡Y ese hombre muriéndose de hambre! —¿Yo qué pidiera, por la virgen...?

Sonríe y medio rascándose la cabeza, dice muy tranquilo.

—Bueno, está bien. ¡Deme, pues, un chocolatico y quedamos arreglados!

La vieja se pone la mano en la cara y dice muy preocupada:

—Vea señor, en esta casa no hay nada, nada. Y por aquí cerquita no se consigue nada, nada. ¿Usted viene de arriba? Para ese lado no hay nada; y para el lado de abajo se gastan dos o tres horas para llegar al pueblo. Yo aquí vivo con un hijo mío, que anda por el pueblo. Él se fue de madrugada, y debe llegar esta noche con mercado para la semana. Pero hoy no hay nada, ¡Nada!

La vieja está muy preocupada y quisiera ayudar al muchacho. Tiene pena de que en el rancho no haya nada. Nada. Y de golpe piensa que ese pobre muchacho puede ser Cristo, que anda sufriendo por el mundo y ella quiere ayudarlo,



pero no hay nada. Si hubiera venido mañana...

—¡Pero, éntrese! Entre y descanse. Cúbrase, que viene bañado en sudor...

—¡Recorriendo! Ando recorriendo, señora, y lo malo es que todavía tengo que echar mucha pata hasta salir al Valle, o el Tolima—. Sonríe. Y luego, con cara de mucha resignación, dice:

—Bueno. ¡Será hacer un sancocho de piedras!

—¿Sancocho de piedras? —dice la viejita... —¿Habrás visto?

—¿Hay candela?

—Pues leña es lo único que sobra aquí.

—A ver mi señora: ¿tiene una ollita por ahí? Álcemela al fogón, me hace el bien. Llénemela de agua y atice la candela, que yo voy a traer las piedras para el sancocho.

Salta el paisa al camino y escoge tres piedras lisas, del tamaño de papas, las lava bien en el chorro y las echa a la olla. Después se sienta en la banquita y dice:

—Bueno, ahora lo único que hay que hacer es esperar a que hierva. Descansemos.



La vieja, con los ojos muy abiertos, mira la ollita y mira al hombre, mientras refunfuña:

—¡Jim! ¡Sancocho de piedras! ¡Jim!

—Ya verá lo bueno que queda, mi señora. Ya verá. ¡Ah, pero nos faltaba la sal! ¡Qué descuido el de nosotros! La sal. ¡Qué mal cocinero soy! ¡Y qué más nos falta? Los aliños: ¿tiene un poquito? Eso es, cebolla, tomate, yerbitas.

—Tenga a ver. ¿Con esto habrá?

—¡Demás! —El paisano cuelga la ruana en un clavito y pregunta:

—¿Qué estaba haciendo usted cuando yo llegué...?

—¿Yo? Iba a barrer la cocina.

—Preste acá la escoba, yo se la barro —sonríe.

—¡No, ni por pienso! ¡Cómo se le ocurre!

—¡Yo se la barro! ¡Quite de ahí, para no echarle tierra en las patas!

—¡Ave María! —dice la vieja—. ¡Je, je, Je! Que tentación es ver un hombre barriendo, je, je, je—. Sale la mujer, muerta de la risa, y al momento regresa.

—Vea, allí me encontré dos papas y una yuca: ¿Se le pueden echar al sancocho de piedras?

—¡Uh, de más! Écheselas picadas en trocitos.

La mujercita empieza a picarlas con un cuchillo cocinero y dice de pronto:

—¿Con este sancocho también se come aguacates?

—¡Pues claro! ¿Dónde está el garabato para tumbarlos?

Sale el muchacho, y a poco regresa con un hermoso aguacate maduro, dos chócolos, plátano verde y una tira de carne oscura, seca, que muestra a la vieja mientras pregunta:

—¿Qué será esta gurupera, vieja?

—¿A dónde la encontró?

—Colgando de una horqueta.

—Ah, sí: eso es un pedazo de carne de guagua, de una que dejó Manuel secándose al sol.

—¿Y se pondrá bravo si la echamos a nadar un ratico?

La vieja ríe y la carne va a templar a la olla, con los chócolos partidos en rodajas, mientras la vieja aplasta tajadas de plátano verde para hacer patacones, que reemplazan el pan y hasta la arepa.

Un poco más de candela, un agitar de la china y ya la olla empieza a hervir. El muchacho se sienta en un banquito y se pone a charlar con la vieja de las madremones y los duendes, de las patasolas y los rescoldaos. Hablan también del tigre, que se oye por la noche en las cañadas, y de las culebras de todas clases y colores. Hasta que al fin la vieja dice:

—Bueno: esto como que ya está.

Bajan la olla, y empieza el muchacho a servirse un buen sancocho de guagua en un plato de peltre con flores amarillas, que lavó bien al chorro.

Un aroma exquisito llena la cocina. El hombre come en silencio, sin dar descanso a la pañadora de naranjo. Engulle de lo lindo y la vieja goza viéndolo comer. No le quita los ojos de encima, esperando el momento en que se coma las piedras del fondo.

El hombre come y come, hasta que ya no puede más. Con la última cucharada se levanta y dice:

—Comida hecha, compañía deshecha, pero me tengo que ir ligero, no vaya a ser que me coja la noche en el camino...

—Que mi Dios le pague y le dé el cielo...

Sale el joven a la puerta del ranchito, se tira su ruana al hombro....



—¿Y las piedras, joven...? ¡Las piedras! ¿No se las va a comer, pues?

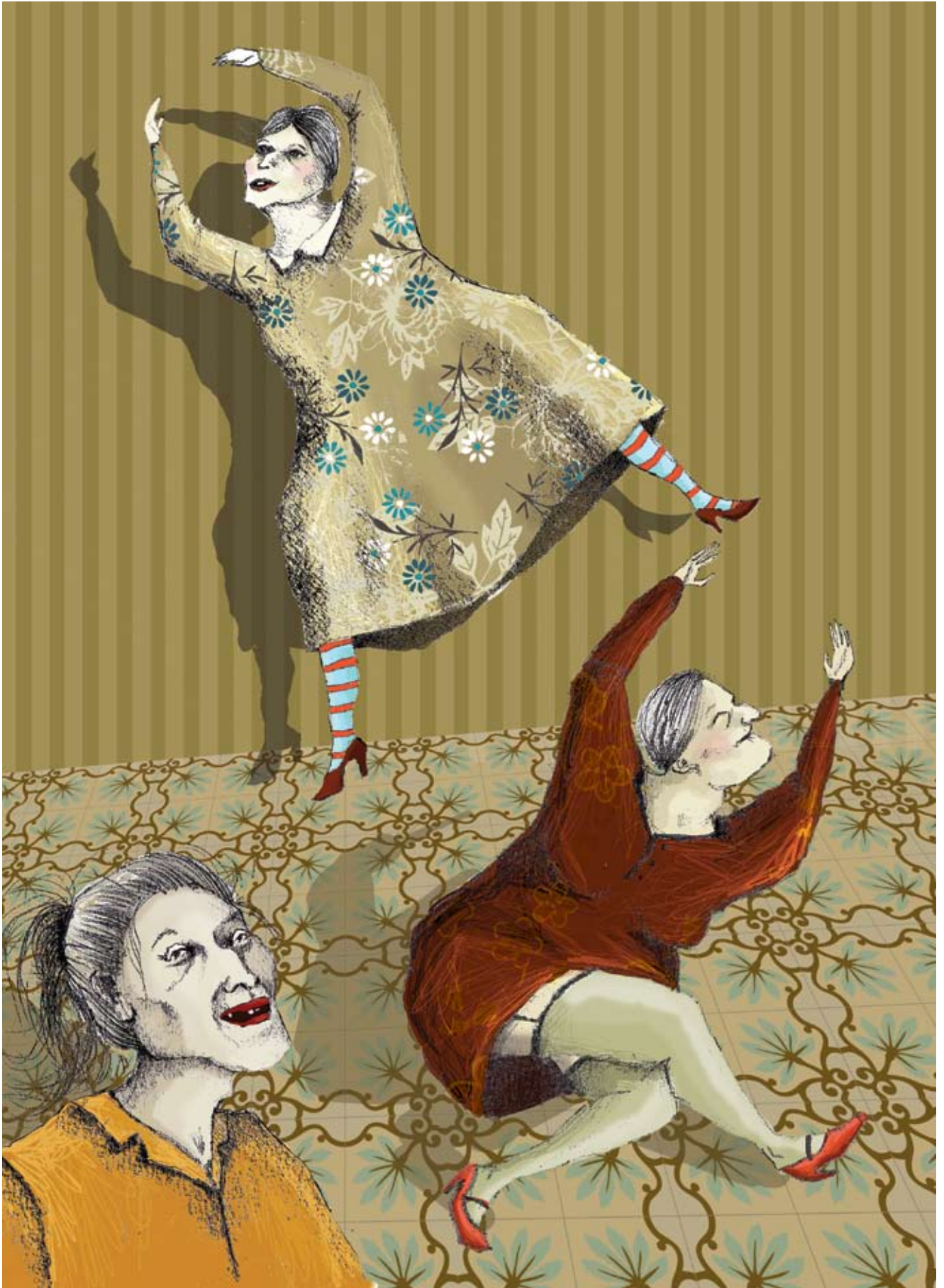
—Ojalá, mi señora —dice el paisa, guiñando un ojo con gracia y con marrulla.

La vieja se recuesta en la puerta del rancho y ve cómo se va alejando el muchacho a grandes zancadas, camino adelante.

—Adios, niño. ¡Que la virgen lo lleve con bien!

Piensa la vieja en sus hijos, que andan recorriendo el mundo, y una lágrima enturbia sus pupilas... y sonrío feliz.

Agustín Jaramillo Londoño.
Publicado en: *Testamento del paisa*.
Medellín. Editorial Bedout, 1961.
Adaptado por: Alberto Quiroga 2010.
Ilustraciones: Johana Bojanini.





Domingo 7

Había una vez dos compadres jorobados, uno rico y otro pobre. El rico era muy amarrado, de los que no le echan sal a un huevo para ahorrar. El pobre iba todos los viernes al monte a cortar leña seca para venderla en la ciudad.

Uno de tantos viernes, el jorobado pobre se extravió en la montaña y lo cogió la noche sin poder hallar la salida. Cansado de andar de aquí para allá, resolvió subirse a un árbol para pasar allí la noche. Ató al tronco el burro que le ayudaba en su trabajo y él se encaramó casi hasta la punta.

Al rato de estar allí, vio de pronto que a lo lejos se prendía una luz. Bajó y se encaminó hacia ella. Cuando la perdía de vista, subía a un árbol y se orientaba. Al irse acercando, en un claro del bosque, vio que se trataba de una casa grande iluminada. Se oía música y carcajadas, como si en ella se celebrara una fiesta.

El hombre aseguró la bestia, entró y se fue acercando poquito a poco para que nadie lo fuera a oír. La parranda era muy adentro, porque las salas junto a la entrada se encontraban vacías. De puntillas se fue metiendo y metiendo hasta que dio con la fiesta.

Se escondió detrás de una puerta y se puso a mirar por una rendija: la sala estaba llena de brujas mechudas y feas que bailaban pegando brincos como micos y cantaban un mismo sonsonete:

*Lunes y martes
y miércoles tres*

Pasaron las horas y las brujas incansables dale que dale con el baile y con el sonsonete:

*Lunes y martes
y miércoles tres*

Aburrido de oír la misma cosa, el compadre pobre se atrevió a cantar un nuevo verso con su vocecita:

*jueves y viernes
y sábado seis*

Los gritos y los brincos cesaron...

—¿Quién cantó? —preguntaban unas.

—¿Quién arregló tan bien nuestra canción? —decían otras.

—¿Qué cosa más linda! ¡Quien canta así merece un premio!

Todas se pusieron a buscar y por fin encontraron al compadre pobre que estaba temblando detrás de la puerta.

—¡Ave María! ¡No sabían dónde ponerlo!

Unas lo levantaban, otras lo bajaban y dele besos por aquí y abrazos por allá.

Una gritó:

—¡Quitémosle la joroba!

Y todas respondieron;

—¡Sí, sí!

El pobre hombre dijo:

—¡No, por favor, no!

Pero no había terminado de hablar el hombre cuando ya estaba la emprendedora bruja cortándole la joroba con un cuchillo, sin que él sintiera el más mínimo dolor y sin que derramara una sola

gota de sangre. Luego sacaron del cuarto de sus tesoros varios sacos llenos de oro y se los dieron agradecidas por añadirle a su canto un verso tan bonito.

Él trajo el burro, cargó los talegos y partió por donde las brujas le indicaron. Al alejarse, las oía desgañitarse:

*Lunes y martes
y miércoles tres
jueves y viernes
y sábado seis*

Pronto llegó a su casita, en donde su mujer y sus hijos le esperaban acongojados porque temían que le hubiera pasado algo. Les contó su aventura y mandó a su esposa que fuera adonde el compadre rico para pedirle prestada una pesa y así saber cuánto oro traía. Ella fue y le dijo a la mujer del compadre rico, que estaba sola en la casa:

—Comadrita, présteme la pesa para pesar unas habichuelas que recogió de la huerta mi marido.

Pero la mujer del compadre rico se puso a pensar:

“Pero si el marido de ésta no ha sembrado nada. Si nosotros sabemos que en el terrenito que tienen no caben clavadas más de cuatro estacas. Algo raro está pasando”.

Y untó pegante al fondo de la pesa para averiguar qué iban a pesar sus compadres pobres.

El jorobado pobre y su mujer pesaron tantas monedas de oro que perdieron la cuenta. Y al devolver la pesa a su vecina no se fijaron que en el fondo habían quedado pegadas unas monedas. La comadre rica, que era muy envidiosa y que no podía ver bocado en boca ajena, al ver aquello se santiguó y se fue a buscar a su marido.

—Mira, siempre me has dicho que tu compadre está tan arrancado que tiene que andar con una mano adelante y otra atrás,

porque no tiene dónde caerse muerto. Pues estás muy equivocado.

Y la mujer le mostró las monedas de oro, le contó lo ocurrido y lo estuvo azuzando hasta que el compadre rico fue a buscar al pobre.

—¡Ajá, compadrito! ¡Conque pesando monedas de oro?

El otro, que era un hombre sencillo y veraz, le contó su aventura.

¡El rico volvió a su casa verde de la envidia!

La mujer le dijo que qué esperaba para irse al monte a cortar leña:

—Quién quita y te pase lo mismo.

El viernes, muy de mañana, se puso en camino con cinco mulas y todo el día no hizo más que voliar hacha.

Al anochecer se metió en lo más espeso de la montaña y se perdió.

Se subió a un árbol, vio la luz y se fue a buscarla. Llegó a la casa en donde las brujas celebraban cada viernes sus fiestas.

Hizo lo mismo que el compadre pobre y se metió detrás de la puerta.

Estaban las brujas cante que cante:

*Lunes y martes
y miércoles tres
jueves y viernes
y sábado seis*

Cuando la vocecita del jorobado cantó, hecha un temblor:

y domingo siete...

¡Ave María! ¡Qué fue aquello!

Las brujas se pusieron furiosas a jalarse las mechas y a gritar encoherizadas:



—¿Quién es el atrevido que echó a perder nuestra canción?

—¿Quién es el que salió con ese domingo siete?

Y lo buscaban pelando los dientes, como los perros cuando van a morder.

Encontraron al pobre hombre y lo sacaron del escondite a las patadas.

—Vas a ver lo que te va a pasar, jorobado —dijo una bruja que salió corriendo hacia el interior de la casa. Luego volvió con una gran pelota entre las manos que no era más que la joroba del compadre pobre y ¡pan! Se la puso en la nuca al infeliz, en donde quedó pegada como si allí hubiera nacido. Le desamarraron las mulas, las bajaron de sus cargas de leña y las echaron monte adentro.

Al amanecer, cuando el compadre rico llegó a su casa con dos jorobas, todo dolorido y sin sus cinco mulas, su mujer lo vió y se enfureció tanto que se enfermó y tuvo que meterse en la cama.



Los tres consejos

Era una vez un hombre muy pobre que vivía en un ranchito. Cansado ya de tanta miseria, resolvió irse a recorrer el mundo y probar fortuna. Su mujer trató de disuadirlo de sus propósitos, y hasta le dijo que pronto tendrían un hijo, pero ni así logró detenerlo.

El hombre hizo su viaje a pie. Caminó de pueblo en pueblo sin encontrar ningún trabajo que le interesara.

Al fin, después de mucho andar, llegó a un pueblo que le gustó y pidió trabajo en la panadería.

El dueño de la panadería lo aceptó, pero a cambio no le dio sueldo alguno. Sólo le daba en pago comida y ropa.

Así pasaron los años, hasta que un día el hombre se acordó de su esposa y le dijo al dueño que deseaba volver a su pueblo. El panadero le dijo que hacía muy bien en volver a su casa y que si prefería dinero en pago de tantos años de trabajo, o tres consejos. Después de mucho pensar, nuestro hombre se decidió por los tres consejos. Entonces, el panadero le dijo:

—No dejes camino real por vereda. No te hospedes nunca en donde el amo de la casa sea un viejo. No hagas nunca de noche aquello de lo que te puedas arrepentir por la mañana.

Ya para despedirse, el dueño le regaló un pan con la recomendación de que no lo partiera hasta no llegar a su casa.

Así, emprendió el regreso. En el camino se encontró con varios hombres que lo invitaron a viajar con ellos. Al llegar a una encrucijada, los compañeros opinaron que era preferible acortar camino tomando una vereda. Entonces recordó el primer consejo: “No dejes camino real por vereda”, y abandonó a sus compañeros. Al llegar al pueblo cercano, se enteró de que unos bandidos habían matado a sus compañeros de camino.

Siguió, pues, su viaje solo. Una tarde, ya caía la noche y estaba todavía lejos el pueblo, vio una casa y se acercó a pedir posada. Al tocar, salió a recibirlo un viejo acompañado de su esposa, una mujer joven. Recordó de inmediato el segundo consejo: “No te hospedes nunca en donde el amo de la casa sea un viejo”. Y después de saludar atentamente, se despidió y siguió su camino.



Cercano a la casa estaba un caney abandonado, donde colgó su chinchorro y se acostó.

Muy entrada la noche, se despertó, pues sintió ruido en la casa cercana y se levantó para averiguar qué pasaba. Oculto detrás de un árbol, vio que de la casa salía un hombre arrastrando un bulto; pasó muy cerca de él y se detuvo un momento, lo que aprovechó para cortar un pedazo de la capa del hombre.

Al clarear, emprendió de nuevo su camino y al llegar al pueblo cercano se encontró con una multitud que rodeaba el cadáver del anciano dueño de la casa en donde no había querido hospedarse. Nadie sabía quién lo había matado. Entre los curiosos que rodeaban el cadáver, nuestro hombre vio al que le faltaba un pedazo de capa y se dio cuenta de que era el asesino. Fue al tribunal y lo denunció presentando como prueba el pedazo de capa que había guardado.

Ante la prueba, el hombre confesó su crimen diciendo que se había puesto de acuerdo con la esposa del viejo para hacerlo. La justicia le dio las gracias y él continuó su camino.

Después de muchos días de viaje, una noche de luna en la que había gran claridad, llegó a su casa, entró y vio a un hombre durmiendo en un chinchorro. Iba a caerle a palos, creyendo que su mujer se había casado con otro, cuando recordó el tercer consejo: “No hagas nunca de noche aquello de lo que te puedas arrepentir por la mañana”. Entonces salió afuera y se sentó cerca de la puerta a esperar el día para hablar con su esposa.





Al empezar a aclarar oyó la voz de su mujer que decía:

–Hijo, hijo, levántate.

Entonces se acordó del anuncio de la esposa, cuando decidió partir, de que iba a tener un hijo, y entró de inmediato a la casa donde fue reconocido por la esposa. Abrazó al hijo y todo era alegría para los tres después de tan larga separación. Para celebrar el encuentro se sentaron a desayunar y el hombre sacó el pan, regalo del dueño de la panadería. Al cortarlo salieron una cantidad de monedas de oro que el dueño de la panadería había puesto en recompensa de sus buenos servicios.

Y desde entonces todos fueron felices.

Pilar Almoína de Carrera.
Publicado en: *Había una vez 26 cuentos*.
Ediciones Ekare, Caracas, 1999.
Ilustraciones: Alejandra Estrada



El compadre rico y el compadre pobre

En una aldea vivían dos compadres: el uno era muy rico y poseía numerosos bienes, mientras que el otro era pobre y solo tenía un rancho y un burro en el que cargaba leña para vender.

Un día, el compadre rico quiso burlarse de su compadre pobre y le dijo que en un pueblo vecino estaban comprando cueros de burros a muy buen precio, que por qué no mataba el burro, le sacaba la piel y la vendía, y de esta manera saldría de pobre. Como el compadre pobre era muy sumiso y humilde a la vez, hizo lo que el compadre rico le había dicho: mató el burro, lo peló, y se fue a vender el cuero al supuesto pueblo que le había dicho su compadre rico. Como había partido bien entrado el día, lo agarró la noche en la mitad de la selva, y no encontró más modo que pasar la noche encaramado en un árbol con cuero y todo.

Entrada bien la noche, unos ladrones que habían robado un banco, y traían gran cantidad de dinero de distintas denominaciones en billetes, se pusieron a contar el botín debajo del árbol para repartirlo entre sí. El compadre pobre comenzó a temblar de miedo por temor de que lo descubrieran y le hicieran daño, y quebró la rama donde estaba el cuero colgado, produciendo un ruido estruendoso. Los ladrones huyeron despavoridos.

Al día siguiente, el compadre pobre se bajó del árbol para continuar su camino. Cuál no sería su sorpresa al levantar el cuero del burro y ver que arrojaba gran cantidad de plata, de la que el compadre pobre llenó varias mochilas antes de regresarse para su rancho.



El compadre rico, al verlo venir, se “carcajiaba” porque le había hecho matar el burro con el que se ganaba la vida. Pero su sorpresa fue mayor al ver a su compadre cargando mochiladas de plata, y el compadre pobre le daba las gracias por la idea de matar el burro y así salir de pobre.

Como el compadre rico era envidioso y avaro, mató todos los burros que poseía, les sacó el cuero, y se fue por el mismo camino que había tomado su compadre antes pobre. Con tan mala suerte que lo agarró la noche en medio de la selva y vinieron las fieras y se lo tragaron con cueros y todo terminó de esta manera, en una forma muy miserable, sirviendo de pasto a las fieras.

Edgard Leonidas Galindo “Matraca”.

Publicado en: *La enciclopedia del folclor terrigeno, mitos y leyendas del Tolima Grande*.
Ibagué. 2007.

Ilustración: Alejandra Estrada.



El leñador

Érase un joven leñador muy honrado. Un día salió al campo a “leñar”. Llegó a la orilla de una laguna y se puso a tumbar un árbol muy seco.

El leñador estaba hachando, hache que hache, y estaba sudando porque el palo era grueso. Debido al sudor, el hacha se resbaló de sus manos y se le fue al río. El río era hondísimo y el leñador no hallaba cómo sacar su hacha. Entonces, muy triste, se sentó a llorar.

Una ninfa del agua se le apareció al leñador, y le preguntó por qué lloraba.

El joven le dijo a la ninfa: “Porque el hacha se me fue al río. ¿Cómo hago para rescatarla?”.

La ninfa se sumergió en las aguas y reapareció con un hacha de oro, y le preguntó al joven:

—¿Será ésta tu hacha, joven?

—No, no es mía.

La ninfa desapareció otra vez bajo el agua y trajo un hacha de plata. Y le dijo:

—¿Será esta tu hacha?

—No, tampoco.



De nuevo la ninfa se hundió en el agua y le trajo la propia hacha. Y el joven, como era tan honrado, reconoció su hachita y la recibió. Y la ninfa, por ser tan honrado, le regaló las dos hachas que sacó primero.

Vino, después, otro joven leñador, más ambicioso que el otro.

Al principio, se puso a hacer lo mismo que hizo el otro, y hache y hache, hasta que él mismo soltó el hacha y se puso a llorar a la orilla del río.

Apareció de nuevo la ninfa del agua y le preguntó que por qué lloraba.

El joven le contestó: “Se me perdió mi hachita, no hallo cómo sacarla, ¿usted me puede ayudar?”.



La ninfa se sumergió en el agua y sacó la misma hacha que le había mostrado al otro joven.

Al mirar esa hacha tan preciosa y tan bonita y tan brillante, el hombre se emocionó y cuando la muchacha le preguntó:

—¿Ésta es tu hacha?

Respondió —Sí, es mi hacha.

Entonces la ninfa desapareció, y el hacha preciosa desapareció, y desapareció también su propia hacha.

Carlos J. Silva A.

Publicado en: *Cuentos conta-dos*.

Bogotá — Colombia.

(Casanare — indígena sáliva).

Ilustraciones: Carolina Bernal.

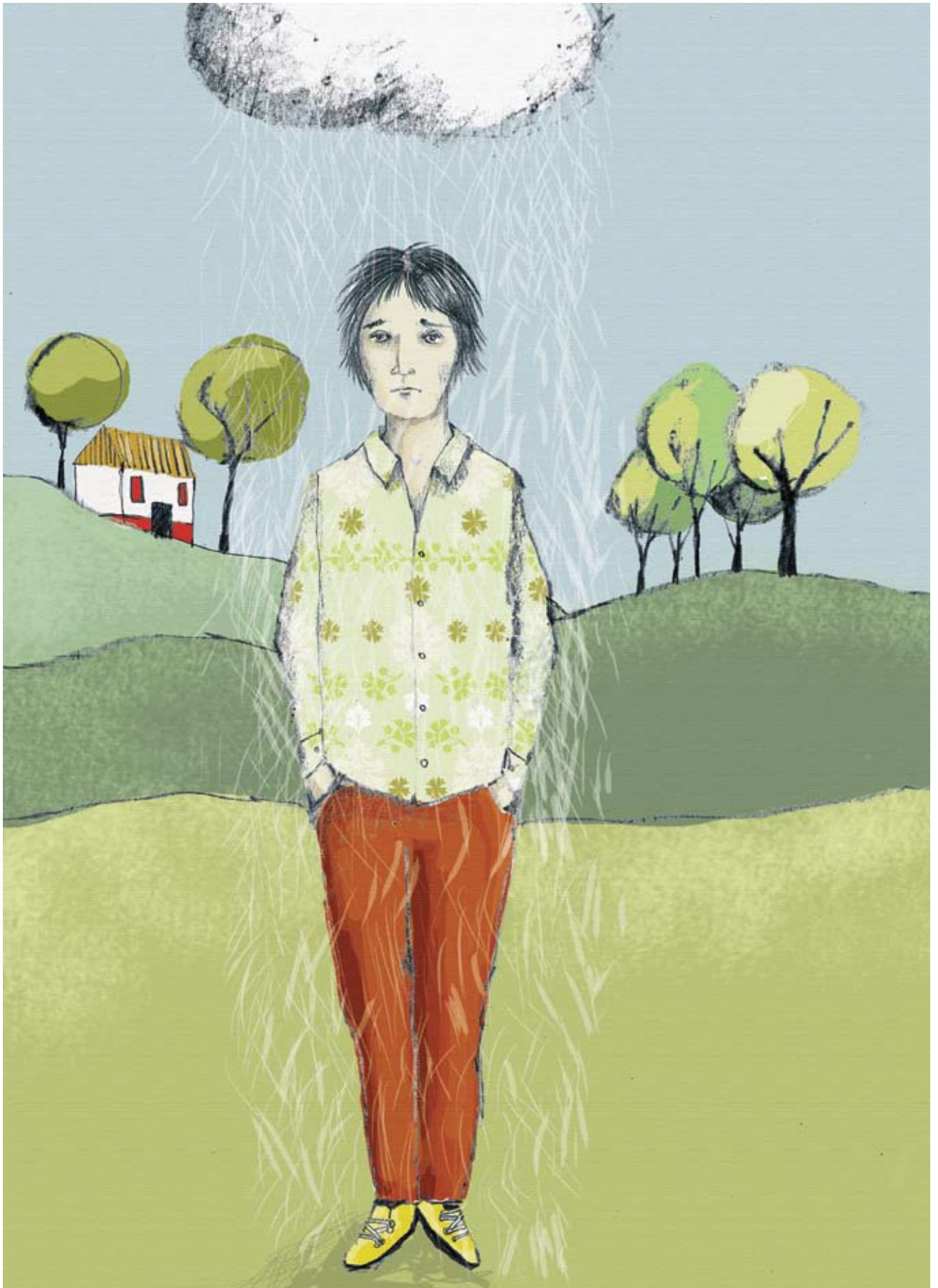


Bulto de sal

Hace tiempo vivía un hombre que tenía mala suerte, la peor de las suertes. Tenía tan mala suerte que en los pocos días de verano, cuando salía de su casa, una nube venía a situarse sobre su cabeza y se ponía a llover, solo para él. Todos sus conocidos —porque amigos no tenía, tal era su suerte— lo llamaban Bulto de sal, lo que con el uso se había convertido en su nombre: Bulatoesal. A fuerza de desgracias y sinsabores comenzó a preguntarse por las raíces de su infortunio y se le ocurrió que la culpable de todo era su madre. Es una tendencia muy humana y particularmente masculina, esa de culpar a la madre de todos los males y Bulatoesal no fue la excepción. Se fue a ver a su señora madre y le preguntó qué era lo que ella había hecho mal para que su suerte fuera tan negra.

—¡No señor!, —le respondió la honorable mujer—. Hasta donde yo sé todo lo hice bien. Además, no lo hice sola, su papá y yo todo lo hicimos bien. Mejor dicho: si usted quiere averiguar por qué tiene mala suerte lo que tiene que hacer es hablar con Dios o con el destino—. Como es tan difícil hablar con el destino, Bulatoesal se fue a hablar con Dios.

Apenas había dado sus primeros pasos en el camino hacia Dios, cuando se encontró con un lobo. No era un lobo como esos que aparecen, tan a menudo, en los cuentos. Éste era un pobre lobo hambriento, todo pellejo y huesos, muelco, que más que miedo producía lástima. Al ver pasar a Bulatoesal, el lobo se atrevió a preguntarle para dónde iba, a lo que Bulatoesal respondió que iba a hablar con Dios. Si lo encuentras, por favor pregúntale cómo puedo saciar mi hambre—. Y Bulatoesal siguió su camino en busca de Dios.



Al cabo de un trecho, Bulatoesal pasó frente a una casa donde había una joven que, con la mirada clavada en el suelo, no paraba de llorar y sollozar. La muchacha lo vio, y entre lágrimas y sollozos, le preguntó quién era y a dónde se dirigía.

—Soy un hombre que tiene mala suerte —respondió Bulatoesal. —Y voy a hablar con Dios para que me dé una explicación.

—Si lo encuentras pregúntale qué puedo hacer para no estar tan triste —imploró la joven.

—Así lo haré —concluyó Bulatoesal y, sin siquiera pensar en despedirse, siguió.

Más adelante, al lado de un río, había un árbol que en lugar de tener sus ramas erguidas hacia el cielo, las dejaba caer hacia el agua del río. Cuando Bulatoesal pasó a su lado, el árbol le preguntó de dónde venía, quién era y para dónde iba.

—Vengo de mi ciudad, soy un hombre que tiene mala suerte y voy a hablar con Dios —respondió el malaventurado.

—Si lo encuentras pregúntale cómo puedo calmar mi sed —rogó el árbol.

—No lo olvidaré —dijo Bulatoesal—, y apurando el paso se alejó. Después de mucho caminar se encontró con Dios. Le hizo las tres preguntas que le habían encargado, escuchó las respuestas y ya se disponía a irse cuando, en un instante de suerte —hablando con Dios eso le pasa a cualquiera—, se acordó de su asunto y le preguntó por qué él tenía tan mala suerte.

—Tú tienes mala suerte porque tú te lo has buscado —respondió Dios y desapareció.

Bulatoesal se quedó desconcertado y, maldiciendo su suerte, exclamó: tenía que ser yo para que me ocurriera algo nefasto y desafortunado. Voy a hablar con Dios y me dice que yo mismo soy la víctima y el culpable de mi infortunio, eso sí que es tener mala suerte.

De regreso a su ciudad se encontró con el árbol que le preguntó qué había dicho Dios.



—Dios dice que allí donde tus ramas deberían encontrar el agua, hay un baúl escondido lleno de oro y el oro, que puede traer alegría a los hombres, resulta venenoso para los árboles.

—¿No quieres cavar y sacar ese baúl para ti?

— ¡Nooo! Yo tengo tan mala suerte que si me pongo a cavar, no lo encuentro. Si lo encuentro, resulta que ya no hay oro. Si de pronto hay oro, le resulta dueño. Y si no, entonces capaz que aparecen por aquí unos ladrones y me matan por quitármelo, mejor dejémoslo allí.

Más adelante se encontró con la joven que seguía sumida en su desgarradora melancolía y que le dijo:

—¿Tienes alguna respuesta de Dios a mi pregunta?

—Dios dice que debes buscar compañía en el primer hombre amable que pase frente a tu casa.

La joven miró a Bultoosal y, con una hermosa sonrisa en sus labios, le preguntó si estaría dispuesto a acompañarla. ¡Ni que estuviera loco!, respondió Bultoosal. Si me quedo contigo, con la suerte que tengo, de pronto me enamoro y luego tú te aburres de mí y me abandonas. O te enamoras de otro hombre y me engañas. O te mueres primero que yo y me dejas solo. ¡Es mejor que dejemos las cosas como están!

Siguió su camino y se encontró con el lobo aquel, que al verlo le preguntó qué había dicho Dios.

—Dios dice que debes comerte al primer imbécil que pase.

Sí, justamente eso, lo que ustedes están pensando, fue lo que ocurrió.

Desde entonces los lobos comen hombres.

Nicolás Buenaventura.

Publicado en: *A contracuento*.

Editorial Norma. Bogotá 2000.

Ilustraciones: Carolina Bernal.

—¡Albricias!
—¿De qué noticias?

—¿Quiere que le cuente un cuento?
Que un viejo murió contento.

—¡El que se va de Sevilla
pierde su silla!

—¿Quién te motiló
que sin orejas te dejó?
—¡El burro viejo
que me lo preguntó!

Agua Dios misericordia.

Abril, lluvias mil y todas caben en un barril.

Abril lluvioso hace a mayo hermoso.

Aguacero fuerte pasa pronto.

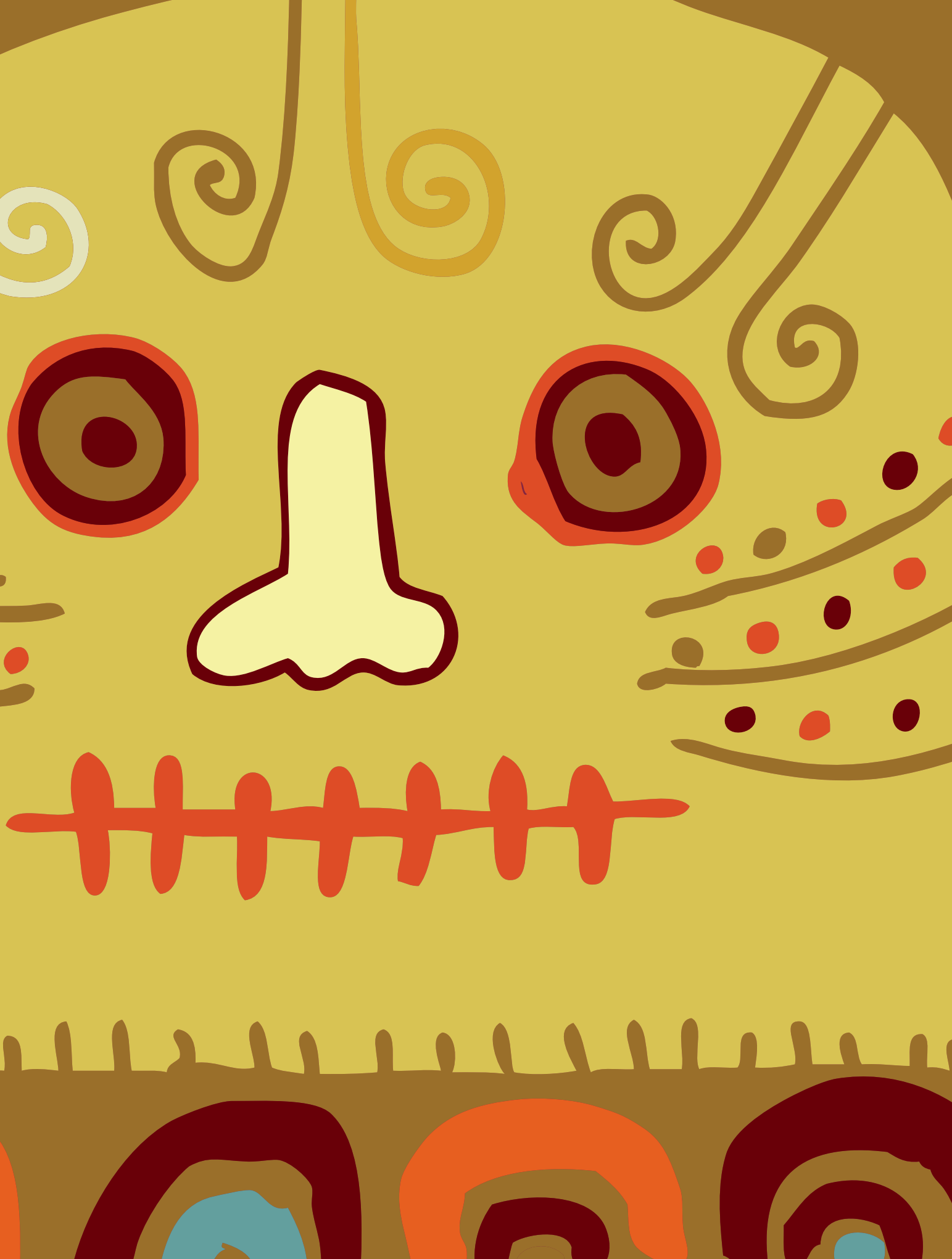
Ir viento en popa.

Contra viento y marea.

Cuando el gallo canta de día, agua segura, María.

Cuando el gato brinca y salta, al viento espanta.

Luna brillante, buen tiempo por delante.
Luna con cuernos al mar, agua va a buscar.
Luna descolorida, mar embravecida.
Luna en creciente, cuernos al oriente.
Luna manchada, bonanza asegurada.
Luna menguante, cuernos adelante.
Luna nueva con tronada, treinta días de mojada.
Luna nueva inflamada, pronto mojada.
Luna pálida anuncia agua; roja, viento, y blanca, buen tiempo.







La historia de Llivan

Cuentan los indios paeces que hace mucho tiempo los jóvenes arrojaron de la comunidad a los ancianos porque, según ellos, no hacían nada. Los viejos, sin más alternativa, marcharon hacia el lugar que les indicaba Llivan, el único joven que se había opuesto a la expulsión de los ancianos. Llegaron a un valle, cerca de un hermoso río, construyeron un bello poblado, en donde todos los viejitos trabajaron para construir sus malocas y chagras. Llivan era el encargado de cortar la madera, pescar y cultivar, haciéndolo como lo recomendaban los viejos. Muy pronto se convirtió en un lugar sereno y próspero.

Mientras tanto, en el pueblo de los jóvenes habían comenzado los problemas: todos querían ser gobernantes, nadie quería trabajar y comenzaron a aburrirse, porque no había quién contara historias al anochecer, ni quién organizara celebraciones ni fiestas. Cuando alguien enfermaba, moría sin remedio, porque nadie conocía el secreto de las plantas curativas.

En el pueblo de los ancianos, Llivan estaba listo para tomar una esposa. Entonces, pidió permiso para que le permitieran buscar una mujer en el pueblo de los jóvenes; los ancianos no se opusieron y le advirtieron que tuviera mucho cuidado, pues los jóvenes lo consideraban un traidor. Llivan marchó una mañana sin prestar mucha atención a las palabras de los ancianos. Llegó al territorio de los jóvenes, quienes lo apresaron inmediatamente. Allí pudo darse cuenta de que cinco muchachos habían tomado el mando de la población y tenían como esclavos a todos los demás.



Esa noche, antes del sacrificio al que iba a ser sometido Llivan, los jefes hicieron una gran fiesta, y, como ocurría todas las noches, se emborracharon con chicha. Llivan había sido atado en el centro de la aldea y permanecía vigilado por una bella indígena, que no hacía otra cosa que mirarlo.

—Ayúdame a escapar y te salvaré —le decía Llivan a su bella centinela.

Como ya todo el poblado estaba aburrido por el mandato de los tiranos, la bella muchacha soltó a Llivan y entre los dos convencieron a todo el pueblo de castigar a los cinco gobernantes. Los jóvenes entonces fueron a pedir perdón a los ancianos. Cuando los tiranos se levantaron al otro día, no encontraron a nadie que los atendiera, tal como estaban acostumbrados. Descubrieron que sus cuerpos estaban desnudos y salieron furiosos a castigar a quienes les habían humillado, pero cuando miraron a su alrededor, todos los hombres y mujeres, viejos y jóvenes, los esperaban con una hoja de pringamosa en la mano. Llivan les ordenó que caminaran en medio de sus antiguos sirvientes y cada uno les castigó con la pringamosa. Desde entonces, todo volvió a la normalidad y los ancianos gobernaron como era la costumbre.

Selección y adaptación: Fabio Silva V.

Publicado en: *Mitos y leyendas colombianas*.

Bogotá. Panamericana editorial, 1999.

Ilustraciones: Alejandra Estrada.



Las riquezas de la laguna

Pancho madrugó para irse con su hijo Nefre a pescar mojarra y dentón a la laguna de Chimbuza. Cogieron su potro, se armaron de un machete, una escopeta y calandro para capturar los pescados. Cada uno salió con su canaleta en mano y un canasto espaldero. Se despidieron de Coralía, la compañera de Pancho, así como de Pupo y Chongo, sus hijos menores.

Arrancó el viaje hacia la laguna de Chimbuza a ritmo de ronquidos de canaleta. El río estaba en baja y ellos bogaban a contra, pero aún así conocían su oficio porque su potro avanzaba a buen ritmo. Bogaron y bogaron. Y a eso del medio día llegaron a la laguna. Tiraron el calandro, Pancho saltó en busca de alguna tatabra para cazarla y preparar algo de comer. Mientras tanto, Nefre se había quedado en el potro esperando a su padre.

Entrada la tarde ya habían comido, y el calandro lo habían tirado más de tres veces y cada lance les proporcionó una cantidad considerable de peces, pero aún así ellos seguían pescando. En esos instantes el sol brilló más de lo acostumbrado y empezó a caer una llovizna helada, y soplaba mucho viento que producía pequeñas olas en la laguna. El arco iris bajó de los cielos al agua y llenó de colores vivos y brillantes todo el ambiente. De pronto, en el centro de la laguna, el agua empezó como a hervir. Poco a poco se fue descubriendo una mano que brotaba del agua con un mate de chontaduros que humeaba recién bajado del fogón, y lentamente la mano se hacía más evidente.



Sólo Nefre vivenciaba todo lo que estaba ocurriendo en la laguna, ya que su padre estaba descansando recostado en el potro. Cuando el muchacho vio que la mano salía totalmente del agua, y que empezaban a salir sombras y criaturas, apresuradamente despertó a su padre, quien al instante estuvo de pie con la escopeta en mano. “¿Qué pasa, qué pasa? ¿Cuántos son?”, preguntó asustado. “No papi, no es para tanto”, y Nefre le contó todo lo ocurrido.

Sabiamente Pancho le dijo a su hijo que ya les correspondía irse para la casa porque la naturaleza les estaba hablando. Nefre le dijo a su padre que le explicara y él le contestó que luego le contaría. Arreglaron todos sus elementos, recogieron el producto de sus faenas y se marcharon.

El muchacho llevaba en mente lo sucedido y en medio camino le dijo a su padre que le relatara. Pancho le dijo que los mayores cuentan que las riquezas que tienen las lagunas no son para una sola familia o persona: “Nosotros estábamos abusando, por eso se nos apareció el mate de la abundancia, como un llamado de atención, y si no le hacíamos caso podíamos haber muerto”.

Compilado por: **Martha C. Arboleda O. y Julio C. Montaña M.**

Publicado en: *Los abuelos lo contaron.*

Mitos y leyendas del Pacífico sur colombiano.

Cali. La Kasumba, 2004.

Ilustración: Alejandra Estrada.

El hombre delfín

Hace tantas lunas, como estrellas hay en el cielo, vivía a orillas de un caudaloso río un cacique con su mujer y su hermosa hija. La joven era alegre y habladora, y muy querida por todos en la tribu.

Un luminoso día de junio, el cacique decidió organizar una gran fiesta para celebrar el cumpleaños de su hija. De los lugares más apartados trajo a los mejores cocineros para preparar manjares suculentos e hizo fabricar exquisitos licores para que no faltara ese día la alegría. Envió también a sus mensajeros a conseguir los más hermosos regalos para su hija: vestidos, joyas y suntuosos objetos fueron llevados al pueblo.

Por fin llegó el esperado día. Durante la fiesta, los invitados bailaban y celebraban alegres el cumpleaños de la hija del cacique. Cuando se hizo de noche, llegó al caserío un hombre que nadie conocía, vestía túnica blanca y sombrero, y era muy apuesto. Los hospitalarios habitantes decidieron acogerlo en la fiesta y preguntarle al día siguiente de dónde venía y hacia dónde iba.





Al ver al desconocido, la hija del cacique quedó fascinada. El hombre se acercó a la joven y, sin mediar palabra, la tomó de la mano y la llevó a bailar. Y cuando el amanecer empezaba a despuntar, el hombre le dijo adiós, y partió sin explicación alguna. Como era de suponer, todos en el caserío quisieron saber del misterioso hombre. La gente de la tribu le preguntaba a la joven quién era el visitante, pero ella solo sabía que estaba perdidamente enamorada de él. Pasaron los días y la joven parecía bajo la influencia de un hechizo: no comía, no reía, no salía a bañarse al río, se había vuelto taciturna y malgeniada. La atormentaba una terrible tristeza y la gente, queriendo ayudarla, le preguntaba por el hombre para ir en su búsqueda y sacarla del letargo.

Un buen día, ya cansada de la curiosidad de todos, la joven dijo:

—Tiene un orificio en la cabeza, debajo del sombrero. Es un delfín.

Pocos meses después, la amada hija del cacique murió de tristeza. La tribu decidió entonces hacer una fiesta cada año para recordarla. Y desde aquel tiempo, todos los meses de junio, cuando aparece por allí algún visitante con sombrero, la tribu le pide que se lo quite para verificar que no sea el hombre delfín que llega a enamorar a las jóvenes.

Valeria Baena.

Publicado en: *Región de la Orinoquía: animales en extinción.*
Colombia. Bogotá. Ediciones B, 2006.

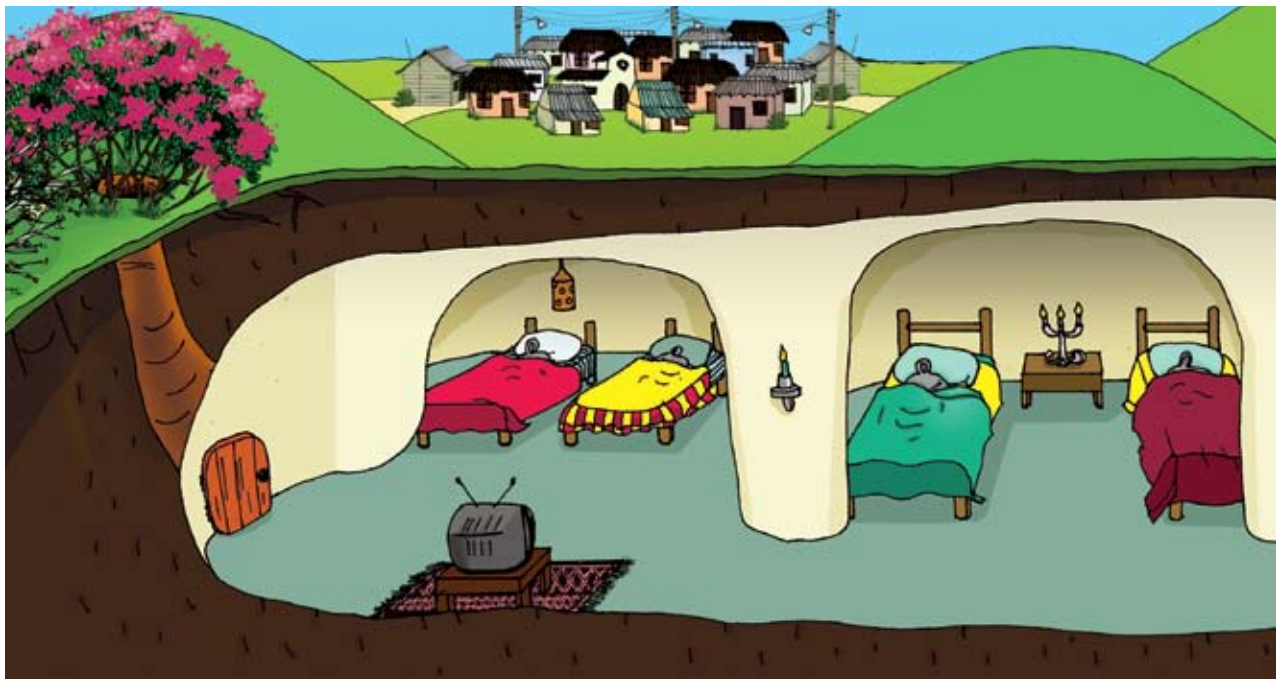
Ilustraciones: Alejandra Estrada.



Minisurumbullo y el dulce de icaco

Es bien sabido que los ratones construyen grandes ciudades bajo las plazas y avenidas de las poblaciones humanas. Allí, bajo tierra, sin que nadie se dé cuenta, eligen reyes, forman ejércitos, libran batallas, tienen genios y héroes. Pero esta historia nada tiene que ver con personajes tan importantes, sino con una humilde familia de ratoncitos campesinos que tenía su madriguera bajo una mata de reseda, al pie de una mata de retama, junto a una mata de moras, en un potrero que había en las afueras de una tranquila aldea.

Adentro de la madriguera, el huequito tenía varios cuartos, pues la familia era numerosa. Tenía su puerta principal y su puerta secreta para el caso de que necesitaran despistar a algún enemigo, cosa que nunca ocurría: el vecindario era sumamente tranquilo. El único que utilizaba la puerta secreta era el menor de la familia para salir a hacer sus pilatunas.



El menor se llamaba Minisurumbullo, pero todos los nombres de ratón son larguísimos y todos se abrevian, así que a Minisurumbullo lo llamaban “Mi”. Mi era todo gris, menos la lengüita rosada con que se bañaba, las uñas y los dientecitos blanquísimos, y los pícaros ojos de chispita negra.

Una mañana, Mi salió por la puerta secreta en busca de aventuras. Como los demás dormían, nadie lo vio salir. Corrió por los potreros tan rápido que por poco pierde su sombra. Llegó a la aldea tan rápido que casi llega sin cola. La aldea como siempre olía... ¡olía delicioso!

Mi se metió por la rendija de una puerta y se encontró en una cocina llena de perfumes apetitosos, pero también llena de gente.

—¡Auxilio! ¡Un ratón! —gritó alguien.

—¡Aquí hay una escoba! ¡Dele! —gritó alguien más.

—¿Cuál ratón?

—Ahí estaba.

—¡Qué va! No hay nada.

Mi, escondido detrás de la estufa, suspiró de alivio. Había comprobado que no había gato, porque lo habrían llamado.



La gente de la cocina estaba muy ocupada y nerviosa. Estaban preparando el almuerzo para una visita encopetadísima. Todo lo que hacían era tentador, pero Mi tenía los ojos puestos en el dulce. Era dulce de icaco.

Ya casi nadie ha vuelto a hacer en las casas dulce de icaco. En todo caso, es una fruta ovalada, de color gris. Los icacos estaban en una olla, pero Mi vio cuando los pasaron a una vasija que dejaron sobre la mesa. Esperó con paciencia. Cuando se fue la última persona de la cocina, salió disparado de su escondite.

Saltó a la mesa, luego a la vasija. ¡Increíble quedar nadando en almíbar! Probó una fruta, pero en realidad el almíbar era lo que más le gustaba. Escondió la semilla de icaco bien abajo. Quiso seguir bebiendo almíbar, pero hacía tanto calor y era tanta la dulzura que lo invadió el sueño. Entre sueños oyó la voz de un niño muy pequeño:

—¡Ay, mamacita, qué cosas más ricas! ¿Puedo probar algo?

—No, ahorita no, pero te voy a dejar sentar a la mesa con los grandes. Eso sí, tienes que estar muy juicioso. Nada de comer con la mano ni hablar cuando los grandes estén hablando ni decir que la comida está fea. Te comes todo lo que te sirvan sin decir nada.

Tal vez me debería ir, pensó Mi, pero, como estaba pensando dormido, se quedó donde estaba. Fue cayendo en un sueño cada vez más profundo. Enrolladito, cubierto completamente de almíbar y tan chiquito como era, parecía un icaco más.

Lo despertó un fuerte sacudón. Mi se paralizó de miedo. Estaban alzando la vasija. La llevaban al comedor. Con una cuchara grandísima, alguien comenzó a sacar los icacos de a dos en dos, y cada vez había menos almíbar. Ya no quedaba más remedio que seguir fingiendo ser un icaco. Pidió silenciosamente a San Francisco de Asís, el santo de los animales, que lo salvara de algún modo, pero no veía cómo.

A los grandes les sirvieron de a dos, y finalmente al niño le sirvieron uno, el último.

—Mamacita —dijo el niño—. ¿Esto qué es?

—Dulce de icaco, mijito. Pruébalo. Es delicioso.

El niño se quedó mirando el plato.

Los grandes siguieron conversando y, aunque al niño le había dicho la mamá que no debía interrumpirlos, al ratico dijo:

—Mamacita...

—¿Sí, mijito?

—¿Los icacos tienen unos ojitos negros?

—¡Ah, qué niño más necio! Los icacos no tienen ojitos negros, ni ninguna clase de ojitos. Come juicioso y no molestes.

El niño siguió mirando el plato, mientras los grandes seguían hablando de cosas serias, de política; pero al ratico volvió a interrumpir:

—Mamacita...

—¿Sí, mijito?

—¿Los icacos tienen orejitas redondas?

—¡Cállate y no molestes más! ¡Qué van a tener orejitas redondas ni ninguna clase de orejas!

El niño siguió mirando su plato. Al ratico dijo:

—Mamacita...

—¿Sí, mijito?

—¿Pero bigoticos sí tienen?

—¡Come y no sigas diciendo tanta bobada! —lo regañó la mamá—. ¡Qué va a tener bigoticos un icaco!

Y siguieron hablando los grandes de política, de negocios. El niño siguió mirando el plato.

—Mamacita... —volvió a interrumpir—. ¿Pero una colita sí tienen?

—¡Qué va a tener cola un icaco! —dijo la mamá y lo regañó otra vez.

El niño siguió mirando el plato. Pasó un rato más largo. Los grandes hablaban.

—Mamacita...

—¿A ver, mijo?

—¿Pero paticas sí?

En ese instante, Mi saltó del plato. Las señoras se subieron a los asientos y se pusieron a gritar como sirenas de bomberos. La mamá del niño se desmayó. El niño se puso pálido, después colorado, después le dio un ataque de risa.



Minisurumbullo saltó de la mesa. Corrió y corrió. Salió por la rendija de una puerta, se encontró en una cocina llena de perfumes apetitosos, cruzó potreros y cercas hasta que llegó a una mata de moras, una de retama y una de reseda. Se metió bajo la mata de reseda y encontró el huequito de la entrada principal de su casa. Se dejó caer como un bólido.

—¡Hola, Mi! —gritaron los demás ratoncitos—. ¿Dónde estabas? ¡Cuenta! ¡Cuenta!

Y sus padres, abuelitos, primos, tíos, hermanos y hermanas empezaron a limpiarlo con sus lengüitas mientras contaba. Le quitaron de encima pajas y polvo, hasta que ya no había sino almíbar y más almíbar de icaco. Estaba delicioso, en el punto preciso para saber a gloria. Embelesados escuchando la increíble aventura, lo lamían y lo lamían y lo lamían y lo lamían y lo lamían y lo seguían lamiendo.

—Me encanta una historia así —dijo la abuelita secándose un par de lágrimas—. Tiene un final tan dulce...

Gabriela Arciniegas.

Publicado en: *Cuentos de enredos y travesuras.*

México, Editorial Nueva, 1986.

Ilustraciones: Alejandra Higueta.



La historia del tirano que prohibió la risa

Ésta es la historia del tirano que prohibió la risa, remedio feroz que usan los espíritus para reinventar la vida.

Cuentan que en aquel país sumido en la tristeza, en el lamento y la amargura, todo el mundo comenzó a morir de tristeza. Se morían los hombres y las mujeres, los viejos, los jóvenes y los niños. Todos se morían en aquel país gobernado por un tirano sumido en la amargura.

Pero un día, un hombre que tenía la sonrisa dibujada en el rostro, se encontró con una mujer que también sonreía, y se fueron a la selva en donde rugen los jaguares en noche de luna llena.

Cuando la selva silenció por primera vez sus ruidos nocturnos, allí fue engendrado un niño que creció desconociendo la orden del tirano y que un día, estando en la selva, se rió. Se rió con tantas ganas que los niños que aún quedaban en aquel país, al oír la risa, sintieron como si la memoria volviera repicada, y no se pudieron contener, y se rieron.

Y cuando los niños se rieron, los jóvenes que quedaban en aquel país escucharon la risa de los niños, y los jóvenes sintieron que algo estaba cosquilleando adentro de su universo mismo, y no pudieron detener la flor que apareció en sus labios, y los jóvenes se rieron.



Y la risa de los jóvenes fue oída por los hombres y las mujeres que aún quedaban en aquel reino gobernado por la tristeza, y los hombres y las mujeres, al oír reír a los jóvenes, recordaron sus juventudes, y los campos y las carreras y los ríos y los peces atrapados con las manos y las flores y los besos dados, y no pudieron escaparse del encanto, y se rieron. Y se rieron los viejos que escucharon la risa con la calma y la paciencia que solo ellos pueden tener para escucharla, y la alegría no les brotó en el labio sino en el corazón, que no late más aprisa sino que simplemente se ensancha.

Los viejos, los hombres, las mujeres, los jóvenes y los niños rieron todos, hasta que se formó una carcajada universal de risas que penetró en el palacio e hizo estallar en mil pedazos el corazón de piedra del tirano.

Misael Torres.

Publicado en: *Abra la palabra, antología de festivales de cuenteros.*

Corporación Festival de Cuenteros. Bucaramanga.

Ilustración: Alejandra Estrada.



El oro biche

Pedro María recuerda que en sus tiempos de niño muchos mineros devolvían el platino a las quebradas porque según ellos ese oro era biche, es decir, que todavía no había madurado. Se necesitaban muchos, pero muchísimos años, para que ese oro casi blanco, que era el platino, se volviera amarillo, porque para ellos, como para las siguientes generaciones de mineros, el oro tenía vida como las plantas y los animales.

—El oro tiene espíritu —dice Pedro María—, y si quiere saberlo, espere que le cuente.

Sucedió que un vecino suyo se levantó una madrugada de Semana Santa a hacer sus necesidades en la azotea, y cuando ya había terminado, vio brillar algo debajo de la casa. Esa luz parecía una fogata, porque subía y bajaba, por momentos desaparecía, y luego volvía a brillar con mayor resplandor. A Crescencio, porque así se llamaba el vecino, le empezaron a temblar las canillas. Tuvo que armarse de buen ánimo para no quedarse allí en cuclillas hasta el amanecer, con los pantalones enredados entre las piernas. Se levantó como pudo, y con los pantalones en las manos, entró al cuarto, todavía cegado por el resplandor frío de esa guaca.

Como Crescencio ya había oído hablar de guacas y entierros, tan pronto como pudo aclararse los sesos se dijo que no podía tratarse sino de algo parecido. Durante el resto de la madrugada estuvo despierto, cavilando sobre la fortuna que lo esperaba, porque él estaba dispuesto a cavar ese entierro así se lo llevara el mismísimo.

Una vez desayunados, le contó a la mujer lo que había visto. Pero tan pronto como se lo contó se arrepintió. Sintió recelos de que la mujer quisiera apoderarse del tesoro y largarse por algún rumbo dejándolo pobre y desengañado.

La mujer empezó a pensar lo mismo, y durante todo el día estuvieron celándose mutuamente, para que ninguno fuera a dejar sin parte del tesoro al otro. Se olvidaron de las celebraciones de Semana Santa, en ese punto de la Semana de Pasión en el que se silencian las campanas y las matracas repican por las calles.



Ambos conocían muy bien los artificios de las guacas. Primero, que se trataba de un entierro hecho por alguien hacía muchos años, ya finado por cierto, quien no había podido desenterrar ese tesoro en vida, y ahora era un ánima en pena que buscaba a alguien para entregárselo y liberarse de los bienes y males de la tierra. Segundo, que esas guacas brillan más que todo en Semana Santa. Tercero, que el muerto se da sus mañas para entregar el entierro. La persona que lo descubre debe esperar que pase la noche y marcar el sitio donde vio la lumbre, y la noche del Viernes Santo, a las doce, armarse de valor y bajar a cavar sin que lo vea alguien extraño. Si el que está desenterrando el oro o la plata tiene “mala espalda” para el metal, o se ha llenado de codicia, pierde la guaca porque el finado se la lleva a otro solar para que en la siguiente Semana Santa otro más cristiano la desentierre, así él tenga que esperar un año más, que poco importa en la eternidad.

Pues bien, marido y mujer sabían todo eso, y mientras masticaban un pedazo de plátano con una presa de tatabro ahumado en el almuerzo, se miraban con desafío.

Crescencio se dio cuenta de que por ese camino iban a perderlo todo. Le propuso a la mujer que esa noche se fijaran bien en la lumbre, y apenas brillara, memorizaran el sitio del entierro, para marcarlo en la mañana, y a la noche siguiente, la del Viernes Santo, desenterrarlo. Y que echaran la codicia a la basura porque podían quedarse sin la sogá y sin la canoa.

Así acordaron las cosas. Y esperaron la noche, muertos de miedo y de curiosidad, rezando a las ánimas para que no los venciera ni la codicia ni la desconfianza, porque ya estaban advertidos. Vino la noche, la guaca brilló, y al día siguiente, tan pronto rayó la aurora, brincaron por la azotea y se fueron derecho al sitio donde habían visto la luz.

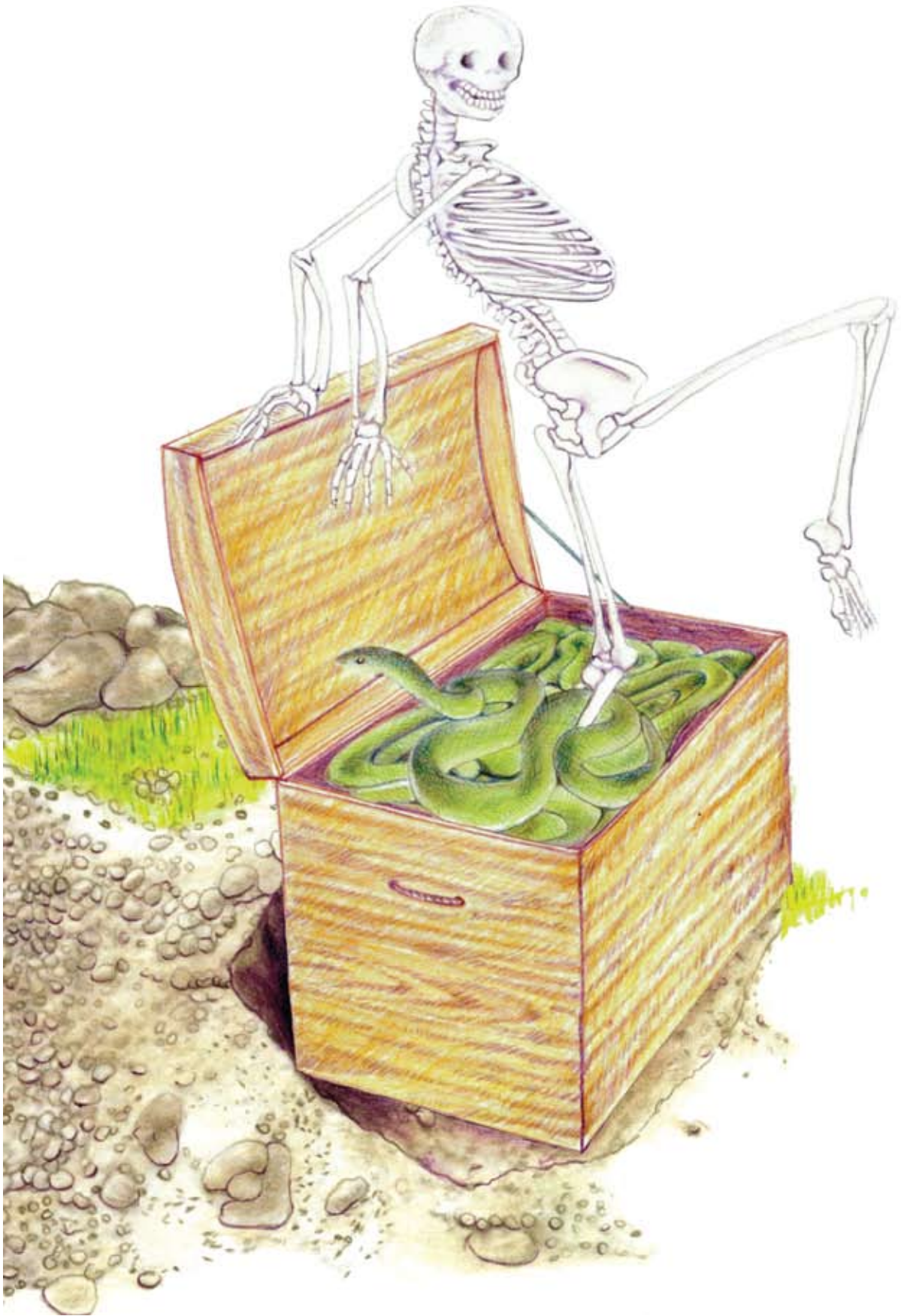
Subieron contentos, pasaron por el cuarto de los muchachos, y como los sintieron dormidos todavía, les fueron diciendo a cada uno que ese año sí les iban a comprar las cosas que siempre pedían y no habían podido darles porque la pobreza no daba respiro.

Durante todo el Viernes Santo estuvieron encerrados en casa, anhelando que anocheciera de nuevo. Varias vecinas vinieron a llamar a Dolores, porque extrañaron no haberla sentido en las ceremonias cantando alabanzas al Cuerpo en el Sepulcro, ella que tenía tan buena voz, y no fallaba el Sermón de las tres de la tarde ni el desprendimiento de la Cruz. Dolores despidió a las amigas con mentiras cordiales. Supo que no le habían creído. Las amigas pensaron que a lo mejor esos dos se habían enlunao en plena Semana de Pasión, y no querían sino estar apapachaos dentro del toldillo, los muy descreídos.

Cuando iban a dar las doce de la noche, los dos cogieron las palas que ya tenían preparadas, y mientras pasaba la procesión por el frente de su casa, en la única y larga calle del pueblo, ellos se fueron al lugar del entierro, con el alma en la boca, confiados en que el muerto los haría invisibles para los otros, y que por fin saldrían de pobres.

Pero cuando tocaron con las palas algo duro, y vieron relucir a la luz de las velas el baúl que guardaba el entierro, sintieron a sus espaldas un ruido muy extraño. Aunque sabían que no debían mirar para atrás, las cabezas se les pusieron tan grandes que no pudieron gobernarlas





y voltearon a mirar. “¿Qué vieron, Dios mío?”, se pregunta ahora Pedro María poniéndose las manos en la cabeza. “Vieron al finado en persona, el puro esqueleto haciendo saltos y mojigangas, feliz de que por fin lo estuvieran librando de su pena, para ahora sí irse tranquilo a su cielo, a su purgatorio o a su infierno, si era que le tocaba. Pero no sólo eso, sino que en los huesos del finado estaban copiados todos los pecados que había cometido en vida”.

Fue tan grande el susto de los dos, y tal el horror de ver esos pecados en forma de gusanos y culebras, que cayeron privados. El mayorcito de los hijos, al ver que ellos no salían y ya eran las once del día, corrió a buscarlos por toda la casa hasta que los encontró abajo, en el piso de tierra, cerca al corralito de las gallinas, atravesados contra un guayacán, al lado de un montón de barro, botando baba por la boca, como si les hubiera dado algún ataque. El muchacho buscó agua y les arrojó un baldado a la cara que los hizo volver en sí. Lo primero que hicieron fue mirar el hoyo que habían cavado la noche anterior. El baúl había desaparecido.

Nina S. Friedemann.

Publicado en: *La ballena colimocha. “El Chocó: magia y leyenda”*.

Bogotá. Eternit de Colombia, 1991.

Ilustraciones: Johana Bojanini.



El hombre caimán

*Éste es el caimán, éste es el caimán,
que dice toda la gente.*

*Éste es el caimán, éste es el caimán,
un caimán inteligente.*

Sí, mi amigo. Esta historia empezó aquí mismo. Y el que es hoy el hombre caimán se sentaba allí, donde está usted ahora, dispuesto a tomarse un vaso de ron, un queso y, por último, su plato de arroz con coco. Miraba siempre hacia la orilla opuesta del río y cuando adivinaba la presencia de alguien al otro lado, apuraba su arroz y desaparecía en el agua. ¿Qué por qué hacía todo esto? No se desespere, amigo, termine de tomarse su ron y escuche, que este cuento apenas lo empiezo. Es una historia de amor, como todas, con la diferencia de que el hombre salió mejor librado que cualquiera, a pesar de todas las adversidades. Así que si va a pedir otro trago, hágalo de una vez, que yo aquí empiezo mi relato y no paro hasta el final.

Un hombre, alegre y despreocupado, viajaba continuamente de Pinillos a Magangué vendiendo toda suerte de alimentos y frutas hermosas. A grandes voces y en medio del jugueteo, el hombre divertía a todos con sus historias absurdas de cómo adquiriría los productos, hasta el punto de convencer a los compradores de que lo que se llevaban eran objetos maravillosos.

Una tarde, mientras anunciaba a gritos la venta de unas naranjas que, según él, poseían las esencias del amor eterno, descubrió para su fortuna la presencia de una bella mulata, con el pelo re-

cién enjuagado, que caminaba preocupada. El hombre entabló conversación con la muchacha y, rápidamente, ambos se vieron profundamente atraídos. Ella se llamaba Roque Lina y era la hija de un severo e inabordable comerciante de arroz. Sus hermanos, que jugaban el secreto papel de vigilantes de los pasos de la muchacha, al darse cuenta de que Roque Lina era atraída cada vez más por las frases pomposas del hombre, dieron la voz de alarma a su padre.

Así pues, amigo, cuando el hombre apareció como de costumbre con sus alaridos y sus productos de otro mundo, y se precipitó feliz a saludar con canciones a su querida Roque Lina, se encontró frente a la presencia poco amable de su imposible suegro.

“Aquí el que vendo soy yo”, le dijo tajantemente el padre. “Y mi hija no es arroz. Así que puede irse con su música a otra parte, antes de que tengamos problemas. ¡O yo no sé!”. Y sin agregar una palabra más, tomó a Roque Lina del brazo y la arrastró con él.



Fue desde ese momento cuando el hombre empezó a venir todos los días a esta tienda, a pedir el mismo ron, el mismo queso y el mismo arroz con coco, y a mirar hacia el río. ¿Por qué? Rápidamente lo fui entendiendo: aquí los hombres se bañan en esta orilla. Hacia la mitad de la corriente hay un remolino, y al otro lado se bañan las mujeres.

¿Qué pasaba? Pues nada más que el hombre se había puesto de acuerdo con Roque Lina para que cuando ella fuera a bañarse él atravesara el río a nado y fuera a visitarla. Usted se estará preguntando cómo haría el hombre para atravesar aquel remolino, que a primera vista se adivina no apto para seres humanos. Pues aquí es donde reside el secreto de la historia. El hombre terminaba de comerse el arroz, se metía al agua y, poco a poco, su cuerpo se iba corrugando, sus brazos se encogían en pequeñas patitas, sus piernas se unían en una agitada cola, y cada uno de los granitos de arroz que se había comido se iban transformando en una hilera de dientes afiladísimos, hasta quedar convertido en un expertísimo caimán nadador.

Así el hombre caimán atravesaba ágilmente el remolino y, luego de violentos chapoteos, lograba llegar hasta donde Roque Lina, quien ansiosa lo esperaba para ir a descubrir con él las profundidades secretas del río. El hombre venía aquí a diario, bebía y comía su eterna ración, y se lanzaba en su viaje reptil donde su amada Roque Lina. Esta visita permanente fue poniendo alerta a todos los pescadores de la zona.

Una mañana, uno de los hermanos de Roque Lina alcanzó a percibir la cola desenfundada del hombre caimán rompiendo el remolino, y de inmediato dio la voz de alarma.

Todos los pescadores de Magangué se dieron a la caza del caimán. Pero cualquier esfuerzo era inútil. Mientras más obstinados eran los hombres tratando de aniquilar al animal, más ágil se volvía el hombre para llegar hasta la orilla de Roque Lina.

Tómese el otro roncito, amigo, que esta historia ya se precipita a su final y tiene que prepararse para lo que sigue. ¿Me va siguiendo?

El papá de Roque Lina, hombre ostentoso y sediento de fabricarse su propio orgullo, ubicó con exactitud el sitio por donde el caimán solía nadar y organizó un cerco para atraparlo.

Una mañana, un buen número de pescadores navegaron afanosamente por estos parajes, buscando sin descanso al caimán, comandados por el padre de Roque Lina. Mientras esto sucedía, el hombre de nuestra historia, sentado allí donde usted está, terminó su ron, su queso y su arroz y se fue de aquí. ¿Hacia dónde iba si todos lo buscaban? Luego lo supe: el muy vivo se echó al agua mientras todos estaban en su búsqueda, nadó agitadamente hasta el barco del papá de Roque Lina y, de una, se devoró todo el arroz que encontró. Acto seguido, buscó a su amada que dormitaba en el muelle. Suavemente la acomodó sobre su espalda y, sin despertarla, se alejó con Roque Lina en silencio. Nunca volvió a saberse de ellos. Pero, desde ese día, todos los hombres de por aquí esconden temprano a sus mujeres y se apuntan a comerse todo el arroz que tengan en la olla antes de que el hombre caimán venga y haga desaparecer mujer y granos.

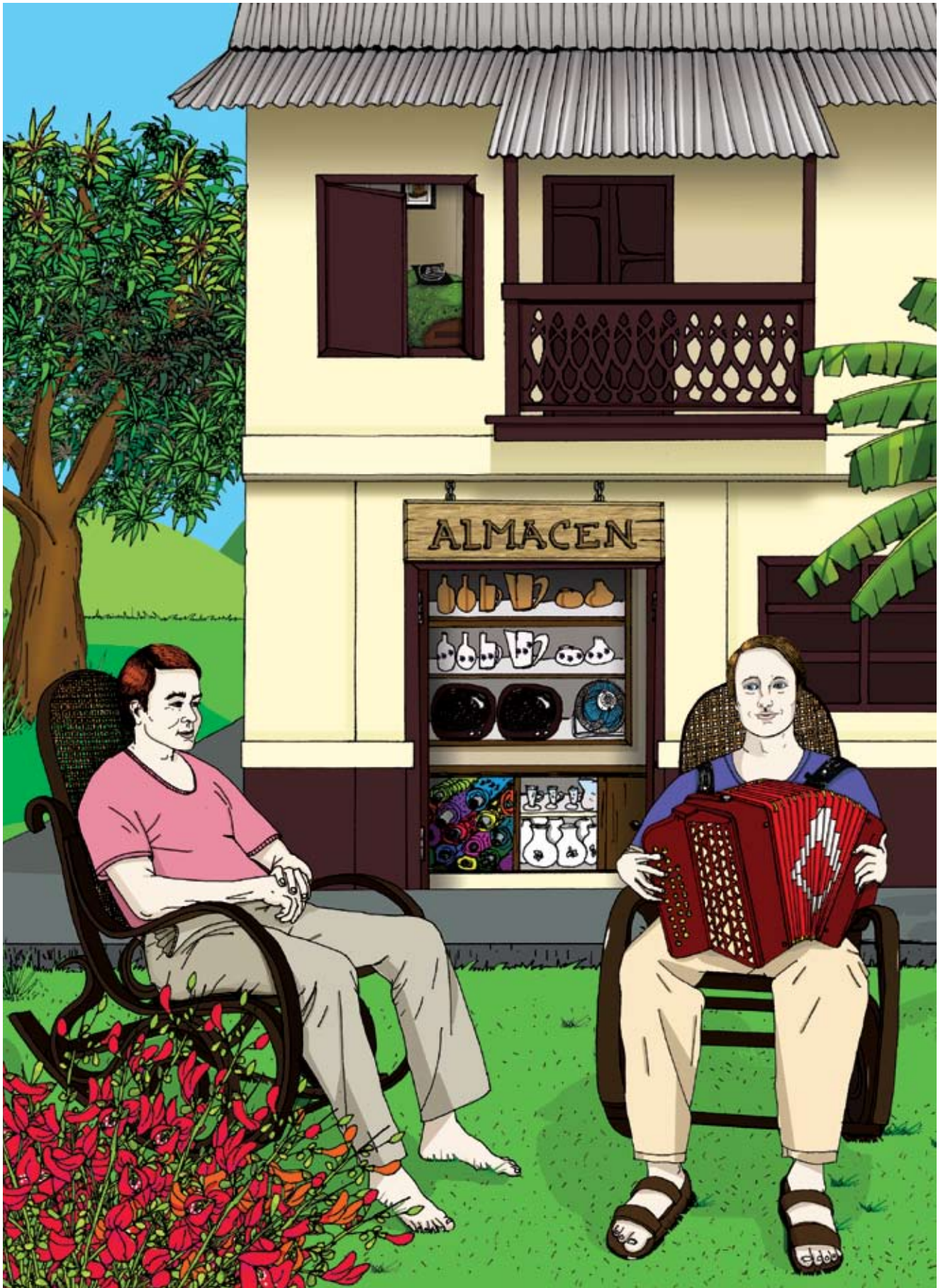
Éste es más o menos el cuento, amigo. Lo bueno es que por aquí, desde esos días, se canta un *merengue* que dice:

*Esta mañana, temprano,
cuando bien me fui a bañar,
vi un caimán muy singular
con cara de ser humano.*

Ya se da cuenta por qué es. Lo único que no puedo brindarle, es su plato de arroz con coco. Por estos días, no sé por qué, ha estado escaso por aquí. Pero... ¿no quiere que le cuente otra historia?

Sandro Romero Rey.

Publicado en: *Cuentos de animales fantásticos para niños*.
Coedición latinoamericana. 3a Ed. Bogotá, Editorial Norma, 1984.
Ilustraciones: Alejandra Higueta.





Francisco El Hombre

En los albores del siglo XX, dos comerciantes de origen alemán arribaron al puerto de Riohacha, en la antigua provincia de Padilla, con el fin de establecer allí un almacén de artículos importados del viejo continente.

Los dos hombres eran hermanos y andaban por los treinta y tantos años de edad. Al poco tiempo surtían de abundante mercancía europea tanto a los habitantes del puerto como a los de las poblaciones vecinas, y con el paso de las semanas y los meses fueron conquistando un merecido prestigio como prósperos negociantes y personas de bien.

Al atardecer de cada día, los hermanos se sentaban en sus mecedoras de mimbre en la puerta del surtido almacén y uno de ellos ajustaba sobre sus hombros las correas de un instrumento típico de los Alpes bávaros, y hasta bien entrada la noche interpretaba canciones de su lejana Alemania, lo cual atraía a clientes, vecinos y lugareños.

Por esos días apareció en Riohacha un muchacho de unos veinte años, tímido, lampiño, de ojos negros profundos y un aire de ausencia que invitaba a la compasión y a la ternura. El joven se recostaba en la pared de la casa de enfrente del almacén y se quedaba ensimismado escuchando los aires exóticos que brotaban de aquel aparato que parecía un fuelle rodeado de minúsculos botones. Al cabo de varias semanas de silenciosa contemplación, terminó por caerle bien a los alemanes.

Una tarde, al terminar el *vals* de *La viuda alegre*, el jubiloso músico le dijo a su hermano:

—Vamos a invitar al hombre a una copita de brandy. Parece ser buena persona.

—Ven, hombre, ven acá —le dijo.

El joven, entre asustado y feliz, se acercó a los extranjeros.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el germano en su complicado español.

—Francisco —respondió el muchacho con voz casi imperceptible.

—¿Y qué haces? ¿A qué te dedicas?

—Hago de todo —dijo el hombre—. Lo que aparezca en el día: alzo cajas, vendo frutas, arreo mulas y pregono mercancías y noticias por los pueblos de La provincia.



El alemán lo invitó a que lo ayudara en los quehaceres de la tienda, a lo cual Francisco aceptó de inmediato. Con el transcurrir de los días, lo que más llamaba la atención del extranjero era la profunda concentración que el joven ponía en la ejecución del acordeón. De manera que una noche, el alemán le entregó el instrumento a Francisco y lo invitó a que lo manipulara.

—Toma —le dijo—. Prueba a tocarlo.

Francisco no dudó. Tomó el acordeón entusiasmado, ajustó las correas sobre sus hombros con una destreza sorprendente, y ante el asombro de los hermanos y de la gente que allí se agolpaba, comenzó a extraer del mágico aparato unos ritmos desconocidos, entre nostálgicos y jubilosos, que dejaron a todos perplejos.

Desde entonces, cada atardecer el alemán alternaba la interpretación de sus ritmos alpinos con los sones y paseos provincianos que tocaba Francisco, a quien sus generosos patrones llamaban simplemente “El Hombre”.

De esa manera atraían mayor clientela y cuando cerraban el almacén se sorprendían de las enormes ganancias.

Con los años, los comerciantes fueron envejeciendo en medio de gran prosperidad. Un día decidieron vender el almacén y partir las ganancias. El uno retornó a su añorada Alemania y el otro, el del acordeón, se casó con una viuda de Villanueva y se fue a vivir con ella a Aruba, donde estableció otro almacén.

Francisco El Hombre, por su parte, se había obsesionado tanto con el manejo del acordeón, que su dueño decidió regalárselo. Y gracias al acordeón, Francisco se desplazaba de Riohacha a los pueblos vecinos de La provincia, pregonando con aires musicales las noticias del vecindario, informaciones políticas, chismes familiares y sucesos de diversa índole.

Durante muchos años, incluso después de cerrado el almacén de los alemanes, Francisco recorría a caballo aquellas extensiones calurosas y lluviosas, alegrando fiestas y parrandas con una espontaneidad y maestría extraordinarias.

Una tarde, Francisco El Hombre se dirigía en burro hacia Fonseca, su tierra natal. Llevaba abundante ron en las alforjas y silbaba solitario canciones de su invención. De pronto, divisó en el horizonte otro jinete, el cual se acercaba apresuradamente adonde él estaba. A los pocos minutos, un fino alazán detuvo bruscamente el paso frente a él. Sobre el caballo, un hombre robusto de rostro aceitunado, cabello negro liso, fina chivera y ojos pícaros, vestido de dril blanco, con un acordeón colgando de sus hombros, le dijo con voz imperativa:

—En toda La provincia tienes fama de ser el mejor acordeonista. Dicen que tus canciones cautivan y embelesan los corazones más sensibles y derriten a los más duros. Pero yo quiero comprobar personalmente si eso es cierto.

Francisco, entre sorprendido y asustado, pensó: “Me está proponiendo un duelo musical. Lástima que no haya testigos”.

El hombre se apeó del caballo y animó a Francisco a tocar algo. Este se bajó del burrito y estimulado por un trago de ron comenzó a tocar, bajo un palo de cañaguata, un son que luego fue convirtiéndose en paseo y enseguida en merengue, para rematar en una rauda y acelerada puya. Lo hizo con una destreza sobrenatural, con una magia extraterrenal y una corriente de ensueños totalmente desconocida, que el extraño retador quedó estupefacto. Al cabo de unos segundos despertó de su perplejidad y dijo:

—Está bien. Pero yo puedo hacerlo mejor.

Y diciendo esto comenzó a pulsar el acordeón. Entre el estiramiento y el adelgazamiento del fuelle, el forastero hizo sonar la misma melodía hecha por Francisco, pero de manera contraria: comenzaba con la puya y culminaba con un son. A medida que tocaba, el ritmo se convertía en una danza diabólica y el cielo tornaba a oscurecerse de manera macabra. Solo los ojos del demonio rutilaban como dos tizones.

Francisco miraba y escuchaba al retador un poco sorprendido, pero se rehusó a sentirse asustado. Contempló por un instante de



pesadilla la terrorífica escena y esperó a que el retador terminara su morisqueta musical.

—Es el diablo —pensó Francisco—. El mismísimo diablo.

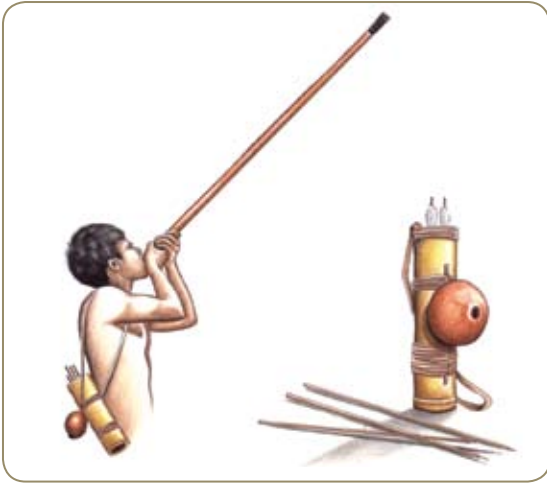
Y sin pensarlo dos veces, tomó de nuevo su acordeón como poseído por un inesperado ángel y comenzó a rezar el Credo al revés, desde el final hasta el principio, acompañándolo con la música legendaria de *El amor amor*:

*Creo en la vida eterna, amén.
Y creo en la resurrección.
Creo en el Espíritu Santo,
y en la iglesia del Señor...*

Y a medida que continuaba la letanía de manera regresiva, el cielo recobraba su claridad normal. Francisco El Hombre vio cómo el mismo diablo, su acordeón y su exótico alazán, se iban envolviendo repentinamente en un vibrante tornado de cenizas, en medio de una fétida tufarada de azufre y un aullido de brujas delirantes.

Adaptado por Alberto Quiroga, 2010.
Ilustraciones: Alejandra Higueta.

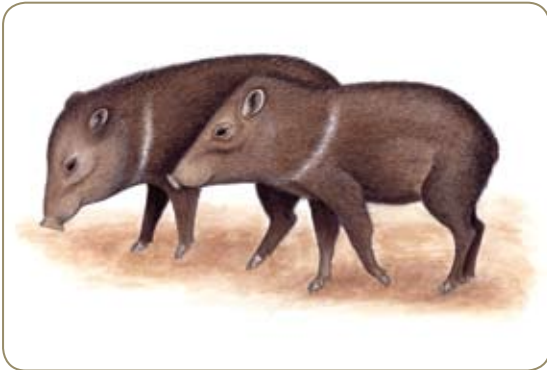
GLOSARIO



El jaguar y la lluvia

Cerbatana:

Arma de caza cilíndrica, hueca y alargada, también llamada pucuna o bodoquera, muy utilizada por los indígenas amazónicos, que disparan con un soplo fuerte flechas envenenadas que han introducido en ella.



El jaguar y la cierva construyen una casa

Pecarí o Tatabra:

Tatabra le dicen al animal grande y pecarí al pequeño. Este mamífero, muy similar al cerdo, habita las zonas selváticas del Amazonas. Es muy gregario y siempre anda en manadas, y se caracteriza por despedir un fuerte olor.



De por qué el armadillo lleva a cuestas una pesada concha

Anaconda:

Es la serpiente más grande del mundo. Mata por asfixia a sus presas apretándolas con su cuerpo musculoso, y luego se las traga de un solo bocado para sumirse en un sueño profundo que dura tanto como dura su digestión.



El origen de los cantos

Marimberos:

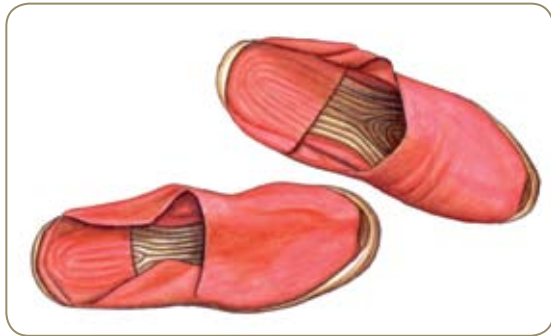
Músicos que tocan la marimba, instrumento sonoro de percusión de origen africano, que en armonía con los cununos, los bombos y las guasas, producen la música cadenciosa típica de la región del Chocó.



La leyenda de Wareke

Chinchorro:

Es una especie de hamaca que se usa en los climas calurosos. Se diferencia de ésta en que está tejida dejando orificios haciéndola refrescante para el que se acueste en ella.



La wuaireña:

Alpargatas usadas por los wayúu. Son de colores vivos para que hagan contraste con la arena del desierto donde este pueblo vive.



Chirrinche:

Aguardiente que resulta de la fermentación de la caña. Se le llama wasinga cuando el bebedor pertenece al pueblo wayúu, y tapetuza cuando el que lo bebe es un alijuna, un hombre extranjero.



Mochilas wayúu:

Bolsos coloridos tejidos a mano por las mujeres del pueblo wayúu. Las figuras que forman los tejidos simbolizan elementos de la naturaleza.



El jaguar y la lluvia

Manicuara

Bebida que los indígenas de la Amazonía hacen con el jugo de la yuca. Se denomina masato si se hace con el jugo de la yuca fermentado.



Kutzikutzi

Merey o Marañón:

Es una especie de nuez parecida a una almendra y tiene un alto valor nutritivo. Crece en los terrenos más pedregosos de los bosques tropicales, siempre y cuando cuente con buena luz, poco viento y buen drenaje.



Arrendajo:

Comúnmente llamado gulungo. Tiene otros nombres más descriptivos como oropéndola, por su cola de color amarillo, y mochilero, por los largos y abultados nidos que construye parecidos a una mochila.



Ají tucupí:

Ají picante que se hace en el Amazonas al que a veces suelen añadirse colas y agujones de avispas y hormigas para darle un mejor sabor.



El conejo y el mapurite

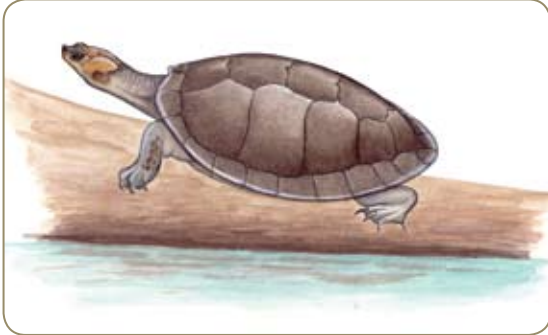
Mapurite:

Mamífero que se caracteriza por utilizar una singular arma química para defenderse: al sentirse amenazado desprende un fuerte olor azufrado que disuade a cualquier cazador.



Pringamosa:

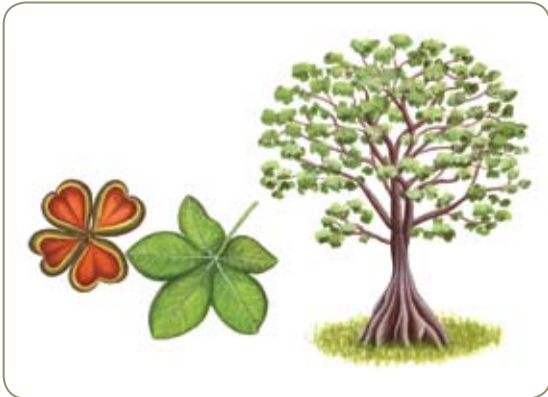
Planta urticaria que al rozarla produce una fuerte picazón en la piel.



La tortuga y la rana

Tortuga charapa

Tortuguita de agua dulce. Si es una hembra, al llegar a la madurez se reunirá con otras compañeras en la orilla del río para poner huevos que en noviembre reiniciarán el ciclo de la especie.



El entierro de perico ligero

Camajón duro:

Árbol que produce un fruto similar al del cacao. También se conoce como camagüey, castaño, suán y panamá. Fue en honor a éste último nombre indígena con el que se bautizó a la república de Panamá y es a su vez el árbol nacional de este país.



El sancocho de piedras

Gurupera

Tapete que se pone encima del lomo del caballo para evitar que se lastime cuando lo montan. A través de los años, el tapete con el uso se pone duro, y por analogía se dice de cualquier carne cuando se pone vieja, insabora y pálida que parece una gurupera.



El burrito y la tuna

Cujíes y cardones

Los cardones, las tunas y los kujíes son plantas espinosas especializadas en capturar y guardar la escasa agua que la atmósfera del desierto produce, la cual protegen de los depredadores con sus afiladas espinas.



Avispas matajey:

Se caracterizan por su gran tamaño, que llega hasta los cinco centímetros. Hacen panales en forma de globo y producen una miel espesa que solo los más intrépidos se atreven a robar.



El leñador

Ninfa:

Era, para los griegos antiguos, una deidad de los ríos, las montañas y los bosques.



Minisurumbullo y el dulce de icaco

Las matas de reseda:

Se les llama así a todas las matas que sirven para sanar.



La historia de Llivan

Malocas

Casas circulares en donde habitan los indígenas del Amazonas. Son espacios sagrados que representan de manera simbólica el mundo, y por eso, en su interior, cada uno de los habitantes debe ocupar el lugar que simbólicamente le corresponde.



Mata de retama:

Arbusto que alcanza entre uno y dos metros de altura, y produce una flor amarilla. Antiguamente se le atribuían propiedades diuréticas, pero dejó de recetarse cuando se descubrió que sus frutos eran tóxicos.



Chagras

Espacios de tierra que usan los indígenas de la Amazonía, en especial las mujeres, para cultivar los alimentos de la comunidad y enseñar a sus hijos a hacerlo, de tal modo que cuando crezcan ellos puedan asegurar que se repita el ciclo de subsistencia y conservación de la tierra.



Las riquezas de la laguna

Dentón:

Pez cabezón de dientes filosos que se encuentra en las aguas dulces del litoral pacífico, muy apetecido por los pescadores por ser uno de los platos más ricos y sabrosos de la región.



Canalete:

Remo ancho que sirve para impulsar y dirigir la canoa.



Bogar:

Acción de remar o navegar. Se llama boga a quien ejerce la acción de bogar.



Potro:

Canoa o balsa, también llamada Jhonson o chalu-pa, utilizada en la navegación de los grandes ríos del Chocó.



Mate:

Unidad de medida que indica la cantidad que resulta de llenar un recipiente hecho con las calabazas.



Francisco El Hombre

Cañaguat:

Árbol de la región Caribe que tiene un tronco delgado de madera fina, y produce en verano flores amarillas que alegran el campo y las ciudades y han sido protagonistas de canciones populares.



Este libro pertenece a la familia:

que asistió a la entrega de los libros
Secretos para contar

en: _____

el día: _____

Hoy, esta familia hace parte de la gran red
de lectores de Secretos para contar.

secretos para contar